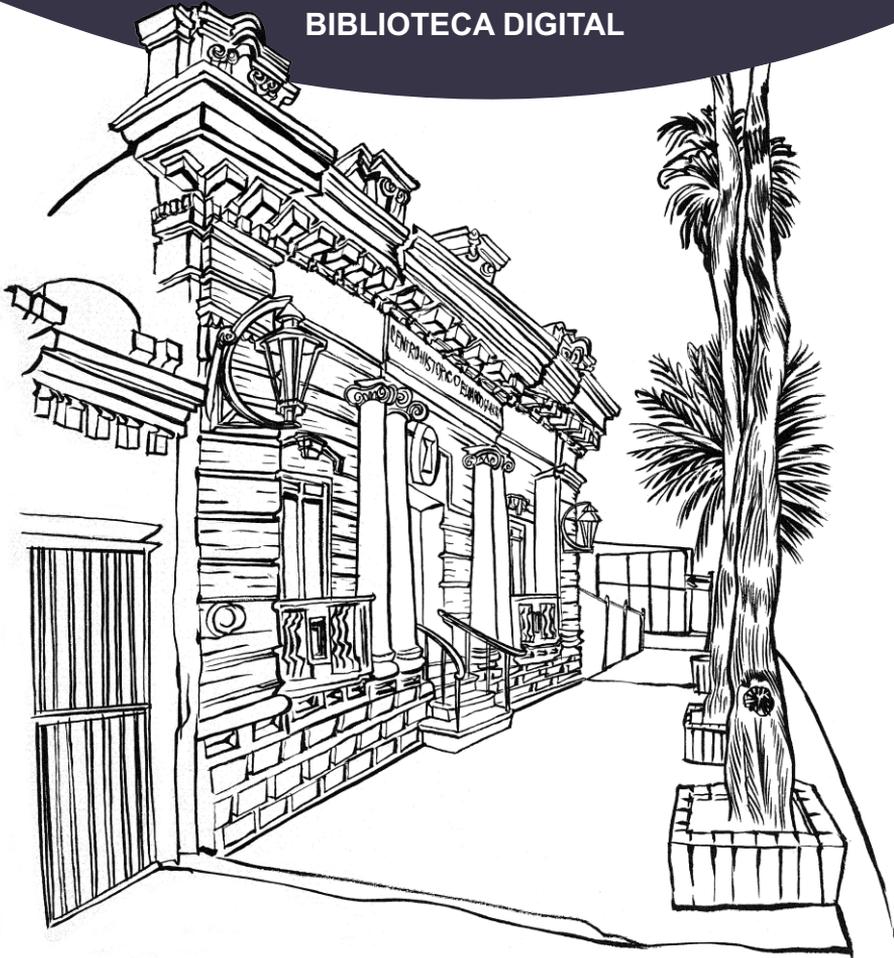




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

Carmen Pámanes de Haces Gil

Confieso que he reído

Mis deshilvanadas, intrascendentes, insulsas
memorias desmemoriadas



R. Ayuntamiento de Torreón, 1991-1993
Teatro Isauro Martínez

Este libro se publica merced al patrocinio de
Carlos Román Cepeda González,
presidente municipal de Torreón, 1991-1993

Confieso que he reído

Mis deshilvanadas, intrascendentes, insulsas
memorias desmemoriadas



Carmen Pámanes de Haces Gil

Confieso que he reído

Mis deshilvanadas, intrascendentes, insulsas
memorias desmemoriadas

R. Ayuntamiento de Torreón, 1991-1993
Teatro Isauro Martínez

Portada: Retrato al óleo de *Carmen Pámanes*,
realizado por Guzmán León en 1933.

Primera edición: 1993

©D.R. 1993, Teatro Isauro Martínez
Galeana 73 Sur, Torreón, Coahuila

Impreso y hecho en México

Doña Carmen Pámanes de Haces Gil es una de las protagonistas privilegiadas de la vida de Torreón. Metidos en la tarea de recobrar la memoria colectiva de esta ciudad –con los coloquios de informantes para la historia oral de Torreón, con la revista El Puente–, hace quizás un año mi esposa Sonia Salum y yo hablamos con ella para que se dejara entrevistar, con el propósito de publicar un libro de memorias. Nos parecía que su historia y la de la ciudad son paralelas, que ella ha estelarizado muchos de los episodios más brillantes de Torreón, y que sus recuerdos tienen un interés que trasciende la esfera de lo personal. No se dejó convencer. A cambio, ofreció escribir, ella misma, lo que ha llamado sus “deshilvanadas, intrascendentes, insulsas memorias desmemoriadas”. El resultado de su esfuerzo es este libro, que ha hecho posible el patrocinio del actual presidente municipal de Torreón, Carlos Román Cepeda González, a cuyo interés en la historia la ciudad debe, entre otras cosas, la reconstrucción de la Casa del Cerro, el rescate de la residencia de don Isauro Martínez para alojar en ella el Archivo Municipal y el Centro Histórico Eduardo Guerra, el nombramiento de cuatro cronistas para la ciudad y la edición, en esta misma colección, de la obra colectiva Nueva historia de Torreón.

Quien lea Confieso que he reído sabrá que teníamos razón y agradecerá a doña Carmen, como lo hacemos nosotros, que se haya tomado el trabajo de echar al vuelo la memoria, recoger dolores y alegrías, dar testimonio de los días que ha vivido.

Con la saludable libertad con que ha pasado sus días, doña Carmen mezcla recuerdos y poemas, gratitudes y alabanzas, sin preocuparse por los cambios de tiempo y de lugar. De sus páginas recogemos más de una lección. La más importante para mí, la entereza a toda prueba, la convicción de que frente al torbellino de la vida nada hay más importante que reír.

Felipe Garrido



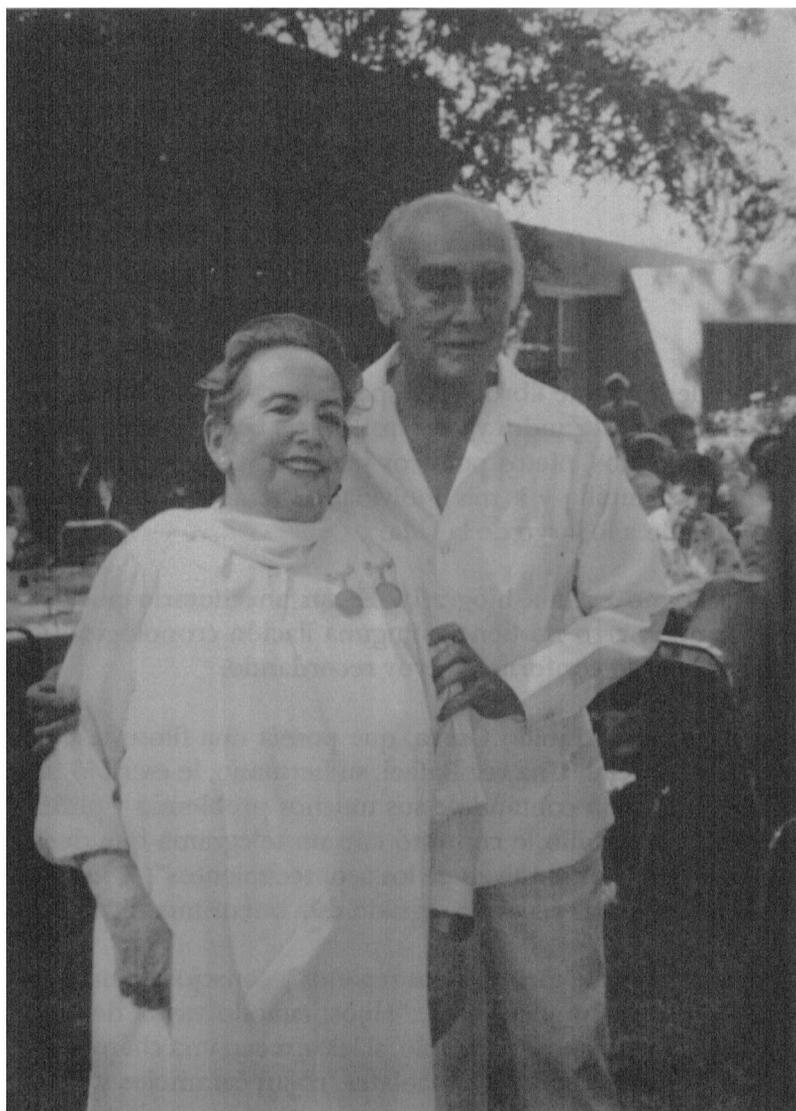
Compañeros de toda una vida, Carmen Pámanes y Lucas Hace Gil cortan el pastel en su vigésimo quinto aniversario de casados.

QUIERO dedicar este libro a mi esposo, Lucas Haces Gil. A mis hijos Rodolfo, Alejandra y Lorenzo. A mis hijos políticos, hijos adoptivos, nietos, nietos políticos y bisnietos, así como a toda mi querida familia y a mis inolvidables amigos que me han acompañado a lo largo de la vida.

ESTE LIBRO no es una biografía. Es un anecdotario pues los sucesos que narro no tienen ninguna ilación cronológica; los voy escribiendo conforme los voy recordando.

VOY A HABLAR de Emilio Gurza, que poseía una filosofía de la vida muy especial. Una vez Rafael, su hermano, le escribió una carta urgentísima contándole sus muchos problemas y pidiéndole consejo. Emilio le contestó con un telegrama que decía: “Déjate mecer por el vaivén de los acontecimientos”. A lo largo de mi vida muchas veces he seguido esta buenísima filosofía.

Y ESTO me trae a la memoria los regaños y consejos de mi papá Jesús, que eran muy curiosos: “Hijos, cuando vayan de visita háganse livianitos y, por ejemplo, si les ofrecen una charola con muchos dulces y algunos chocolates, cojan caramelos y dejen los chocolates”.



Carmen Pámanes de Haces Gil y Lucas Haces Gil festejan sus cincuenta años de casados en la casa de su hija Alejandra, en 1986.

Prólogo del prólogo

SIEMPRE quise poner en el prólogo de este libro unos versos que hizo mi marido Lucas para una de las fiestas que yo organicé, que se llamó *Fantasías y leyendas laguneras*. A mí me gustan mucho y ahí les van:

Se está acabando la tarde,
el sol ya se está escondiendo,
el suelo está todo que arde,
los hombres están durmiendo.
¡Amarren bien a los bueyes!
¡Que se acuesten los muchachos!
¡Apúrale, Eustaquio Reyes
a darle el agua a los machos!
¿Qué se divisa a lo lejos como fantástica flor?
Son los cerros del Sarnoso que se están tragando al Sol.
¿Y aquél espejo grandioso que nos refleja la Luna?
Es donde duermen los ríos que llegan a La Laguna.
Aguas broncas muy revueltas
con color de chocolate,
el Aguanaval y el Nazas en La Laguna se baten.
Alrededor, el desierto como si fuera de plata:
si le echas agua, da vida, si no se la echas te mata.
Las siete cabrillas van, caminando por la noche
se oye lejos un cantido,
chirrido de un viejo coche.

No sé cómo vinieron a dar a mis manos unos versos que me gustan mucho y me involucro mucho con ellos, aquí los incluyo:

Amo a la gente
que vive a mi alrededor.
Amo a la alegría
y por eso me la encuentro junto a mí.
Amo la amistad
y por eso recojo las estrellas
y mi vida es una delicia:
no tengo nada y puedo
disfrutar de todo.
¡Hay tanto que recibir
mirando las cosas pequeñas
y la gente sencilla y buena!
¡Hay así tantas sorpresas
y milagros que descubrir
con los ojos abiertos o cerrados!
En cada cosa existe
escondido un recuerdo
del paraíso perdido
Ser capaces de advertirlo
es lo que constituye
el arte de vivir.
Sé que no es fácil
tocar el cielo, pero sé con mayor certeza
que resulta imposible
si el cielo no entra en mí.

El cielo debe empezar
en la tierra, donde
quiera que los hombres
sean amigos y donde
la bondad se pueda transmitir
de mano en mano,
aliada a la alegría.
Sin embargo, todo cielo
tiene nubes; vivir
es una aventura apasionante,
con Dios y con los
hombres, en un mundo

de luces y tinieblas.
No quiero ser un héroe
ni un mártir, sino
un pilluelo que recoge
las flores olvidadas y se ríe
de los grandes de la Tierra
que se apoyan en el poder y la riqueza.
Amo a la alegría
y por eso la encuentro junto a mí.
Amo a la amistad
y por eso recojo estrellas
y mi vida es una maravilla.



Gustavo Rodríguez, Bárbara Schott de Rodríguez, Alejandra Schott Haces Gil, Mónica Haces Gil Palacios, Carmen Pámanes de Haces Gil, Verónica Haces Gil Palacios, Lucas Haces Gil, Romy Schott Haces Gil, Otto Schott García, Karen Schott Haces Gil, Alejandra Haces Gil de Schott, Rodolfo Haces Gil Pámanes y Mónica de Haces Gil. La foto fue tomada en 1991.



Carmen Pámanes, a los dos años de edad.

HACE unos días que me vinieron a ver Sonia Salum, que es muy querida y admirada amiga mía, y su marido, el maestro Felipe Garrido. Vinieron a decirme que querían editar mis memorias. Yo me quedé muy extrañada porque francamente creo que mi vida nada tiene de particular; es una vida común y corriente; más común que corriente. Por eso me resistí un poco, pero ellos insisten en que no, que porque mi vida está ligada a Torreón, que Torreón y yo crecimos juntos. Mi adorado Torreón y yo crecer juntos... ¡qué emoción! Pues sí, así es efectivamente, y entonces, además, me convenció un poco la idea de sacar de los rincones de mi alma tantos recuerdos arrumbados que tengo por ahí, ya oxidados, y orearlos, sacudirlos, plancharlos, almidonarlos y volverlos a poner otra vez a la luz. Francamente es mucha emoción, me emociono mucho, me dan ganas de llorar y de reír. Son cosas que tiene ya una tan olvidadas, y cuando se vuelve una a acordar es una emoción muy grande.

Realmente yo crecí con Torreón. Me acuerdo muy bien cuando empezaron a pavimentar Torreón; estaban pavimentando alrededor de la Plaza y la Morelos hasta llegar a la Plazuela Juárez. Me acuerdo muy bien en tiempos de don Nazario, que hizo los camellones y plantó las palmas, unas palmitas chiquitas, muy bonitas, y las palmitas y yo crecimos juntas, lástima que yo me deterioré antes que ellas, porque las palmitas siguen bonitas y yo ya estoy muy averiada; si alguna duda tenía, la perdí el otro día que me encontré a Nati, una antigua sirvienta mía que fue nana de mis hijos. Era casi como de la familia y la queríamos muchísimo, y me vio y me dijo: “¡Ay, señora Carmelita, qué tristeza me da verla tan terminadita!

No supe si reír o llorar, pero realmente opté por reírme porque a mí me gusta mucho reírme de mí misma; y luego después también me río conmigo; pero por lo pronto me dio mucha risa el término, y así es, efectivamente, pues qué le vamos a hacer, son bromas pesadas de la viejez.

Quiero dar una pequeña explicación. No pido disculpas porque dicen que es muy cursi pedir disculpas, pero sí quiero dar la explicación porque las personas que esperan encontrar en este libro un libro serio, sesudo y bien documentado, se van a sentir defraudadas, pero acuérdense que nadie da lo que no tiene y yo no soy ni seria, ni sesuda, ni estoy bien documentada. Únicamente soy, como quien dice, material en bruto. Bueno, no lo pongamos en bruto, en rústico suena menos feo. Quiero nada más narrar mis vivencias, algunas experiencias, como vayan viniendo, sin mayores pretensiones de literata, porque de literata no tengo lo que se dice absolutamente nada.

Primero, por lo pronto voy a explicar que ya me regañó mi marido y dijo: “¿Por qué pones tantos prólogos y prólogos? Nada más es uno”.

Y le digo: “Bueno, y qué me impide a mí poner varios; a mí me gustan mucho los prólogos; por último casi me gustaría a mí escribir un libro con puros prólogos y nada de contenido”.

Eso sí, como dicen en Durango, soy sumamente boje y con un exacerbado sentido del humor que me ha ayudado mucho en la vida, pues a las pequeñas tragedias cotidianas hay que verles siempre el lado cómico.

Hay personas que creen que yo voy a escribir una especie de historia de Torreón, o de historias de familias de aquí, pero digo yo, como decían en una comedia cursi: “Lejos de mí tal idea”. La historia de Torreón no estoy capacitada para escribirla. Además, ya la escribió Eduardo Guerra, y también ya ha escrito mucho sobre la historia de Torreón Homero del Bosque. Y sucesos sobre las familias de Torreón sería imperdonable que me metiera a comentarlos: cada quien su vida. Yo únicamente estoy capacitada para escribir las vivencias, aunque insulsas, de Carmelita Pámanes de Haces Gil.

ESTE prólogo quiero dedicarlo: es un homenaje de todo mi corazón, con toda mi admiración a los pioneros, a los agricultores que hicieron del desierto un campo de labor; verdaderamente son gente admirable, gente con una visión única, porque entonces el desierto era muy inhóspito, era muy feo: imagínense nomás el polvaredón que había, era una cosa atroz. Entre estos agricultores, no los nombro porque no quiero caer en ninguna omisión, todos son admirables, pero quiero únicamente hacer mención especial de mi padre, que fue de los agricultores muy destacados y que se entregó a la tierra con todo su amor y todo su entusiasmo. Él fue el primero que hizo norias aquí, porque antes se trabajaba con la pura agua del río, y él fue a Estados Unidos para traer perforadoras y abrir norias; él tenía mucha visión para todo. Luego, los primeros en electrificar las norias fueron don Silvestre Faya y mi papá, y después siguieron todos los demás; pero entonces ya se facilitaba más la siembra porque no tenían que esperar las aguas del río.

A ellos dedico este libro con toda mi gran admiración y cariño.



Jesús Pámanes y Guadalupe G. de Pámanes, los padres de doña Carmen, el día de su boda. La fotografía está dedicada el 30 de noviembre de 1898.

Yo soy Carmen Pámanes Gutiérrez, hoy de Haces Gil. Nací en Lerdo, no digo en qué año porque qué necesidad hay de eso, como decía mi papá que era un hombre muy sabio: “Cuando yo me muera, hijos, no pongan la edad que tengo, porque la gente va a decir ‘¡Uy!, qué viejo estaba, ya era hora de que se hubiera muerto’.” Así yo, no digo el año ni mi edad porque la gente va a decir “¡Uy!, ya es una Matusalén cualquiera: ya debía de haberse fumigado hace tiempo en el arcano”. Fumigar en el arcano, así decía Margarito Ledezma; sé muy bien que es esfumarse, pero en fin, yo pienso que mejor seguimos y le echamos tierra a ese asunto.

Mi padre fue Jesús Pámanes Ugarte; mi abuelo, Agustín Pámanes del Hoyo, era un minero de Zacatecas según dicen. Creo que tuvo bastante dinero y que fue de buena familia, pero luego vino a menos y se arruinó como tantos mineros y entonces se vino a San Bartolo, Durango, que era una hacienda muy bonita. Había unas muchachas, las Ugarte, que eran de fama porque eran preciosas, y allí fue donde conoció a mi abuela, Carlotita Ugarte, una señora muy guapa con ojos verdes y unas trenzas rubias hermosas. Rápidamente contrajo la nupcia con ella. Abusadillo el señor, ¿eh? Se quedó para siempre a vivir allí; sospecho que era guapo para el descanso. Mi papá fue el último de los hijos de una numerosa familia, como se usaban antes. En la familia Ugarte, que vivía en la hacienda, hubo tipos muy pintorescos y particulares. Uno de ellos, que me hacía mucha ilusión y me daba mucha risa, era el tío Miguel. Era un señor muy simpático, que un buen día discurrió que ya estaba bueno de andar parado y acordó acostarse y se acostó y duró ocho años

acostado, al cabo de los cuales murió de pulmonía. Eso a mis hijos les daba mucha risa y decían:

“Mamá, ¿y cómo comía ese señor?” Yo les decía, “De ladito, de ladito”. Total, que cuando yo los acusaba de flojos, decían: “Mamá, después de tío Miguel, itodo es ganancia!”

Cuando mi papá tenía 15 años le quedó chico San Bartolo. Él era una persona llena de entusiasmo, de ideas, con una gran imaginación y una cantidad de energía que traducida a caballos de fuerza habría podido echar a andar cualquier siderúrgica. Acordó venirse a La Laguna porque los Ramírez le habían contado que estaba muy próspera y había mucho dinero, y se vino. Llegó al Rancho de San Carlos y ahí empezó a trabajar de rayador; de ahí se pasó a trabajar a unas haciendas de los Luján, que tenían muchas, y ahí siguió trabajando. Un buen día mi papá fue a hablar con Ramón Luján y le dijo:

—Don Ramón, quiero que me alquile unas tablas para sembrar.

Y don Ramón le preguntó:

—Bueno, Pámanes, ¿tiene usted con qué?

—Por supuesto; si no no hubiera venido —y mi papá dice que no llevaba en la bolsa más que una caja de cerillos, que era todo su capital. Le cayó bien a don Ramón, que le dijo:

—Bueno, se las voy a rentar.

Entonces le dijo mi papá: —Bueno, por escrito, porque yo necesito que quede constancia de eso, no vaya siendo que después se olvide.

Ya con el papel firmado en la mano, mi papá fue al Banco de La Laguna y, ya sin ningún problema, consiguió un crédito para trabajar y de ahí para delante se siguió. Cada año iba aumentando las tierras que sembraba, y pronto fue dueño de una hacienda inmensa entre él y don Félix Ramírez que se llamó Guadalupe. Era de 24 lotes; un lote son 100 hectáreas, que es mucha cantidad. Entonces la dividieron en dos. Don Félix se quedó con Guadalupe y mi papá le puso a su parte La Luz, y ahí fue una hacienda muy bonita, con un casco precioso, con despepite, una casa muy buena con alberca, con viñedos, con campo de tenis, muy cómoda, donde íbamos cuando estábamos chicos a pasar vacaciones. Era una hacienda preciosa La Luz. Las vajillas de la hacienda eran todas de talavera con el nombre

de La Luz y las iniciales de mi papá. Mi papá compró después varias haciendas. Entre ellas, la más importante fue Florida, que era muy grande y muy bonita. También construyó allí un casco con despepate, casa con frontón, viñedos y campo de tenis. Hizo cuadrillas de casas para los peones, y nos hizo a nosotros ponerles cortinillas en las ventanas. Los peones estaban tan contentos que no pidieron ejido, pero Cárdenas dijo que si ellos no querían, les traería gente de fuera.

Les daba servicio médico como si fuera Seguro Social. El doctor Coghlan iba a hacer el servicio cuando se requería. Realmente mi papá se adelantó a su época. Porque todo el dinero que ganaba lo invertía en ranchos, porque él adoraba la tierra; era su pasión. Llegó a estar bastante bien hasta el año 1936 en que vino Lázaro Cárdenas, de cuyo nombre no quiero acordarme, y repartió todo y mi papá decía: "¡Cómo! Si son 40 años de mi vida, y me los quita de un solo plumazo este señor... ¡no es posible!"

Pues sí, sí fue posible. Ese año nos salimos de las haciendas, pero ya me estoy saliendo yo del orden, así que voy a meter reversa.

Cerca de la hacienda La Luz había una cueva llamada Del Vapor, donde había un lago inmenso lleno de peces extraños: unos no tenían ojos, posiblemente porque estaban aislados del resto de las aguas de la región por miles de años y sin nada de luz. Mi hermano Jesús y unos amigos fueron a investigar la laguna dentro de la cueva y nunca le encontraron el final.



Don Jesús Pámanes en 1898.



Doña Carmen Pámanes de Haces Gil y don Lucas Haces Gil en su la celebración de sus cincuenta y cinco años de casados, en 1991.

AHORA sí voy a escribir el último prólogo, que se me había quedado un poco atorado. En este último prólogo quiero dedicar este libro a ese señor que me ha soportado durante 55 años con mucha paciencia, que me ha aguantado con todas mis fallas y mis calamidades y encima de eso me ha ayudado en todas mis empresas. Para él dedico este libro, porque francamente ha sido mucho muy aguantador: 55 años cargar en el lomo a una mujercita como yo es una proeza.

Porque realmente como amita de mi casa dejo mucho que desear: mi calificación sería un 5, no paso ni de panzazo. Cuando Lorenzo mi hijo estaba chico, tendría como cinco años, una tarde que íbamos a salir Lucas y yo –a Lorenzo no le gustaba que lo dejáramos sólo– me preguntó: “¿Vas a salir, mamá?” “Sí, ahorita vengo, voy a dar una vuelta.” Y con mucho coraje –era muy ingenioso– me dijo: “Mamá, usted como siempre, tan buena amita de su calle”. Y realmente creo que eso era, muy buena amita de mi calle. Por eso digo que dejo mucho que desear como amita de casa.

Entre otros dones, mi hada madrina me dio el de las *famuyas*, pues desde que me casé nunca me han faltado, y eso me ha ayudado mucho para que no se me note la falta de dotes culinarias, y mi casa haya marchado siempre más o menos bien. Me acuerdo de una de mis *famuyas*, cuando estaba esperando a mi hija Alejandra: era una jovencita, venida de un rancho; me la trajeron a recomendar las madres del Hospital Civil. Era una muchacha muy ingenua, por no decir tontita; muy buena y muy inocentona. Me hacía mucha gracia; tenía una caja llena de estampas y todas las noches las acomodaba en su cama en fila

y les iba rezando a cada estampita, una por una y se pasaba las horas rezando.

Un buen día María, la otra sirvienta, me dijo: “Señora, ya Lupe guardó las estampitas y ya no reza”. Y yo le pregunté muy extrañada qué pasaba y me dijo María: “Es que anda muy volada con un casado y me da mucho miedo que Lupe, que es tan inocente, vaya a hacer una tontería”. Yo fui a la Iglesia del Carmen, que estaba a una cuadra y media de mi casa, pues vivíamos en la Matamoros esquina con la Alameda, y hablé con el padre Ortiz de Montellanos y le platicué el problema y le dije que le iba a mandar a Lupe para que la aconsejara. Efectivamente, llevé a Lupe a la iglesia y la dejé en el confesionario del padre Ortiz. Cuando llegó a la casa le pregunté: “Lupe, ¿cómo te fue?” Y me dijo: “Ande, señora, me mandó con un padre muy astuto: el padre adivine y adivine y yo niegue y niegue y no me sacó ni una palabra. Yo me quedé desconsolada pues vi la cosa sin solución; entonces tuve que abiertamente aconsejarla y decirle los peligros que corría. Ella a todo me decía que sí pero yo comprendía que no me iba a hacer caso. Esa misma Lupe nos la llevamos a San Antonio, Texas, cuando iba a nacer Alejandra, mi hija, que fue la segunda. Cuando nació Rodolfo, mi primer hijo, estuve muy grave y cogí muchísimo miedo, y cuando iba a nacer Alejandra nos fuimos tres meses antes a San Antonio. Allá alquilamos una casa muy bonita, en un barrio residencial. A los pocos días me llegó un citatorio, pues Lupe agarraba la basura y la iba a quemar en los prados de las casas vecinas y yo le dije: “Lupe, no andes haciendo eso”. Y ella me dijo: “Señora, qué delicados, qué tiene que yo queme una basurita si están tan bonitos los prados”, pues las casas no tenían rejas en los jardines. Cuando nació Alejandra y llegó Lucas del hospital lo primero que le dijo Lupe : “Es güera y con los ojos azules, ¿verdad?” “No, por qué”, dijo Lucas: “Porque nació en Estados Unidos”. Luego tuve otra que fue nana de mis hijos y era muy simpática; a esa la queríamos mucho; se llamaba Naty. Un día me dijo: “Fíjese, señora, que el niño Lorenzo me puso en un aprieto porque me preguntó qué era eso de la mujer adúltera. Pero a mí rápidamente se me ocurrió la contestación y le dije que en aquel tiempo nadie le echaba agua a la leche y esa mujer adulteraba la leche, por eso la apedrearón”. Otro día me dijo:

“Señora, el niño Lorencito le dijo a su amigo una palabra muy fea que no le puedo decir”. Yo le dije: “Naty, ¿qué le dijo?” Y me contestó: “Una palabra parecida a toro, pero que no era toro -buey”.

Luego tuve otra *famuya*, una muchacha joven, guapetona, morena. Venía de Canatlán y me dijo: “Fíjese, señora, nosotros en Canatlán tenemos el récord de ser el pueblo más asesino de Durango. En mi casa, mi mamá tiene una casa de huéspedes, ya mataron a tres”. Se llamaba Cuca. Un día se fue, y cuando fuimos a Durango a la toma de posesión del gobernador Dupré Ceniceros, en una mesa grande de muchos americanos estaba una señora muy guapa, muy alhajada, con abrigo de pieles. Cuando pasé me dijo: “Señora, no me reconoce: soy Cuca. Me casé con un ganadero norteamericano y mire cómo me tiene de elegante: me puso profesora de inglés. Estoy a sus órdenes viviendo en California, tengo una casa muy bonita, me puede ir a visitar cuando quiera -así es el destino de caprichoso.

Una vez me pidieron que escribiera un artículo para el periódico, y yo escribí un articulito que se llamó “Las ventanas de la vida”. Como este artículo plasma mi manera de pensar y su mensaje sigue vigente, aquí lo incluyo para quienes no lo leyeron:

Las ventanas de la vida

Uno de los errores actuales es que la gente vive tan de prisa, tan mecánicamente, que ya no tiene oportunidad de pensar en otra cosa más que en la rutina diaria; vivimos con nuestras ventanas cerradas a la vida. ¡Nos falta tiempo para abrirlas!

Quisiera sugerir la necesidad de abrir tres ventanas, para mí las más importantes. La primera es la de la caridad. Abriéndola veremos cuánta gente nos necesita, a cuánta gente podemos ayudar, no sólo materialmente, sino espiritualmente; hay tanta hambre espiritual, damos tan poco de nuestro tiempo a los demás, es tan mezquino nuestro sentido de *dar*: damos solamente las migajas y creemos que ya cumplimos.

La segunda ventana es la conciencia de *estar* y de *ser*. Nos movemos, hablamos, respiramos, oímos sin tener plena conciencia de ello; vemos las maravillas que nos rodean sin prestar la menor atención. Todos los días, cuando abrimos los ojos, se

produce un nuevo milagro, el de estar vivos, y no lo valoramos, lo tomamos como algo indiferente. Nuestros maravillosos cinco sentidos los valoramos sólo si desgraciadamente se nos invalida alguno.

La tercera ventana es la del optimismo, de la alegría de vivir; no solamente hay que sentirla, sino proyectarla; vamos por la calle con máscaras tan tristes y malhumoradas que deprimimos a los demás. Cuántas veces nos acercamos a la gente sólo para contar problemas y malas noticias; ésas nos fascina darlas y predecir desgracias a corto o a largo plazo.

Siempre hay dos posibilidades. Que nuestra ventana del optimismo nos haga ver la mejor de ellas. Si nos levantamos en la mañana con esa ventana bien abierta y pensamos y nos repetimos que algo bueno va a sucedernos y salimos a la calle con la sonrisa a flor de labio, las cosas irán mejor y despertará el optimismo de los demás. ¡Qué sería de nosotros sin la esperanza!

Como dice Tagore: “Si lloras por haber perdido el Sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”.

En este libro no quiero hablar de mis penas, mis tristezas y mis fracasos, que he tenido muchos, y en los cuales no incluyo la pérdida del dinero, pues realmente esto, aunque muy importante, lo considero secundario. Hay otras cosas con muchos más valores e importancia. A mí nunca me ha gustado molcajetear mis penas, solazarme en ellas; siempre que recuerdo una cosa triste, procuro inmediatamente acordarme de un suceso alegre y divertido de los muchos que he tenido; sigo el consejo de una enfermera que tuve en Estados Unidos cuando nació mi hija Alejandra. Cuando yo me quejaba siempre me decía: “Please, avoid self pity” (evite la autocompasión). Es fatal compadecerse y cuestionar a Dios, ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué a mí? ¿Por qué? Nada hay más sabio que la aceptación: la vida tiene de todo; hay que dar más importancia a las cosas buenas, que no valoramos realmente. Una felicidad completa es difícil, pero en cambio tenemos muchas pequeñas felicidades: una bonita música, una bonita puesta de sol, un bonito programa de televisión, un platillo muy rico que comemos, la visita de alguna amiga divertida, un libro interesante, en fin, tantas pequeñas felicida-

des que pasamos en el día y en la noche, hay que hacer un balance y dejar a un lado las cosas tristes y desagradables.

Yo pienso, como me decía el padre Vértiz, un santo triste es un triste santo; hay que tener siempre alegría a flor de piel. Hasta ahorita, toco madera, no me he amargado ni he perdido mi buen humor: quiero ser una viejita alegre y divertida. A mis nietas procuro hacerlas reír.

Entre las cosas buenas que la vida me ha dado incluyo a gentes que han estado cerca de mí y me han alegrado la vida, como mis sobrinas Lupe y Gloria Elena, que fueron como hijas para nosotros, Lupe, hoy señora de Allegre y Gloria Elena del Cueto, fueron siempre unas chicas encantadoras, muy inteligentes. Lupita era tan farandulera como yo, y participó en muchas de mis fiestas. Era una gran poetisa nata: yo le decía mi Sor Juana Inés Lagunera; tiene unos versos preciosos; ella hizo los versos de una obra que puse en compañía de las Isabeles, que se llamó *La vuelta a España en 80 minutos*. Unos versos impresionantemente bonitos. También hizo el argumento y los versos de otra fiesta que pusimos y que se llamó *Alegoría navideña*; Ésa la repetimos varias veces con mucho éxito, y también aprovechamos sus versos en unas fiesta que se llamaba *Poesía en concierto*, que recientemente volvimos a presentar: eran sus versos intercalados con canciones que venían al caso. Yo disfruté con ellas su niñez, su juventud, y sus romances. Siempre me ha gustado estar rodeada de gente joven y alegre, y ellas eran así.

Una de las fiestas que hicimos se llamó *En busca de la felicidad*. El argumento y los versos son de Lupita Allegre. A mí me gusta mucho y viene a propósito de lo que acabo de decir. Incluyo el prólogo y el final, pues contienen un mensaje bien bonito. A propósito de la felicidad me estaba acordando de un chistecillo que tiene mucha filosofía. Le cuenta un amigo a otro: “Fíjate que yo nunca he sentido la felicidad”. Y le contesta el otro: “Pues es muy fácil: cómprate un par de zapatos un número más chico que el tuyo, caminas todo el día y en la noche llegas a tu casa y te quitas los zapatos y verás qué feliz te vas a sentir”. Realmente esto tiene mucha enseñanza, pues en la vida tenemos tantas cosas que no valoramos... pero a la hora que nos faltan nos sentimos muy desgraciados.

Habemos un grupo de señoras, la mayor parte mucho más jóvenes que yo, pues yo soy, como dicen los chavos, la más betabel. En este grupo incluyo a Lupita Alegre, mi sobrina; Cecilia González de Cueto, también sobrina política; Chole Anaya, una señora encantadora y llena de alegría; Mary Jaik de Nugett, con una bis cómica tan increíble que la consideramos la Carol Burnett lagunera, y es superior; Licha Garagarza de Madero. En este grupo tenemos el apostolado de la risa y la sonrisa, porque hoy en día la gente se ha olvidado de reír, es muy raro oír el sonido de la risa. En las visitas ya no se habla más que de traumas, complejos, enfermedades, frustraciones, contaminación, violencia, asaltos, robos... puras cosas tristes y desagradables. Y la risa es una panacea maravillosa que cura todos los dolores, físicos y morales; cura los dolores de muela, las reumas, los juanetes, las uñas enterradas, la artritis, los dolores de parto, el cólico miserere –quién sabe cuál será ése, pero yo lo he oído nombrar–, todas las enfermedades y por último hasta el sida. La diferencia entre el animal y el hombre es que el animal no se ríe... Bueno, la hiena echa pequeñas carcajadas pero no sabe ni de qué la mensa, así es que les recomiendo reír.

La sonrisa, ni se diga; es mucho más agradable ver una cara sonriente que una cara malhumorada. Así que ya saben, hay que incluirse en estos apostolados.

Luego vino una fiesta cómica que se llamó *En busca de la felicidad*:

Prólogo

Hay algo que está moviendo
a toda la humanidad:

es el deseo incontenible
de encontrar la felicidad.

Pero la felicidad se busca
de muy distintas maneras,
y lo que tantos anhelamos,
casi siempre son...quimeras.

A veces deseamos algo
con tan grande intensidad,

que se nos vuelve ceniza
cuando se hace realidad.
Pero seguimos buscando....
buscamos toda la vida...
y al final nos encontramos
en el punto de partida.
¿Pues dónde encontrará el hombre
que ya mortal ha nacido
el Shangri La milagroso,
el paraíso perdido ?

Conclusión

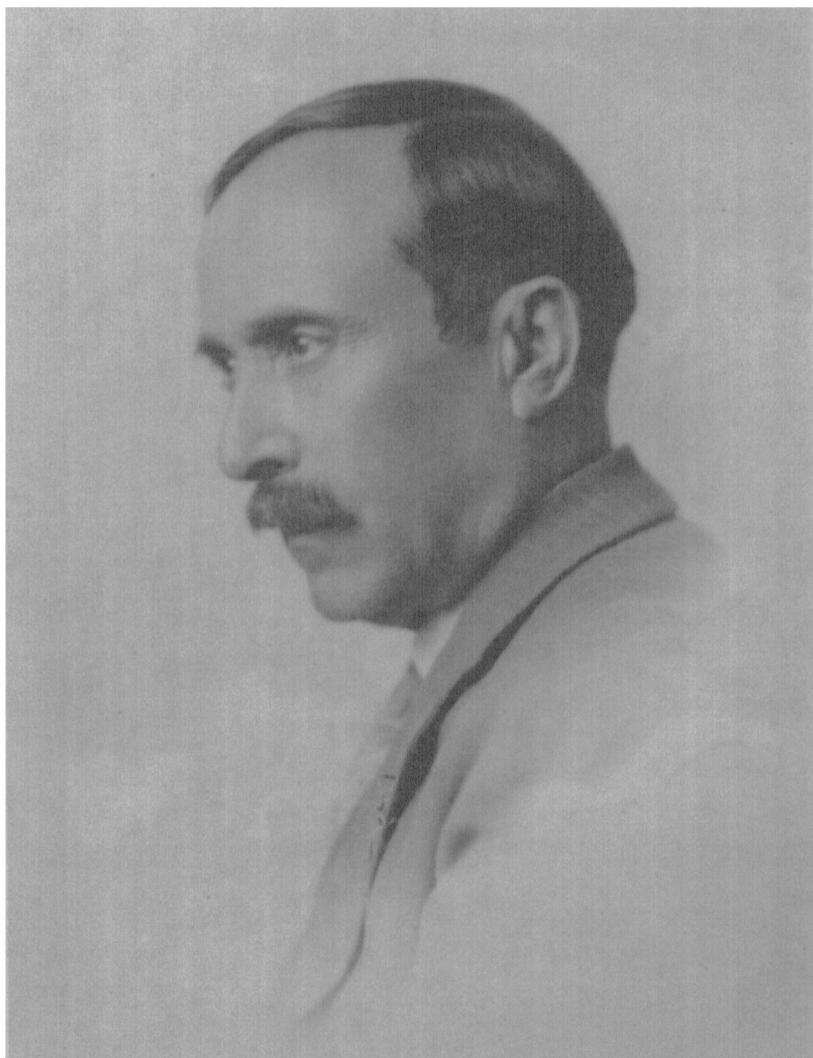
Y el hombre constantemente,
está marcándose un trazo
y fijándose las metas
a corto y a largo plazo.
Y tras de mucho luchar,
cuando una meta ha alcanzado,
al sentir felicidad
también se ve defraudado.
Porque Dios formó al humano
a su entera semejanza,
y si deforma esa imagen...
quebrantando está una alianza.
Así no llenen su vida
de mentira y desatino,
porque Dios es la verdad...
es el único camino.
Y ya no demos más vueltas
buscando satisfacciones,
pues sólo Él puede llenar
de paz nuestros corazones.
Mas no debemos buscarlo
en el templo tan callado...
sino en el pobre que sufre
el anciano, el desempleado.
En los que están en la cárcel,
en la viuda desolada,
en el que pide limosna

con hambre desesperada.
Y cuando nos demos cuenta
de que ésta es la realidad...
tendremos, aquí en la Tierra,
un mar de felicidad !

CUANDO mi papá, que vivía en Lerdo, estuvo tantito riquillo, nada más tantito, porque después estuvo ricote –cuando el banquero José Escandón, de México, hablaba de una persona, como punto de comparación decía: es tan rico como Pámanes–, entonces se trajo a sus papás que vivían en San Bartolo y a tres hermanas que eran las que quedaban sin casar. Éstas fueron con las que tuve más trato porque eran a las que mi papá más veía; una era mi tía Carlota, que después se casó con un ingeniero, Joaquín Marroquín; fueron padres de varios hijos, entre ellos el güero Enrique Marroquín, mi primo consentido. Era un hombre de una simpatía arrolladora; se puede decir que vivió de su simpatía; era amigo de presidentes, de ministros, de banqueros y de gobernadores, entre ellos Lázaro Cárdenas. Cuando vino a repartir, todos los agricultores estaban encorajinados y muy resentidos, y no querían saber nada de él. El güero, en cambio, fue y le ofreció su rancho porque de todas maneras sabía que se lo iban a repartir, pero él se adelantó y fue y se lo entregó y le dijo: “Quiero cooperar a la obra tan buena que usted está haciendo, cuente usted con mi rancho para repartirlo”. Con esto compró al presidente, que empezó una gran amistad con él, no solamente no le repartió el rancho, sino que le regaló unas norias y se lo llevó en su gira por toda la República. Aquí todos los agricultores lo pusieron verde, pero él muy campante, salió ganando.

Mi tía Carlota era una señora muy simpática, Mi tío Joaquín, que no tenía sentido para los negocios, cuando iba a emprender alguno le platicaba a mi tía Carlota y ella movía el dedo índice como péndulo diciéndole: “No, Joaquín, vas a fracasar”, y efectivamente mi tío fracasaba y le decía: “Carlota, voy a cortarte ese dedo porque con él me salas”. Mi tío Joaquín era como nosotros: nuestro sentido fenicio es nulo.

Mi marido estuvo veinte años de jefe de la Oficina Federal de Hacienda y cuando entró manifestó equis millones y cuando



Don Jesús Pámanes.



Carmen Pámanes, cuando tenía cuatro años.

salió, salió con menos cero, menos cero, menos cero. Un sobrino mío le dijo un día: “Tío Lucas, hay aquí inspectores de Hacienda de México que lo vienen a investigar”. Se quedó muy sorprendido y Sergio le explicó: “Porque se le acusa de empobrecimiento inexplicable”. Por eso estamos como estamos.

Lorenzo, mi hijo, siempre lo molía diciéndole: “Papá, si viera los hijos de los rateros qué bien viven”. Pero Lucas, se los puedo asegurar, es honrado, honrado, honrado. Como cuando le pidieron informes a don Nazario Ortiz Garza de un empleado y le preguntaron si era honrado, honrado, honrado. Él contestó: “Bueno, honrado, honrado, honrado no; nada más honrado”. Por eso estamos como estamos, *in the street*.

La otra tía era Concha, casada con un ingeniero Francisco Escobar, un señor muy áspero, muy desagradable, digamos agrio. A ella le decíamos *la Francesa* porque tenía delirio por lo francés: todo lo que le gustaba era francés. Decía que las pasas de Málaga eran francesas. Cuando me mandaron a estudiar a Estados Unidos se puso muy enojada y decía: “Jesús, ¿qué tienes, por qué la mandas a Estados Unidos? Mándala a Francia, allá son muy finos”. Cuando mi tío Pancho se la llevó a vivir a México, se puso a aprender francés sin decirle nada. Él tenía muchos amigos, muy pomadosos, franceses, y un día en una cena mi tía se soltó hablando francés, y a mi tío casi se le cayó la cuchara del susto. Esa tía, cuando quedó viuda, quedó con bastante dinero, una hacienda muy grande aquí en Coahuila, una casa muy bonita en México, en Polanco, y muchas antigüedades y alhajas muy buenas, y ella siempre decía que Julia mi hermana y yo íbamos a heredar todo, pero como no quería oír hablar de la muerte porque le tenía mucho miedo, nunca hizo testamento y murió de repente e intestada. Al minuto aparecieron 48 sobrinos, así que la fortuna se hizo como confeti y eso nos tocó a nosotros: un confeti.

Mi tía, la más chica de las hermanas de mi papá, se llamaba Maclovia. Le decíamos mamá Cova, pues nos quería mucho, era como una segunda madre para nosotros. Se casó con un señor de Durango, Antonio Rangel y López Negrete, a quien yo adoraba; para mí fueron como unos padres; ellos nunca tuvieron hijos. Mis papás, cuando yo era muy niña, viajaban mucho, y mis tíos le pidieron a mi papá que me dejara con ellos.

Ahí viví mis primeros ocho años; bueno, no del todo, porque iba mucho a casa de mis papás, pero ahí hacía mis tres comidas y dormía; me consentían horrores. Me tenían tan super consentida, que el otro día una señora de Durango vino aquí, se estaba acordando y me decía: “Carmen, todavía me acuerdo cuando tenías cinco años que tu tío Antonio te preguntó qué querías que te trajera el Niño Dios, y como eras muy marota y muy brincona, le dijiste que querías un precipicio en el patio de la casa”. Tuvo mi tío la paciencia de hacerlo con piedras y mezcla; hizo un promontorio con subidas y bajadas, donde a mí me encantaba jugar con mis muñecas. Mi tío Antonio era un señor muy culto, sabía de todo, quería hacer de mí una niña culta, pero nunca lo logró, y todo los días a la hora del desayuno y la comida me leía libros clásicos: el *Quijote*, *Jeromín*, historias mitológicas, en fin, puras cosas clásicas. También me ponía en una vitrola –entonces no había radio ni televisión– puros discos clásicos; tenía colección de óperas, todos los discos de Carusso, de la Tetrazini, de la Melba, y argumentos de las óperas. En la noche me contaba cuentos de hadas, así es que yo vivía, como diría José Alfredo Jiménez, en un mundo raro, lleno de fantasías, de hadas, y de duendes, y como yo era una niña llena de imaginación, me fabricaba mis propios cuentos, creía a pie juntillas en las hadas... es más, sigo creyendo, siempre he creído que tengo una hada madrina muy bondadosa que me ha dado dos dones muy importantes: uno es el cariño, pues siempre he estado rodeada de cariño, de gente que me ha querido sin yo haber hecho nada para merecerlo. Gente de todas clases sociales me quería; se puede decir que el pueblo de Torreón me quiso, no sé yo por qué, así fue. Todavía cuando nos casamos estaban las calles alrededor del Perpetuo Socorro llenas de gente con sus paraguas, pues llovía tremendamente. Nos casamos en la noche, y desde temprano estaba el pueblo alrededor de la iglesia para despedirse de mí y saludarme, y cuando entré a la iglesia estallaron los aplausos y me emocioné hasta las lágrimas. Son recuerdos muy bonitos; todavía me siguen emocionando. El otro don que me dio mi hada madrina fue la alegría: nací con morral tan grande de alegría que no se me ha acabado a pesar del quimil de años que cargo a cuestras y de otro quimil de penas de todos tamaños, colores y sabores. Me ha

acompañado siempre y aunque ya muy mermada todavía me queda bastante. En las mañanas me despierto siempre cantando y de muy buen humor y Lucas muy extrañado me pregunta: “¿Por qué cantas, qué estás festejando? Y yo le digo: “A la vida, nada más que eso, que estoy viva, que me muevo, que estoy feliz”. Cada mañana se produce un nuevo milagro. Como dice Violeta Parra, gracias a la vida, que me ha dado tanto. Bueno, la vida es un decir, es mi Padre Dios que ha sido muy bondadoso conmigo, pero ya me divagué de mi historia.

En las mañanas me veo en el espejo y me digo: “Carmelita (siempre me trato con mucho cariño) qué fea estás, pero no te achicopales ni te desavalorines, vamos pronto a apuntalar las ruinas”.

Mis tíos viajaban mucho a Durango y me llevaban siempre. Allí tenía familia mi tío; tenía una casa muy grande, y yo estaba muy contenta pero con mucho miedo a los alacranes, les tenía pavor. Tenía mi tío muchas amistades de Durango; a veces venían a Torreón a verlo. Me acuerdo una vez que vinieron unas señoras muy pomadasas de Durango a visitarlo, y mi tío le pidió a mi mamá Cova que me arreglara muy bien. Cuando vinieron me llamó a la sala, quiso presumir porque según él yo era muy entonadilla para cantar. Yo tendría unos cinco años y me dijo: “Hija, cántales a las señoras una canción”. Y yo era bastante entrelucida y desenvuelta y me paré en el centro de la sala y empecé a cantar una canción que me acababa de enseñar mi nana, Luz, y la canción decía: “El día en que yo nací, oí decir a mi madre: Eres el mismo retrato, de una amigo de tu padre.” Cuando acabé de cantar vi una caras muy agrias y muy serias, y mi tío muy enojado. Yo me quedé asustada, pues no sabía qué había pasado y mi tío me preguntó muy serio: “¿Hija, quién le enseñó esa canción?” Yo no entendía nada, pero comprendí que no me había lucido y para defenderme, buscando un apoyo dije que mi mamá. Mi tío, muy enojado, después fue a reclamarle a mi mamá: “Lupe, ¿por qué le andas enseñando esas canciones tan feas a Carmelita?” “¿Cuáles?” dijo mi mamá muy extrañada. Mi tío me habló y me hizo que la cantara. Mi mamá muy enojada me dijo: “¿Cuándo te enseñé yo esa canción?” Y tuve que confesar que había sido mi nana Luz. Ahora que ya entiendo me da mucha risa, pero entonces fue una verdadera tragedia.

Mi tío Antonio era una maravillosa persona que se adelantó a su época. Sabía dialogar con los niños y ponerse a su altura y pasarles sus mensajes. Un día le pregunté: "Tío, ¿cómo es el cielo? Y él me describió un cielo como debía ser el cielo para una niña de cinco años; me dijo: "Es precioso: mire, llegando usted le ponen en la puerta una coronita de estrellas y le dan unas alitas con plumas luminosas y le ponen una tuniquita blanca hecha de rayos de luna; luego, le van a dar una flautita de oro para que vaya a tocarle al Niño Dios. Podrá también brincar y rebotar en las nubes y resbalarse en un resbaladero de arcoiris". Yo rápidamente me fasciné y le dije: "Tío, yo quiero ir al cielo. ¿Cómo le hago?" Y me dijo: "Mire: lo primero que tiene que hacer es darle de comer a un niño pobre; pero no le dé sobras o lo que no le guste". Salí corriendo y regresé al ratito y le dije: "Tío, ya le dí a un niño un dulce, una galleta, un caramelo y estaban muy buenos y me gustaban mucho. ¿Ya puedo ir al cielo?" Y me dijo: "No; es muy poquito un dulce, una galleta y un caramelo. Debes dar dulces, galletas y caramelos toda tu vida, pero no nomás dulces de azúcar: dé dulces de cariño, galletas de comprensión y caramelos de alegría". A mí me sonó bonito, pero no entendí bien. Ahora que entiendo pienso qué razón tenía mi tío; qué diferente sería el mundo y qué bonito si todos diéramos dulces de cariño, galletas de comprensión y caramelos de alegría, en vez de dar odio, violencia y egoísmo. Espero que mi tío esté allá en ese cielo maravilloso que él describía. Tuvo una muerte preciosa, muy edificante, llena de fe, paz y alegría. Yo estuve con él hasta el último momento y me quedé muy edificada; murió poco antes de yo casarme, descanse en paz. En mí dejó huellas imborrables; a él le debo la seguridad en mí misma que me ha ayudado tanto; me fomentó siempre la propia estimación; me decía: "Hija no haga nada que la rebaje a sus propios ojos, téngase siempre muy en alto", y así lo he hecho, he sido muy atarantada y muy alocada, he hecho muchos disparates y le dí muchos dolores de cabeza a mis papás, pero nunca hice nada que me rebajara a mis propios ojos.

La familia de mi tío Antonio tenía una hacienda cerca de Durango que se llamaba Juana Guerra. Mi tío Antonio me tenía con los ojos cuadrados y enloquecida de emoción, pues me

contaba –yo tenía como cinco años– que en Juana Guerra había colonias de unos personajes que se llamaban cucurranitos, que eran hombreritos que medían una cuarta de estatura y tenían sus ciudades con calles, plaza, iglesia, arbolitos, todo acorde a su estatura de. Las cucurranitas eran preciosas y los cucurranitos muy guapos; me contaba de las aventuras que les pasaban. Por supuesto yo creía todo eso a pie juntillas y me moría de ganas de ir a conocer a los cucurranitos. Le lloraba a mi tío para que me llevara pero él siempre daba largas y me decía: “El año entrante”. Estaba como los comerciantes que dicen “Hoy no se fía, mañana sí”. Yo soñaba en las noches que iba a conocer las familias cucurranitas; me imaginaba los niños del tamaño de una nuez. Yo les platico a mis nietas de las ciudades de los cucurranitos y se ríen y les hace mucha ilusión: a la mejor sí existen.

Mi tío tenía una prima en Durango que se llamaba Lupe López Negrete y era tía carnal de Dolores del Río. Era una señora muy popis, muy simpática, Dolores la quería mucho y casi siempre vivía con ella. Esa tía tenía una gran facilidad para hacer versos y se los mandaba a mi tío. Pero los versos tenían una particularidad, todos eran muy cochinos. Voy a incluir uno, el menos cochino, para que se den una idea y se rían un rato:

Oda a los excusados de pozo

Tablón liso de excusado
que semeja un confidente
con sus agujeros
era aquel excusado riente.
Por ellos oscuridad misteriosa se veía
y nadie poder sabía
lo que su fondo ocultaba; por eso
el alma soñaba que había
bosques encantados, príncipes,
damas, soldados, ondinas de pelo blanco,
hadas, odaliscas, diosas,
que ahí adentro en lo más hondo
se alimentaban con rosas,
y el alma soñaba así

mientras en el agujero
se posaba el feo trasero
para hacer popó y pipí.
Mas la civilización
con el inglés excusado
rompió el encanto sagrado
y se acabó la ilusión:
que en taza de porcelana
donde luce el excremento
no te forjarás un cuento
ni una leyenda galana.

Esa Lupe López era amiga de todos los intelectuales de México, Salvador Novo, Usigli y otros muchos a los que les encantaba ir a casa de Dolores del Río y que Lupe López les leyerá sus versos y reírse un rato, pues como decía mi tío: “Para reírse un rato sin hablar mal del prójimo ni ofender a Dios no hay más que hablar de la porquería”.

Yo seguí viviendo con mis tíos hasta los 8 años; fue una niñez muy divertida, pues mis tíos me trataban como si yo fuera un personaje y a donde salían me llevaban con ellos; si iban al baile al Casino de la Laguna, me llevaban con ellos. No me querían dejar sola ni un momento. Yo hacía grandes chorchas con las niñas del vecindario. Desde entonces hacía fiestecillas; las ponía vestidas de visiones a cantar y a bailar.

Entonces Torreón era un pueblo pequeño. Mis tíos vivían en la Zaragoza, entre Morelos y Matamoros, en una casa muy grande que después fue oficina de Recaudación de Rentas. Esa casa, por cierto, me la heredó mi tío cuando murió. Desgraciadamente no la conservamos, pues como decía mi papá “Cuando Dios quiere empobrecer al hombre primero lo embrutece: vende cuando no debe, compra cuando no debe, firma donde no debe: total, el dinero se esfuma”.

De chiquita yo hacía el camino largo a la Plaza de Armas, que estaba a una cuadra de la casa de mis tíos. Allí me encantaba ir al tabarete de Cuca, que estaba en la esquina de la Valdez Carrillo y la Morelos. Yo me daba vuelo tomando o regalando aguas frescas y dulces; por supuesto sin el permiso de mis tíos, que no me dejaban comer entre comidas. Pero yo le firmaba

vales a Cuca y después iba con mi papá y le sacaba dinero para pagar los vales. Mi papá me decía muy enojado: “Carmen, ya estás como tus hermanos, ya nada más echas el garabato donde quiera”.

Una vez llegó Emilio Gurza cuando yo estaba tomando agua fresca con Cuca. Emilio Gurza era un señor muy amigo de mis tíos; iba con Julián Llaguno, el ganadero; se sintió muy generoso y le dijo a Cuca: “¿Cuánto debe la niña?” Creyó que Cuca iba a decir unos 50 o 60 centavos, pero Cuca le dijo: “17 pesos”. Entonces 17 pesos eran un capital. Julián le dijo a Emilio: “Ahora pagas, por andar de ofrecedor”.

Todas las tardes nos metíamos sin permiso y sin boleto al Teatro Princesa. El señor que recogía los boletos en la puerta se llamaba Juanito; fue muy querido en Torreón porque duró muchos años en ese oficio. Nos dejaba entrar sin boleto a mí y a mis amiguillas; al ratito nos salíamos porque nos daba miedo que mis tíos me cacharan.

Mi mamá Cova me traía siempre arregladísima con unos vestiditos muy bonitos; la pobre se jalaba los pelos de desesperación porque al rato yo traía los vestidos hechos una ruina, porque yo era muy marota. Traía los vestidos llenos de moras porque en la esquina de la casa había un árbol y yo iba y me subía. También andaba en bicicleta haciendo suertes; cada rato me caía; llegaba a casa toda raspada y rota.

Yo estaba entonces en el Colegio Jesús María, un Colegio de las madres del Verbo Encarnado, el colegio estaba en la Colón y la Morelos. Todos los días mi tío me llevaba en un Forcito que tenía, de los primeros Ford que llegaron aquí: para echarlo a andar habría que darle cran.

Cuando yo cumplí ocho años, mis papás estaban viviendo en México y tuvieron a bien mandar por mí para que me fuera a México para ponerme a estudiar en el colegio. Fue como si a mis tíos les hubieran clavado un puñal en la espalda. Ellos se habían hecho a la idea de que yo iba a quedarme por siempre con ellos. Lloraban como niños. Después de que me fui, se sentaban a la mesa y ponían mi lugar y no comían por estar viendo mi lugar y estar llorando.

El sobrino es el ser más ingrato de la creación; pues aunque yo lloré cuando me despedí de mis tíos, ya en el tren iba feliz.

Llegué a México y enloquecí de alegría cuando vi la casa tan grande y bonita que tenían mis papás; era una casa que había comprado mi papá en la colonia Roma; era de un francés que se apellidaba Tallery. La casa estaba en la esquina de la calle Córdoba y la avenida Jalisco, ahora Álvaro Obregón. Era una casa estilo francés con un jardín muy grande, llena de flores, árboles frutales, y tenía un laguito con pececillos de colores. Era tan bonita la casa que me sentía en el paraíso.

Me pusieron mis papás en el Colegio Francés de San Cosme. Era de unas monjitas francesas, muy feitas y muy estrictas. Allí hice segundo y tercer año. Como no hablaba francés tuve que hacer segundo año, porque todas las clases eran en francés. Pero después me sirvió mucho. Después de dos años de estar en México mi papá se aburrió y un buen día le dijo a mi mamá: “Oye, Lupe: ¿Qué estamos haciendo aquí en México?”

Vendió la casa mi papá y malbaratamos los muebles; los más bonitos se los trajo al rancho: había un comedor francés en el rancho La Luz, que mi papá había traído de México. Tres veces mi papá se fue a vivir a México y al rato se aburría y se venía.

YA ME ESTOY adelantando. Voy a meter reversa y a empezar por los primeros años en que mis papás se vinieron a Torreón.

La primera casa en que vivieron aquí en Torreón era muy grande y muy fea; estaba en la Morelos enfrente de los Caballeros de Colón. Estaba a cuadra y media del cine Variedades; era una casa con patio, traspatio y recontrapatio. De esa yo no me acuerdo porque estaba muy chiquilla; tenía menos de dos años.

Me platicaba mi mamá que una noche que estaba ella sola en la casa con mis hermanos habían llegado a refugiarse unos españoles porque Villa acababa de tomar Torreón. Los españoles eran mi tío Eugenio Gerozabe, un señor Serrano, un señor Clavel y otros dos. Los españoles le tenían miedo a Villa porque los traía entre ojos. Mi papá había tenido que salir a México. Me decía mi mamá que tenían echada la tranca del zaguán y que todo el mundo estaba asustadísimo; en eso, en la noche, se escucharon fuertes toquidos: “¡Abran en nombre del general Francisco Villa!”

Los españoles corrieron y se escondieron. Unos se metían debajo de la cama, otros en la cocina, otros en el baño, otros en

el ropero. Mi mamá no sabía qué hacer y pensó que era peor si no abría. Temblando de miedo fue a quitar la tranca del zaguán y abrió... va oyendo una voz muy alegre que le decía: “Doña Lupe, ¿no me conoce? Soy Fernando Murguía; soy un general de mi general Francisco Villa”.

Don Fernando había sido caballerango de mi papá en uno de los ranchos y quería mucho a toda la familia. Le dijo a mi mamá: “Ya hablé con mi general Villa y le pedí permiso para poner enfrente de su casa a dos soldados para que los estén cuidando y los protejan; ya sabe que estamos a sus órdenes”.

Mi mamá vio el cielo abierto, pues no se esperaba aquello. Los españoles salieron de sus escondites y se pusieron a cenar muy contentos.

Esa temporada fue de sustos. Otra de las veces que tomó Villa Torreón, porque a cada rato tomaba Torreón, mandó por mi papá y junto con otros dos agricultores los encerró en el Casino de la Laguna y les dijo: “De aquí no salen hasta que me junten un dinero. Quiero que me junten cinco millones”.

Mi papá dice que no se esperaba que les fuera a pedir tan poco. Hicieron una derrama entre los agricultores de acuerdo a las dotaciones de agua que tenían para sus tierras, no de acuerdo con la cantidad de tierra. En dos días le tuvieron el dinero a Villa y él les dijo: “Se han portado muy bien; en premio los voy a dejar que saquen su algodón en tren al Paso, Texas”.

Y así lo hicieron; sacaron sus cosechas y ganaron mucho dinero. Pero Villa era impredecible. Nunca se sabía cómo iba a actuar; así que todo mundo le guardaba sus frijoles. El pueblo de aquí de Torreón quería mucho a Villa pues era muy generoso con ellos; menos los chinos, que no podían quererlo porque los aventaba de un tercer piso, desde el Banco Chino que estaba en la Valdés Carrillo y la Juárez. Así es que se daban un banquetazo. Los españoles tampoco eran santo de su devoción. Pero al pueblo siempre le daba dinero y ropa, por eso se hizo el Mercado Villa y en Lerdo hay un busto en la plaza de Villa y en la Presidencia Municipal.

VOY A VOLVER a mi entorno. Mi mamá se llamaba Guadalupe Gutiérrez Narro; era de Saltillo. Su mamá pertenecía a la familia Narro, muy conocida en Saltillo, dueños de la hacienda El

Morillo que todavía está funcionando. Después se fueron a vivir a general Cepeda y luego a Lerdo; su abuela era doña Trinidad, que fundó la escuela Antonio Narro y el asilo de Saltillo. Francisco Narro, hermano de mi abuela, era el dueño de El Morillo.

Mi abuelo poseía una tienda en Lerdo, en sociedad con el señor Lajous, que se llamaba La Gran Señora. Mi mamá se casó a la tierna edad de 17 años y mi papá tenía 35; comprenderán que no le cupo ni en una muela; rápidamente la hizo a su modo.

Mi mamá decía siempre: “Jesús nació para mandar. Desde chiquito ha mandado a sus padres, a sus hermanos y a todo el mundo”. Y mi tía Concha decía: “Menos a Carmen; ya Carmen se le subió al pescuezo y hace lo que quiere”. Y así era. Yo creo que yo le caía en gracia a mi papá, y sus regaños eran muy chistosos.

Un día que iba yo saliendo de la casa y hacía mucho sol mi papá me paró y me dijo: “Carmen, éves esa sombra? Pues es la sombra de una loca, porque tú eres la más loca de Torreón. Qué digo de Torreón, de México. Qué digo de México, del mundo”. Era mi sombra y a mí me daba mucha risa, pero ponía una cara muy seria y compungida.

Mi mamá era una señora muy dulce, romántica y tierna, sumamente caritativa. Su mano siempre estaba abierta para ayudar a todo el mundo; era el paño de lágrimas de todos sus parientes, a quienes ayudaba mucho. Entre sus múltiples caridades, le dio carrera a un licenciado muy conocido de Torreón, y ayudó a mandar a Fanny Anitúa a estudiar a Italia, y aquí seguía ayudando a la familia, que estaba muy pobre. Era de un carácter muy opuesto al de mi papá, porque mi papá era todo dinamismo y movimiento. Mi mamá era quieta y tranquila. Nos contaba los cuentos más bonitos de toda mi vida; qué cuentero ni qué cuenta cuentos, ninguno le llegaba ni al tobillo. No eran conocidos; no sé si los había oído o los inventaba, pero eran bien bonitos.

Mis hermanos: Julia, mi hermana la mayor, me llevaba doce años. Era el reverso mío, sería y muy sensata, muy tímida. Jesús, mi hermano, me llevaba diez años; era mi ídolo. Era sumamente guapo y personalidad, muy deportista, jugaba polo, corría coches de carreras, adoraba el peligro. Eso le costó la vida;

murió manejando su avión: un avión que acababa de comprar en Los Ángeles, pero ésa es otra historia... Después se las contaré.

VUELVO a mi niñez. Cuando mis papás se vinieron de México conmigo se fueron al rancho y yo volví con mis tíos, pero mi hermano fue un día y les dijo a mis papás: “¿Qué está haciendo Carmen en Torreón? Hay que mandarla a los Estados Unidos a que aprenda inglés”. Mis papás convinieron en que se hicieran las gestiones para mandarme a un colegio que estaba cerca de Chicago. Está cerquita de un pueblo que se llamaba South Bend; el colegio se llamaba St. Mary’s y estaba frente a la Universidad de Notredame; era precioso. Era casi un pueblo con unos campos inmensos pues estaba prácticamente en el bosque; eran muchos edificios y todos se comunicaban con pasajes subterráneos, por la nieve. Había dos monjas mexicanas. Una hermana de doña Luisita Cárdenas de la Fuente y otra hermana del ingeniero De la Fuente. Yo era la alumna más chica. Me llevaron al colegio mi hermano Jesús y mi mamá, hicimos cuatro días de tren.

Mi papá tenía un mozo que había sido su nano. Se llamaba Cheto; era un indio de edad indefinida, no sé si tenía 100 o 200 años. Bueno, es una pequeña exageración, pero era muy grande, muy serio y callado, casi no hablaba. Era muy cariñoso conmigo, me quería mucho; yo era la persona de la familia a quien más quería. Desde chiquilla jugaba mucho con él y le contaba cuentos y según yo trataba de hacerlo piadoso. Quería que se confesara, cosa que nunca logré. Lo amenazaba con el infierno y le describía tormentos horribles y él lloraba de risa, creía que era de broma. Nunca me creyó. Es más, ni yo misma creo tantos tormentos como le cuentan a una del infierno, pues yo pienso que mi padre Dios es tan bondadoso... y eso de la tatemada en el infierno me parece que, como la edad de Cheto, es una exageración.

Cuando vinieron mi mamá y mi hermano de dejarme del colegio, Cheto le preguntó a mi hermano dónde me habían dejado. Y Jesús le contestó: “Fíjate, Cheto, la dejamos lejísimos, a cuatro días de tren”. Cheto les dijo: “¡Ah, brutos, que fue lo que hicieron!”, y se puso muy triste.

Yo estaba muy contenta en el colegio; luego luego me acoplé. Lo malo era que había 14 latinas, de Centroamérica y Sudamérica: cuatro mexicanas y muchas cubanas, todas muy mal habladas, decían muchas groserías que al rato yo aprendí. Yo estaba en clase especial, en Grammar School, pues todavía no podían ponerme en High School. El colegio era básicamente de High School y College. A mí me daba clase especial una monjita.

Yo era muy traviesa y las latinas me fomentaban las travesuras. Un día en que estaba de vacaciones el colegio, nada más nos quedamos las latinas: me endilgaron a que tocara la campana de alarma, que estaba en el centro de muchos edificios, una torre con una campana inmensa como la de la iglesia, que sólo se tocaba cuando había misa o algún incendio. Cuando toqué la campana, eran como las once de la mañana. “Chas... chas”, me columpiaba de la cadena de la campana. Las muchachas salieron del patio a esconderse y las monjas salieron del edificio muy asustadas a ver qué había pasado. Yo corrí a esconderme. Cuando averiguaron que no había nada, nos mandaron hablar; fuimos tan tontas que no pensamos que si sólo estábamos nosotras tenía que haber sido una de nosotras. Entonces preguntaron: “¿Quién tocó la campana?”, y todas guardamos silencio. Dijo la superiora: “Pues si no quieren decir las voy a castigar a todas; hoy en la tarde las íbamos a llevar al cine, pero todas se van a quedar castigadas”. Entonces a mí se me hizo gacho que las castigaran a todas por mi culpa, y me adelanté y dije que yo la había tocado. La superiora muy enojada me regañó mucho y al día siguiente escribió a mi casa diciendo que mandaran por la niña, porque estaba muy mal educada y ya no la querían tener ahí. Mi tío Antonio les contestó que cuando la niña Carmen había ido al colegio iba muy bien educada; que si estaba mal educada era culpa de ellas y que además no podían ir por ella, porque estaban pizcando el algodón, y ahí murió la historia.

Cuando Jesús y Julia mi hermana fueron por mí en junio, los recibí con una colección de palabras mal sonantes. Ellos no daban crédito a lo que estaban oyendo. Jesús, mi hermano, me preguntó: “¿Quién te enseñó todas esas palabritas?” Y yo le dije: “Pues mis amigas las cubanas”. Y Jesús dijo: “Pues ya no vas a volver a este colegio”.

AL AÑO siguiente me mandaron a un colegio del Sagrado Corazón que estaba en St. Louis Missouri, y se llamaba Maryville; era más chico y menos bonito que el otro, pero había mucha disciplina y orden. Las madres eran bien estrictas y al mismo tiempo bonitas y cariñosas. Nada más había tres mexicanas y todas más grandes que yo, así es que mis amigas y compañeras eran norteamericanas. Allí estuve un año, salí de doce. Jesús mi hermano me había abierto cuenta en una tienda para que comprara ropa y cuando salí del colegio fui a comprarme ropa para regresar a mi casa, pues ya había crecido y no me quedaba la que tenía. Como tenía cuenta abierta me compré ropa completamente impropia: un vestido largo de raso brillante y un turbante con un golpe de piedras al frente: como una mujer fatal. Cuando Jesús fue por mí y me vio no supo si enojarse o soltar la carcajada. Me dijo: “No te llevo a comprar ropa porque apenas tenemos tiempo de tomar el tren, pero esa ropita no te la vuelves a poner”.

Los últimos meses que estuve en el colegio había estado tomando clases de violín, pues había una muchacha muy bonita que se veía preciosa tocando el violín, y pensé que me iba a ver igual. Cuando me fui del colegio llevaba mi estuche de violín en la mano. Mis papás estaban viviendo en México, así que tomamos el tren para allá Jesús y yo. En México nos estaban esperando en la estación mi papá, mi mamá, Julia mi hermana y unas amigas de Julia, que se apellidaban Palacio; eran como de nuestra familia. Cuando me vieron bajar del tren vestida de visión y con el violín bajo el brazo, casi se cayeron de la risa. Yo me sentí muy confundida y me solté llorando. Mis papás me llevaron a la casa que tenían: era un villa italiana, preciosa, en Insurgentes. Después de cenar, me pidieron que les tocara el violín. Yo lo saqué y empecé a tocar *La donna é mobile*, unos chillidos espantosos. Otra vez lloraron de risa. Y yo muy digna les dije: “No me sale bien porque el violín es muy corriente”; al día siguiente mi papá me llevó a la casa Wagner y me compró un violín muy fino. Yo llegué a la casa y volví a tocar y se siguió oyendo igual de horrible. Mi papá estaba muy defraudado: le gustaba mucho la música y quería que nosotros tocáramos algún instrumento. Ese violín después se lo regaló mi papá a un músico que se llamaba Cuco Aguilar, que vivía enfrente de la

casa, pues comprendió que conmigo la situación no iba a mejorar.

Cuando salí del colegio, estuvimos un mes en México. Mi papá como siempre, se aburrió y regresamos a Torreón. Entonces volví otra vez con mis tíos. Mi educación era muy rudimentaria y resolvieron ponerme una profesora. Consiguieron una magnífica; se llamaba Luz Oropeza; era una santa mujer, toda dulzura y bondad. Yo hacía con ella lo que quería. Cuando no tenía humor de dar clase la ponía a que me contara historias mitológicas. Ella me daba clases de historia universal, álgebra y gramática; yo odiaba la gramática y nunca di golpe; las matemáticas y la historia me gustaban mucho, sobre todo la mitología.

A los pocos meses de estar en clases, Julia mi hermana sacó el embeleco de que nos fuéramos a Europa y no tardó en convencer a mi papá. Arreglaron un viaje extrarrápido y nos fuimos una extraña comitiva: mi papá, mi mamá, Julia mi hermana, Guillermo mi hermano, don Julio Tumoine, don José María Suárez y yo. Cuando estaba zarpando el barco le dijo mi papá a mi hermana Julia: “Diles que paren el barco, me quiero regresar, ¿qué voy a hacer a Europa?” Y le dijo mamá: “Te aguantas, Jesús, aquí ya no estás en Torreón ni en el rancho, ahora te aguantas”. Recorrimos España. Allí se quedó José María Suárez, porque tenía casa en Santander. Nosotros fuimos a Madrid, esto fue en 1925. Nos tocó asistir a una presentación de una ópera Rusa, a la cual asistieron el rey Alfonso XIII y toda la nobleza. ¡Ah, bárbara nobleza, tan platicadora! No podíamos oír nada. La gente hablaba a voz en cuello y el rey se dedicó a comadrear de palco en palco, sumamente simpático. La reina muy digna, con su diadema de brillantes sentada en el palco real y el rey completamente alocado, comadreando con todo el mundo. La gente lo quería mucho. Dicen que era muy ojito alegre, tenía traza. Nos tocó también en Madrid una corrida de toros muy buena; no se conseguían boletos, pero mi papá, que era muy simpático y muy platicador, entró a un café y empezó a platicar con unos señores muy pupurufos. Estaba ahí platicándoles que era de México y que ya no había boletos. Un señor finísimo se los regaló y le dijo: “Nada más faltase que un mexicano venga desde tan lejos para asistir a esta corrida y no consiga entrar”. Es un detalle de los caballeros españoles.

Al ir a tomar el tren, mi mamá olvidó en el hotel una bolsa con todas sus alhajas, dinero y tarjeta de crédito. Estábamos en la estación cuando se dio cuenta, y en esos momentos llegó un botones del hotel corriendo y gritando: "¡Señora Pámanes, olvidó esto en el hotel! Imagínense nada más si ahorita va a pasar una cosa así. Después de España nos fuimos a Francia. Estábamos en París, en el Hotel Regina, que era muy bueno; había muchas argentinas muy elegantes. Íbamos todas las noches a cenar al Bois de Boulogne. Había un restaurant precioso que se llamaba Armenoville, entre árboles, flores y unos violines hermosísimos. Yo estaba en una edad infame en que no era ni chicha ni limonada, ni niña ni señorita; tenía 13 años, pero disfrutaba de todo, y estaba en edad de apreciar los museos y todas las maravillas que hay en París. Íbamos a distintos teatros, pero el primer día nos metimos a uno sin saber, y al rato empezaron a salir encueratrices y mi papá indignado dijo: "Vámonos, ¿qué estamos haciendo aquí?"

QUIERO hacer un paréntesis para contar una cosa muy curiosa. Dos años antes vino a Torreón un muchacho que decía ser el Conde de la Rochefoucauld. Aquí todo el mundo se reía de él y decía: "¿Es conde?; esconde el sombrero", pues entonces todo el mundo andaba con sombrero y él fue precursor del sinsombrerismo. Vestía extravagantemente, vivía en un carro del ferrocarril y salía con una máquina de escribir y se sentaba en la orilla de la banqueta a escribir. Entonces Torreón era un pueblo muy chico, pero de todos modos aquella extravagancia no podía pasar inadvertida.

Resulta que a este conde lo mandaron a Torreón un señor Viadero y un señor Pablo Martínez del Río, pues los papás del conde, que efectivamente sí era conde, lo mandaron castigado y le pidieron a Pablo Martínez del Río que lo mandara a La Laguna, para que aprendiera sobre el cultivo del algodón, pues ellos tenían grandes plantaciones de algodón en Egipto. El conde hizo amistad con los chicos bien de aquella época, entre ellos Jesús, mi hermano. Mucho tiempo después, en mi casa estaban las maletas del conde que ahí las dejó guardadas. Un buen día muere la abuela del conde y lo nombra heredero universal; entonces vinieron por él y se lo llevaron.

Esto viene al caso porque cuando estábamos en París, en la iglesia de La Madeleine, entraron unos ujieres abriendo paso y anunciando a los condes de la Rochefoucaud, que entraban a una misa para las honras fúnebres de la abuela, y vimos a nuestro conde elegantemente vestido entrar por en medio de la iglesia y toda la familia nos quedamos con la boca abierta. ¿Cómo íbamos a creer que iba a entrar en ese plan en París? Para entonces el conde era ya duque y era un personaje en París. A varios de los amigos de Torreón que fueron a visitarlo los atendió regiamente. Entre otros: Julio Castrillón, Froylán Torres, Salvador Valencia.

De París nos fuimos a la Costa Azul, a Niza, Montecarlo, Mónaco. En Niza estuvimos en el mejor hotel, que era el Negresco, un hotel precioso; en el comedor en las noches se abría el techo y se veía el cielo con las estrellas. Era un hotel de gran lujo; a mi papá ahora le reconozco su esplendor, pues no escatimaba en darle lo mejor a su familia. Decía que por eso había trabajado, para que tuviéramos lo que él no tuvo. Decía siempre: “Mano generosa, mano poderosa”, y así era él, sumamente espléndido. Fuimos al casino de Montecarlo, pero a mí no me dejaron entrar porque era niña. Fuimos también a Viena y a mí me encantó; era una ciudad preciosa con mucho señorío y con historias románticas. Luego mis papás me querían dejar en un internado en Bélgica: un colegio de las monjas del Sagrado Corazón, muy triste y austero, y yo me negué a quedarme. Entonces mi papá le encargó al cónsul de Viena que le consiguiera una institutriz para mí, y la consiguió. Quedó de mandarla a París.

Le puso un telegrama de que llegaba una señorita muy bien recomendada. Mi papá y yo fuimos a esperarla a la estación. Llegó una muchacha joven, que medía como 1.90 y muy fornida. Dice mi mamá que cuando nos vio llegar era como una catedral al lado de dos figurillas de cada lado, mi papá y yo. Mi mamá le dijo a Julia: “Mira esa pobre mujer, no se la va a llevar Jesús porque lo va a acomplejar”. Y así fue: la pobre lloraba todo el día de tristeza porque se venía a México, y mi papá le notificó que no se preocupara, que él le pagaría un mes de sueldo y su estancia en París, con paseos incluidos y su boleto de regreso. Quedó feliz y yo me vine sin institutriz. Cuando nos fuimos de

Viena, el señor Stanley, que era el vicecónsul de México en Viena, puso un telegrama a Venecia, al Gran Hotel, para que nos reservaran hospedajes. Cuando llegamos a Venecia ya nos estaba esperando en la estación: gran comitiva. Yo creo que creyeron que éramos unos personajes, porque nos hicieron gran recibimiento, nos llevaron al hotel a la suite imperial de gran lujo, que así cobraban los infelices. Mi papá se encontró en la plaza de San Marcos a don Ernesto Bredee y su señora, y los invitó al hotel. Se quedaron apantalladísimos y le decían: “Don Jesús, ésta es una suite como para un cardenal”. Fue el hotel más bonito en que estuvimos; era un palacio. Tenía sala con muebles y espejos dorados, cuadros antiguos y piano de cola, dos recámaras con camas con dosel elegantísimas. A don Julio Tumoine y a Guillermo, mi hermano, creyendo que eran nuestros valets, les dieron el cuarto de servicio, que estaba bastante decoroso.

Cuando estábamos en París, un buen día dijo mi papá: “Lupe, después de París, Torreón. Ya vámonos. ¿Qué estamos haciendo aquí tan lejos? Yo tengo pendientes en los ranchos”, y resolvió que nos viniéramos. Llegamos a Torreón y estaban preparando la primera feria del algodón, en 1925.

QUIERO recordar a una persona muy querida para todos, desde mi niñez hasta mucho tiempo después de casada. Era la cocinera de mis papás; una muchacha cuando llegó; tenía 15 años, con muy bonito tipo, toda bondad y dulzura. Fue un caso como de telenovela. Se llamaba Panchita Banda, era de Durango, de familia de clase media. Su papá le había dicho que cuando él muriera se fuera a Torreón a buscar a su madrina, una señora muy fina llamada Lupe Cervantes. Cuando el papá se comunicó con ella, la señora le había pedido que le mandara a su ahijada, así que cuando murió el papá, Panchita se vino a Torreón a buscar a su madrina. Llegó a la casa de la madrina y en el momento que tocó, oyó dos disparos y muchos gritos y carreras; se abrió la puerta y salieron las sirvientas corriendo y diciendo: “¡Mataron a mi patrona!”

Parece ser que el marido, un alemán, en un rato de locura la mató a ella y se dio un balazo. Panchita se quiso volver loca ante aquella tragedia, y sin conocer a nadie. Una señora que

estaba ahí, amiga de mis papás, le dijo: “Véngase, la voy a llevar con una familia que la puede ayudar”, y se la llevó a mi mamá. Desde un principio le cayó muy bien y se quedó con nosotros para siempre. Panchita platicaba que cuando llegó a mi casa lo que más le impresionó fue ver a una niña de cuatro o cinco años con un berrinche negro que decía: “No quiero ir a esa fiesta vestida de viuda”. Esa niña era yo. Yo quería mucho a Panchita, menos cuando mataba pollos. Los mataba como malcanchorchas, retorciéndoles el pescuezo. Yo daba de alaridos y después se tenía que esconder para matarlos: yo realmente tenía corazón de pollo; era tan tontita que a las lechugas que se estaban remojando las sacaba del agua para que no se ahogaran. En verdad nací con corazón de pollo.

Un día cuando estaba chiquilla, tenía como cuatro años, estaba en casa de mis papás y llegó una mujer pobre diciendo que tenía mucho frío, y efectivamente era un día crudo de invierno. Me pidió que si no tenía un abriguito que le regalara. Yo entré corriendo a abrir el ropero de Julia mi hermana y descolgué un saquito de piel que le acababan de regalar pues había cumplido quince años. El saquito era blanco, de piel, muy bonito. Lo saqué y se lo di a la mujer, que se fue corriendo como alma que lleva el diablo. Las criadas se dieron cuenta y salieron a tratar de alcanzarla, pero la mujer se volvió ojo de hormiga. Excuso el decirles las regañadas que me dieron y que me castigaron. Como al mes, volvió a aparecer la mujer con el saquito puesto, pero ya no era blanco, era gris, lleno de mugre y manteca.

Otra vez mis primas las Gorozave se tuvieron que ir violentamente a México y dejaron en la casa una petaquita llena de juguetes: trastecitos, mueblecitos, muñequitos y toda clase de chucherías. Cuando abrí la petaca y vi esas cosas me fasciné: rápidamente empecé a repartir los juguetes a todos los niños que pasaban. Estaba como Lázaro Cárdenas: repartía lo ajeno con singular alegría. Otra hazaña de la niña Carmelita: en la esquina de la casa se paraba un dulcero que vendía exquisitas charamuscas. A mí me encantaban, pero mis tíos no me daban dinero, para que no comprara cosas de la calle. Entonces se me ocurrió hacer un trato con el charamusquero. Mi papá tenía unas camisetas inglesas muy finas, de lana natural, color crudo,

muy delgaditas; tenían doble pechera, eran muy abrigadoras. Mi papá adoraba sus camisetas. Yo hice un trato con el dulcero: le daba una camiseta a cambio de que me suministrara charamuscas durante una semana. Y estaba encantada, pero un día mi papá se dio cuenta, y le dijo a mi mamá: “Lupe, se me están perdiendo mis camisetas; alguien me las está robando”. Un día se descifró el misterio: vieron en la esquina al charamusquero muy trigarante con su camiseta puesta. Mi papá mandó a Panchita Banda que fuera averiguar qué pasaba, y él le contó que la niña se las había cambiado por charamuscas. Panchita muy enojada le dijo: “Usted hizo tonta a la niña”. Y el dulcero, que tenía mucho sentido del humor, le dijo: “No, yo no la hice, ya venía”.

EN 1925 se celebró aquí la primera Feria del Algodón, de la cual fue reina Elvira Torres y fueron princesas Lola Faya (después señora de Madrid) y Anita Rodríguez (después señora de Juambelz). María Gireud (después señora de Lizarrague) fue princesa de la colonia francesa, Fue princesa de Lerdo Felicia Carriles Lavín, y de la colonia norteamericana María Elizabeth Goddard (después señora de Botello). La coronación fue en el Teatro Princesa; la revista teatral la organizó Froylán Torres, Luis Díaz Flores y Fernando Medizbolio. Fue una revista musical con la música hecha especialmente por Fernando Medizbolio. Elvira Torres llevaba un vestido precioso, estilo Isabel la Católica.

Se hizo entonces un jacalón de madera en donde está el antiguo Torreón y allí se organizó un cabaret. Aunque el local era muy rudimentario, era la novedad y toda la gente bien iba ahí todas las noches. Trajeron un conjunto argentino con un cantante de tangos que era Fortunio Bonanova, que cantaba bien bonito. Una noche me llevaron a mí mis hermanos, pues no me querían llevar, porque todavía no estaba en edad de baile, tenía 13 años. Jesús, mi hermano, en mi casa practicaba el tango conmigo pues le gustaba mucho bailar tango y conmigo ensayaba, así es que ya estábamos muy duchos en el tanguero. Estábamos ahí sentados y yo empecé a moler a Jesús con que me sacara a bailar y él no quería, pero por fin accedió.

Se usaban entonces unas cosas muy feas que se llamaban *bloomers*; eran unos calzones de algodón con elásticos en la

cintura y en las piernas unas tiras bordadas como de bañistas antiguas. Andábamos bailando Jesús y yo y para colmo nadie se paró a bailar, así es que prácticamente andábamos bailando de exhibición, cuando de repente sentí que se me reventó el elástico de la cintura y el *bloomer* se me cayó al suelo como un globo. Yo no podía dar paso porque me trapajaba con el *bloomer*; la gente se atacó de la risa, y Jesús se enfureció. Yo creo que no me agarró a cachetadas por miedo a la gente que lo estaba viendo; pero me llevó a sentar descompuesto de furia y me dijo: “Me hiciste quedar en ridículo; nunca más te volveré a sacar a bailar”. Yo casi lloraba, pero la gente le veía el lado cómico, y me seguían choteando. Ahora me da risa, pero entonces fue una tragedia.

En 1927 se casó Guillermo, mi hermano, con una amiga mía, Rosina Cotter. Era una chica preciosa, llena de vida y muy graciosa, un año mayor que yo. Yo tenía 15 y ella 16 y Guillermo 19. Guillermo era un muchacho... lo que hoy llaman un *junior*. Era encantador y muy simpático, pero muy falto de responsabilidad. Total, el matrimonio fracasó a los cuantos años, pero toda la familia queríamos mucho a Rosina. Yo la veía como una hermana; era mi compañera de andanzas y locuras, pues era igual que yo de alocada. Mi papá la siguió sosteniendo a ella y a su familia, ya que Rosina era huérfana de padre. A pesar de que estaba separada de Guillermo, siguió haciendo conmigo vida como de soltera, pues íbamos juntas a los bailes y a las fiestas... eso sí, era muy alegre pero muy bien portada.

Guillermo se casó después con María Luisa Alcalde, que fue una excelente esposa, muy sufrida y aguantadora. Tuvieron siete hijos, y después de la muerte de Guillermo se fueron a vivir a México. Sus hijas fueron unas muchachas muy queridas y muy apreciadas de todo el mundo, y las quiero mucho.

La mayor de sus hijas se llama María Teresa, pero todo el mundo la conoce por Techa. Es una de las personas más populares que he conocido; tiene magníficas amistades en México, Guadalajara y Monterrey y es una persona sumamente servicial y encantadora.

VOY A VOLVER a mi entorno. Yo fui la menor de cinco hermanos. Julia me llevaba once años, casi doce. Jesús me llevaba diez.



Carmen Pámanes (izquierda) y Rosina Cotter.



De arriba abajo, Consuelo Gutiérrez (Huesos), Cristina Gutiérrez, Coty Lozano y Carmelita Pámanes.

Luego Guillermo primero, me llevaba siete años; murió de dos años, de meningitis. Guillermo segundo me llevaba cinco años.

Cuando Rosina y yo íbamos a pasar temporadas al rancho, nada más estábamos discurriendo necesidades. Una vez, en La Luz, le mandamos hablar a un pintor del rancho, para que viniera a pintarnos un cuarto que queríamos decorar. Le dijimos al viejito que queríamos que nos pintara el cuarto con cuadros amarillos y negros, figúrense qué horrible, y él muy serio nos dijo: “¡No, señoritas, eso es cosa de potentes! Para eso se necesita la pintura ya composicionada y yo no me considero suje”. Otra vez, decoramos el cuarto de Rosina. En medio del cuarto hicimos una especie de catafalco: había que subir tres escalones para la cama y le pusimos la cabecera de espejos y de ahí salían rayos de todos colores, ¿se imaginan? ¡Era una visión de calentura! Una noche Rosina quiso bajar de su cama: se le olvidó que estaban las escalerillas y se fue rodando por ellas. Al día siguiente mandó quitar el catafalco y volvió la cama a la normalidad.

Rosina y yo éramos las consejeras de los peones. Una vez fue uno que se llamaba Melesio, y nos dijo: “Señoritas, vengo a hablar con ustedes... viera que mi esposa se puso como cacomixtle. Agarró un color alimonado bajito, le dio a manera de coliso y se murio todita”. Otro llegó un día y nos dijo: “Señoritas, quiero que me den algo porque tengo un dolor largo, liso y frio”. Le recetamos lo que se nos ocurrió, una vil aspirina.

Organizábamos carreras de caballos de apuesta y todo. Invitábamos muchachas a pasar temporadas y la pasábamos muy divertido. Había otro rancho cerca de ahí, de Federico Moyer, que se llamaba Granada. Las hijas de don Federico eran amigas nuestras y también invitaban amigas de Torreón a pasar temporadas a su casa y nos visitábamos de rancho a rancho. ¡La pasábamos muy bien!

En 1927 se levantó en armas el general Gonzalo Escobar: saqueó los bancos, se clavó el dinero y se fue. Mi papá llegó un día y nos dijo: “Me voy a llevar al Paso a Julia y a Carmen porque quién sabe que vaya a pasar aquí”. Nos subió en un carro pullman y nos fuimos. En Jiménez se detuvo pues había un combate, llegamos en fuerte balacera. Nos dijo mi papá: “Acuéstense en el suelo y no se muevan”. Ahí pasamos la noche

muertas de hambre y de susto. A la mañana siguiente, bajó mi papá y fue a un café de chinos que estaba en la estación y nos trajo café y pan duro ¡horrible! Seguimos rumbo al Paso; hicimos todavía dos días de camino, pues íbamos a vuelta de rueda. En El Paso estaba medio Torreón. Aprovechamos de ir a La Popular a surtirnos de ropa, y nos regresamos a Torreón muy contentas pues ya se había acabado la revolución de Escobar.

Otro suceso importante fue la boda de mi hermana Julia. Se iba a casar con un señor español encantador que se llamaba Jaime del Cueto, ya grande y muy formal. Fuimos Julia y yo al Paso a comprarnos unos trajes para la boda. Ella se compró unos trajes muy bonitos y elegantes, muy serios, pero a mí ninguno me gustó; yo quería uno muy especial. Fui al departamento de telas y ahí había una colección de *chiffon*, de gasas de todos colores; yo pedí que me vendieran *chiffon* blanco para el vestido y luego una yarda de todos los *chiffones* de todos los colores, y en el vestido blanco fui poniendo los *chiffones* como pañoletas, colgando como el arcoiris; se veían picos y picos, era un vestido de locura, y no contenta con eso, compré cerezas para ponerlas en un hombro chorreando, y por si fuera poco, ejecuté unas ligas con cascabeles de plata que sonaban precioso al caminar.

Ese bonito atuendo (de loca) no lo llegué a estrenar pues se suspendió la boda, pero esa es otra historia.

SIGO CON mi entorno. Julia mi hermana era el reverso mío, muy seria, muy sensata, muy culta; bastante clasista, porque yo siempre fui muy populachera; para mí las clases sociales no significaban nada; la única condición que pedía de mis amigas es que no fueran vulgares porque como decía la madre Palomar, directora del colegio del Sagrado Corazón de Monterrey, persona muy popis de Guadalajara, “La vulgaridad es el infierno en la tierra”. Las risas se ven en el comedor y se oyen en la cocina. Yo, como los Kennedy, la única aristocracia que reconozco es la del talento. Julia mi hermana era muy propia y elegante para vestirse; todos sus vestidos se los traían de Europa, o se los hacían los mejores modistos de México: Combe, María Pavignani, una modista italiana muy famosa, y una francesa

Madame María Luisa. En cambio mis vestidos los diseñaba yo misma y me los hacía una modista de aquí que se llamaba Luisita Álvarez, que era una señora encantadora que me festejaba toda mis locuras y fantasías, y me las ejecutaba lo mejor que podía. Después fue muy famosa Luisita y se especializó en vestidos de novia.

Rosina y yo nos diseñábamos nuestros vestidos; íbamos en competencia de extravagancia. Para quitarme el luto de Jesús mi hermano me mandé hacer un vestido la mitad blanco y la mitad negro; por supuesto el vestido tenía una manga blanca y una manga negra, me lo ponía con un zorro blanco y uno negro, un sombrero la mitad blanco y la mitad negro y un zapato blanco y uno negro, así entraba a misa. La gente se codeaba pero ya estaba acostumbrada a mi extravagancia. Cuando murió Jesús bajamos al subterráneo Rosina y yo a buscar ropa vieja y encontramos dos bombines negros de papá. Entonces se nos ocurrió ejecutarnos unos atuendos para ir a jugar tenis y, según nosotras muy propias, pintamos unas botas tenis de negro, los mangos de las raquetas negros también, los bombines los llenamos de gasas hasta el suelo y unos vestidos de gasa negra, también hasta el suelo. Nos plantamos los bombines y nos íbamos a jugar; parecíamos visiones de los cuentos de Drácula; íbamos a jugar al Parque España que estaba entonces en la Colón, a la altura de la estatua de Colón. Allí había unas canchas de tenis de tierra roja y nosotros con aquellos atuendos de gasas levantábamos unos polvaredones, la gente se detenía descaradamente a reírse, pero nosotras seguíamos jugando, encantadas de causar tanta conmoción.

JESÚS mi hermano era mi gigante. Cuando murió tenía 26 años. Era guapísimo y muy personalidado; del tipo de Rodolfo Valentino que era el que entonces se usaba, aunque tenía el pelo ondulado, muy bonito; se lo alisaba con *statecomb*; se lo dejaba como un espejo planchado y alisado; le daba también un aire a Charles Boyer. Tenía una suerte loca con las damas.

Cuando murió, Julia y yo fuimos a recoger sus cosas y nos encontramos cajas con recuerdos, con retratos y cartas femeninas, entre ellas bastantes cartas muy melcochudas de señoras casadas bien de aquí, porque el chico era bastante tremendito.



Jesús Pámanes y Rubén Dávila, al lado del avión del primero, en El Paso, Texas, a punto de salir para la boda de Julia, en 1929. En ese viaje se mataron.

Después les contaré la historia del entierro de Jesús, que fue muy truculento, pues una enamorada se dio un balazo. Quiso dársele arriba de la caja pero no la dejaron pasar y se lo dio en el subterráneo de la casa, calculando quedar debajo del cuerpo de Jesús. Fue un escandalazo que para qué les cuento.

Pero debo de empezar por la boda de Julia. La boda iba a ser el 24 de octubre de 1929. Jesús se había ido a Los Ángeles para comprarse un coche y un avión, pues ese año había sido muy algodónero y Pámanes Hermanos (mi papá acababa de formar esa sociedad y él se iba a retirar de los negocios; los iban a manejar Jesús y Guillermo, y había esa sociedad que eran los cuatro hermanos Pámanes) ese año ganó mucho dinero y mis hermanos se aprestaron a gastarlo. Jesús invitó a un amigo que se llamaba Rubén Dávila para que lo acompañara a Los Ángeles. Allí se compró un Packard precioso y un avión. Entonces los aviones no estaban tan adelantados como ahora ni tenían tanto aparato para manejarlos; él estuvo aprendiendo 15 días; ya tenía su licencia con siete horas de *solo flying* que realmente era muy poco. Se trajo a un instructor y se vino manejando el avión hasta

El Paso y Rubén se trajo el coche; en el Paso dejó al instructor. Había temporal en todo el norte pero él tenía urgencia de llegar a Torreón, pues al día siguiente se casaba Julia.

No sé cómo arregló con el jefe de las armas de Juárez para que le permitiera salir y no sé cómo convenció a Rubén Dávila que se viniera con él, pues según dicen Rubén tenía mucho miedo. Su coche lo mandó con un chofer que había ido de aquí para esperarlo; se llamaba Antonio López. Ellos salieron de allá a las cinco de la tarde con mucha niebla y chipi chipi; le había encargado el instructor que no perdiera de vista la vía del tren para que no se perdiera, así que venían volando muy bajo. Creemos que con la niebla no vieron bien; ya para llegar a Chihuahua estaba oscuro y se estrellaron contra un cerro. Los amigos los estaban esperando con una gran fiesta para celebrar su hazaña. Cayeron a diez minutos de Chihuahua, entre dos estaciones que se llaman Gallegos y Loaeza. Un rancharo vio el avión cuando se estrelló y fue a dar aviso, pero a nosotros no nos avisaron hasta el día siguiente, que era el día de la boda. Julia ya estaba vestida de novia y yo de damita cuando vi entrar a la casa a un grupo de señores de negro con caras muy solemnes, y lo primero que se me ocurrió pensar fue: “A lo mejor Jaime el novio tiene algún impedimento”, pero en eso entró mi mamá con la cara como ausente y me dijo con voz inexpresiva: “Carmen, dicen que se mató Jesús tu hermano. ¿Verdad que no es cierto?” Mi mamá se desmayó. Fue un caos la casa. Las personas llegaban para la boda, la iglesia ya estaba llena de gente; hubo que mandar a unos señores a avisar que se había suspendido. Para mí fue la pena más grande que yo había tenido.

Todos adorábamos a Jesús: los choferes, las sirvientas, todo el mundo. En un minuto corrió por Torreón la noticia. En seguida se fue Enrique Marroquín en un tren especial para traerse los cuerpos, que tardaron dos días en llegar porque los tuvieron que embalsamar y arreglar. El día del entierro entró por la cochera una muchacha muy guapa, que se llamaba Soledad Roncal. Los choferes no la dejaron entrar pero ella bajó al sótano hasta llegar al punto donde calculó que estaba el cuerpo de Jesús: ahí se dio un balazo en el corazón. Los choferes corrieron a avisarnos a Julia y a mí, que quisimos enloquecer

del susto. Por el momento no queríamos que mi mamá se enterara. En seguida hablaron a la Julia, pues entonces no había ambulancias en Torreón, para que la recogiera y la llevara al Hospital Americano, que estaba en donde ahora está el Centro Médico.

La casa donde vivíamos estaba en la esquina de la Acuña y la Morelos; la entrada para las visitas era por la Morelos, pero por la Acuña era la entrada al despacho y estaba la puerta del garage. Por esa puerta sacaron los amigos de Jesús a Soledad, pero no sé cómo arriba en la sala en donde estaba el cuerpo corrió la noticia y rápidamente todas las señoras empezaron a despedirse y a bajar, pero querían salir por la puerta de la Acuña, y Julia y yo fuimos a tratar de hacerlas salir por la Morelos y que no vieran el cuerpo. Mi mamá, con su aflicción, no se dio cuenta de nada, pero después tuvimos que decirle, y Rosina y yo hicimos una novela romántica y convencimos a mi mamá para que se hiciera cargo de Soledad. Después de dos meses en el hospital, entre la vida y la muerte, se recuperó. Rosina y yo íbamos todos los días a verla. Cuando salió mi mamá le dio dinero para que se fuera a Parral, donde tenía parientes. Mi mamá le mandaba una mesada para que viviera decentemente y cambiara de vida, pero era muy difícil que esto pasara.

JULIA se casó al mes de haber muerto Jesús. En la casa se celebró una ceremonia muy triste; fue una boda muy íntima, de la pura familia. Jesús me tenía supercuidada; llegaba a la casa y lo primero que preguntaba era: “¿Dónde está Carmen?” En la noche, después de cenar, yo con mis amigas iba a dar una vuelta por la Plaza; las mujeres por el lado derecho y los hombres por el izquierdo. Vendían gardenias, y se usaba que los muchachos le regalaban a una gardenias; era muy divertida la Plaza; pero a las diez de la noche iba Jesús por mí y me traía a mi casa. Mis papás me decían: “Carmen, si todo lo que has caminado alrededor de la plaza lo pusiéramos en fila, ya habrías dado varias veces la vuelta al mundo”.

Cuando pienso en Jesús mi hermano me da mucha tristeza pensar qué desperdicio de vida. Pero, como decía mi tío Antonio, “el que ama el peligro, en él perece”. Había una fabulilla en mi libro de lectura que decía así:

Pedro Ponce el valeroso y Juan Carranza el prudente,
vieron venir frente a frente
al lobo más espantoso.
Pedro Ponce el valeroso
con el lobo se enfrentó, y Juan Carranza el prudente
en un árbol se subió.
Pedro Ponce allí murió,
imitemos a Carranza.

Jesús mi hermano fue Pedro Ponce, que se enfrentó a la absurda aventura del avion, y rompió una vida en plena juventud maravillosa. Fue un absurdo, haberse arriesgado tanto. Si hubiera vivido, nuestra vida habría sido muy distinta.

COMO AL año de morir Jesús hubo un baile de fantasía y yo fui vestida de langosta. Era un vestido muy bonito, pero muy extravagante. Lorenzo mi hijo me dijo: “¿Por qué no fuiste de María Antonieta, de pastora o de algún traje de fantasía ya tradicional? Mis amigos en Estados Unidos lloraban de risa cuando les platicaba que mi mamá había ido de *lobster* a una fiesta”. A mí no me gustaba lo convencional; siempre me gustó ser distinta, por eso a mis nietas siempre les doy un consejo, una de las cosas que más les macheteo es que guarden siempre su identidad, que sean siempre ellas mismas, porque hoy en día la juventud está muy adocenada: se visten igual, piensan igual, se peinan igual, hablan igual. Que se usa la minifalda, se plantan todas la mini aunque unas tengan las piernas de chilero y otras de elefante; si se usa el pelo un poco despeinado, pues andan con las cabezas que parece que las agarró un vendaval. Las chicas deben tomar en cuenta que... de la moda lo que te acomoda. Hoy está de moda pistear, echarse una copa. El otra día a la hija de unos amigos la invitaron a una *pijama party* y le dijeron que llevara pisto. Mi amiga no la dejó ir, gracias a Dios, y me platicó que al día siguiente habían amanecido todas la chiquillas tiradas en el piso, borrachas de tanto pisto que tomaron. ¡Qué lástima me da!

POR EL año de 1930 se me ocurrió meterme de periodista. Iniciamos una revista juvenil que se llamó *Con su permiso*. Se



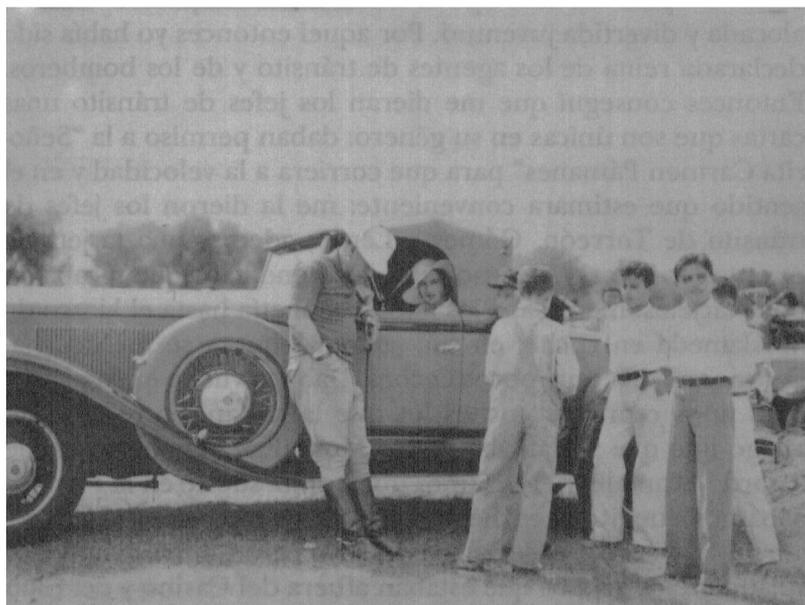
Carmen Pámanes en un torneo de tenis, en 1929.

suponía que era humorística, editada totalmente por muchachas; salía cada quince días y se vendía a 10 centavos. Manejaba la parte periodística un antiguo periodista que se llamaba Gonzalo Amador. Yo alquilé un despacho en lo que era entonces el Banco de la Laguna, hoy Bancomer. El despacho lo rentaban a veinte pesos al mes; ahí nos juntábamos en las tardes las redactoras del periódico a hacer borlote y a reírnos. El periódico se vendía en la entrada del Princesa, que era entonces el teatro a donde iba todas las tardes la juventud. Era un choteo, pues en el periódico sacábamos a todos los chicos y chicas de esa época en plan de broma. El mitote de la revista nos duraría unos seis meses, y luego nos aburrimos pues se nos acabó la reserva periodística y ya no teníamos de qué escribir.

VOY A CONTAR un suceso aparentemente intrascendente, pero en realidad muy importante. Esto sucedió muchos años después de casada, pero ahorita me estoy acordando y quiero ponerlo antes de que se me olvide. Íbamos para México en una guayín Ford que teníamos entonces; iba el chofer Manuel Estrada, que tenía muchos años con nosotros; iban mis tres hijos; Naty, la nana de Lorenzo, que también era como de la familia; Gloria Elena del Cueto, mi sobrina, y yo. Pasando Zacatecas mandamos a Manuel el chofer que se fuera a descansar y Gloria Elena, que manejaba muy bien, agarró el volante. Gloria Elena me iba contando una escena de una obra de teatro, *La familia cena en casa*, y el personaje principal era un tal Carlos. Yo iba muy interesada oyendo la historia y paralela a nosotros iba la vía por donde iba corriendo un tren. Por estar tan embebida en la historia no me di cuenta de que la vía del tren volteaba de repente; cuando volteé vi el tren como un monstruo gigantesco casi encima de nosotros. No teníamos tiempo de frenar, pues estábamos como a dos metros del tren y le dije a Gloria Elena: "Pícale". Ella aceleró, y yo sentí el humadero del tren casi encima; acabando de pasar se oyó el bufido del tren que pasó casi sobre nosotros. El maquinista sacó la cabeza, nos pitó maldiciones y nos gritó horrores. Mi primera reacción fue preguntar: "Y ¿qué pasó con Carlos?" Apenas pronuncié tan estúpida pregunta me dio un ataque; me solté llorando, paramos el coche y nos hincamos a rezar. Fue impresionante, pues

por segundos pudimos haber muerto. Cada vez que me acuerdo me entran escalofríos de horror. Cada que veo a Gloria Elena le pregunto: “Y ¿qué pasó con Carlos?” Ahora nos reímos, pero en ese momento estuvimos a unos segundos de la muerte; todavía me acuerdo del bufido del tren como una pesadilla. Para algo nos habrá dejado vivos Diosito.

CUANDO murió Jesús, que era el que me cuidaba, convencí a mi papá de que me comprara coche. Mi papá, mi mamá y yo nos fuimos a San Antonio, Texas, a comprar ropa para quitarnos el luto y ahí me compró un convertible precioso: beige y café grandote, forrado de piel verde claro. El coche tenía un olor precioso, a coche nuevo; debería haber perfumes que huelan a coches nuevos, perfumes que huelan a hoteles de lujo y perfumes que huelan a niño chiquito recién bañado. Mi carro era de superlujo; mi papá en la agencia de coches preguntó: “Bueno, y ¿este coche es muy resistente?” Le dijeron que era lo mejor que había. Llegamos a Torreón y yo enloquecida con el coche. Tenía un adelanto que se llamaba rueda libre y aún cuando no



Carmelita en su convertible, con unos amigos.

se aceleraba seguía caminando el coche. A los ocho días de haber llegado había una tardeada en la Hacienda de la Albia, que pasaba el río por ahí. La Hacienda la trabajaba Jaime, mi cuñado. Yo invité un grupo de amigas y nos fuimos muy contentas en el coche. Pero a la venida, como a las seis de la tarde, no sé cómo me metí en un arenal, y por más que aceleraba el coche no podía salir; hasta que finalmente empezó a echar humo y el motor empezó a quemarse. Total, mi cuñado llevó un carretón de mulas para que nos sacaran de ahí, y remolcando nos trajo hasta casa. Llegamos como hasta las diez de la noche; mi papá daba vueltas en la banqueta como león enjaulado. Cuando vio el triste espectáculo casi le dio un ataque; yo me bajé muy escurrida para explicarle que nos habíamos atascado. Mi papá en el colmo de la desesperación me dijo: “Carmen... dime tú qué eres; no eres hombre, pero no eres mujer, eres una cosa fierísima. Me dijeron en San Antonio que este coche ni un negro lo descomponía, y tú ya te lo echaste en siete días”.

Estuve dos meses sin coche, pues hubo que cambiarle el motor; costó un ojo de la cara. Ya con el coche arreglado comenzó para mí una época maravillosa: empecé a vivir mi alocada y divertida juventud. Por aquel entonces yo había sido declarada reina de los agentes de tránsito y de los bomberos. Entonces conseguí que me dieran los jefes de tránsito unas cartas que son únicas en su género: daban permiso a la “Señorita Carmen Pámanes” para que corriera a la velocidad y en el sentido que estimara conveniente: me la dieron los jefes de tránsito de Torreón, Gómez y Lerdo; además una tarjeta de Agente Honorario. Excuso decir los beneficios que sacaba de estas tarjetas: me pasaba los altos, me metía hasta el kiosco de la Alameda en coche, en fin, cuanta loquera se me ocurría. Entonces había muy pocos coches. Daba la vuelta en la plaza y eran unos cuantitos coches los que la daban, entre ellos un amigo mío que se llamaba Perico Montalbán; era hermano de Ricardo Montalbán. Hacíamos una bonita suerte en la Plaza; le dábamos quedito al coche, y entonces yo me bajaba del mío y me subía al suyo, y él se bajaba del suyo para subirse al mío; nos aplaudían los grupos que estaban afuera del Casino y del Club España. Había un grupo de señores muy serios, todos muy importantes hombres de negocios, ganaderos y agricultores a

los que les decían *la Bufanda*, porque decían que su lengua era tan larga como una bufanda; ese grupo no sé porque a mí me quería mucho y me festejaba todas mis loqueras.

OTRO DÍA el Güero Luján, que era un buen amigo nuestro, me dijo cuando andábamos haciendo las suertes de los cambios de coches: “Te apuesto 500 pesos –entonces era mucho dinero– a que no manejas la apagadora de los bomberos”. “A que sí”, le dije yo, y rápidamente me fui al teléfono y hablé con Fita, que era el comandante de los bomberos, y me quería mucho; los pobres bomberos estaban en la prángana, o sea en la negra lipidia: siempre estaban a la cuarta pregunta. Yo le dije: “Fita, ¿quiere ganarse 500 pesos? Tengo una apuesta: me dan 500 pesos si manejo la apagadora, y serán para usted”. Fita soltó la carcajada y me dijo: “¡Ah, qué niña Carmelita!” Le dije: “Tráigame la apagadora al Apolo”, que estaba entonces en la Valdés Carrillo y la Juárez; fue el primer restaurante de Demetrio Strimpópulos. Llegó Fita al Apolo y yo caminé hasta ahí y me subí a la apagadora, que era una apagadorucha muy chafa; me vine caminándola hasta el Casino de la Laguna, y ahí empecé a sonar la sirena. Los muchachos que estaban ahí, entre ellos el Güero Luján, se asomaron y me vieron. Le dije al Guero: “¿No que no?, cáete con los 500 pesos”. Él decía: “No, fue una broma”, y los muchachos le dijeron: “No, Güero, ahora cumples”. Así que el Güero tuvo que dar los 500 pesos que se fueron al bolsillo de Fita, que se fue feliz, y yo me quedé feliz de haber ganado la apuesta.

TODAS las tardes salía a dar la vuelta en mi descapotable, como le decían en España, con tres o cuatro amigas. Yo siempre salía de sombrero, pues entonces nadie salía sin sombrero, y escogía los sombreros más extravagantes. Una vez me mandé hacer uno como húsar; otra vez como cachucha de marinero; luego un sombrero de ala ancha, bien exagerado, como se están usando ahora. Después de dar la vuelta nos íbamos a merendar al Apolo Palacio, o a tomar nieve a Larín, una nevería que estaba abajo del Hotel Iberia, que estaba donde hoy está la Soriana, al terminar la Hidalgo. También había un tienda que estaba pegada a la Ciudad de París que se llamaba Torreón Grocery;

ahí vendían dulces y ricos cocteles de ostiones que tomábamos en la tarde. Entonces se usaba que en la Avenida Hidalgo se daba la vuelta en las tardes: le decían *la audición*. Había música, orquestas; una estaba siempre frente al Hotel Salvador, otra frente a Novedades, que estaba donde está Aga Descuento, pegado a La Suiza, y otra en el Hotel Iberia; ahí era el paseo de los coches que eran unos cuantitos, y la demás gente iba a pie. Era como la Morelos, que entonces las chicas se iban a moreliar, pero era por la avenida Hidalgo. El Club España estaba donde hoy está el Hotel Palacio Real, que originalmente era la casa de los Eppen, una familia super popis,

Ángela Eppen era una señora muy elegante y muy clasista; las hijas mayores eran Ema y Elsa. Ema se casó con un señor Bortoni de Monterrey, y Elsa con un señor Victoriano Navarro de aquí. Cuando yo estaba chica, a las que conocía, que eran amigas de Julia, mi hermana, eran Angelita, que se casó con el licenciado Tejada y Blanca, la menor, la belleza máxima en esa época en Torreón. Tenía un pelo precioso más abajo de la corva, más largo que el de Daniela Romo; tenía una cara preciosa. Después se casó con un señor Horacio Ferrara y se fue a vivir a Monterrey.

A PRINCIPIOS de 1929 vino a Torreón nuestro héroe de aviación, Francisco Sarabia. Entonces todavía no era famoso: traía un avioncito que era una auténtica chilindrina: tenía las alas amarradas con alambre, estaba realmente desarmándose. Entonces no había aquí campos de aviación, sino que había unos llanos en donde está el campo militar, cerca de donde está el Campes- tre La Rosita. Allí hacía Sarabia vuelos alrededor de Gómez y Lerdo en su garra de avioncito. Cobraba el paseo a cinco pesos por persona, con duración de un cuarto de hora. Rápidamente me apresté a volar. Fui con unas amigas y un amigo, Francisco Arozena. Por supuesto que iba sin permiso y escondiéndome de Jesús, mi hermano. Era un domingo en la mañana. Me habilitaron ahí mismo un overol y un casco, pues estaba el aironazo tremendo, y me subí fascinada. Dimos la vuelta hasta Lerdo y al regresar yo noté como que bajaba muy rápido el avion; pero como nunca había volado no sabía si así era. Lo que paso era que se descompuso el avion y ya venía planeando. No

libró a llegar y se clavó en una casa, cerca del llano, que tenía el techo de carrizo, así que sirvió de amortiguador. Con el impacto me fui de boca y con el vidrio de la lente me abrí arribita de la ceja, una heridilla que todavía tengo, y la boca me la reventé. Traía un vestido blanco que rápidamente quedó todo pintado de sangre, pero en realidad no me pasó nada. Me bajé muy asustada y no sabía si llorar o reír. Mis amigos me regañaron: “Ya ves, lo que andas haciendo, cómo te van a poner en tu casa”. Nos vinimos en el coche, pues yo manejaba. Para mí había sido una aventura impresionante y lo primero que se me ocurrió fue irme a retratar con Sosa, que estaba en la Morelos, para guardar un recuerdo de mi odisea.

Me fui a mi casa procurando que nadie me viera, y me metí a mi recámara para lavarme y cambiarme. Al rato llegaron Jesús, mi hermano, y mi mamá, que ya se habían enterado. Estaban enfurecidos y me pusieron verde y de todos colores; Jesús me dijo muy enojado: “¡Te pudiste haber matado, Carmen!” Fue como un sarcasmo, pues a los pocos meses quien se mató fue él.

Mi papá era muy chistoso regañando a mis hermanos. A mí me daba risa, pero él lo hacía muy en serio. Una vez les estaba diciendo a mis hermanos, que eran no muy altos: “Chaparros, chaparros, chojos, chojos, pero gastan como gigantes”; como si el gasto fuera de acuerdo a la estatura. Otra vez lo oí que los estaba regañando y les decía: “Hijos: asesinen, asalten bancos, vuelen trenes, pero por favor no se las recarguen” –les daba unos consejos en realidad con mucha sabiduría. En otra ocasión les estaba diciendo: “Hijos, cuando vayan a hacer algo, siempre busquen al mejor para que los asesore; si van a hacer una casa, busquen al mejor arquitecto; si van a hacer un traje, busquen al mejor sastre, y cuando no sepan algo pregunten, no les dé pena preguntar, infórmense antes de tomar una decisión”.

DE MIS HIJOS NO VOY A HABLAR. Ellos me pidieron que no lo hiciera. Únicamente voy a contar dos detalles de cuando eran chicos, porque me hacen mucha gracia. Rodolfo mi hijo tenía como ocho años. Era tremendo, muy travieso y sumamente simpático. Una vez lo iba yo carrerando para darle un manazo, y de repente corrió y se me hincó enfrente con los brazos en cruz y

cara muy compungida. Me decía: “Perdón, fui un loco y me ofusqué”. A mí me dio mucha risa y ya no lo regañé. Desde entonces, cada vez que lo iba a regañar me decía lo mismo: “Perdón, soy un loco y me ofusqué”.

Cuando Alejandra mi hija tenía siete años era una niña muy dulce y muy tierna, pero el caso es que escribía unas novelas policíacas muy truculentas, que no estaban acordes a su dulzura. Me acuerdo de una que escribió que me hacía mucha gracia. Se llamaba *El horripilante caso del asesinato de la condesa Carlota Sutendra* (inventaba unos nombres muy chistosos) *que fue descifrado por el detective Rodolfo Chagüey y su ayudante Lorenzo Guatultoc* (los nombres de sus hermanos) *ayudados por el doctor Oreganit* (Tinajero al revés, el nombre de su doctor).

El doctor encontró en la bolsa del mayordomo una caja de cigarros Cititulmans, hechos especialmente para la condesa. El mayordomo había matado a la condesa clavándole un carámbano de hielo en el cuello, ayudado por el doctor Zitut. Ellos tenían en el castillo un pasillo secreto con un resbaladero que iba a dar directamente al lago. Por allí aventaban a las personas que mataban, y entre ellos a la condesa. Tal es el extracto de la novela, pero es muy larga y muy truculenta. La entregaba por capítulos a sus compañeras de escuela y las tenía en suspenso. Desde luego que era una chiquilla con mucha imaginación.

NO PENSABA hablar sobre ninguno de mis hijos, pues ellos no quieren, pero anoche soñé a mi hijo Lorenzo, mi pintorcito casero, como yo le decía, y no resistí la tentación de hablar de él. Era un niño que nació superdotado, con una inteligencia excepcional, con una sensibilidad exagerada; siempre anduvo a la búsqueda de algo, tratando de encontrarse a sí mismo. Era sumamente culto, pues leía cantidades. Leía la Biblia al derecho y al revés, pero también sabía sobre Mahoma y Buda. Juan Murra, un amigo que era como un hermano para Lorenzo y que lo quería mucho decía: “Lorenzo sabía todo, nos daba cátedra de lo que le preguntáramos”. Tenía una disposición fabulosa para la pintura. A mí siempre me gustó pintar, pintaba con botes de esmaltes y de *flat-tone*. Un día que yo no estaba, Lorenzo cogió las pinturas y pintó un cuadro. Tenía como ocho años y de buenas a primeras pintó un cuadro con un niño



En la Navidad de 1985, acompañan a don Lucas (de pie, al centro) y a doña Carmen (en el sillón, al centro), sus hijos Lorenzo (de pie, a la izquierda), Rodolfo (en el sillón, a la izquierda) y Alejandra (en el sillón, a la derecha). Los dos últimos con sus cónyuges e hijos.

vestido en andrajos, descalzo y perdido como entre brumas, con la cara de él, una carita triste, como interrogante, y por atrás le puso: “Yo y mis soledades”. Yo tengo ese cuadro aquí colgado y cada vez que lo veo me pone a pensar mucho. Estábamos en México y él tenía como 15 años; un día íbamos al centro en un camión y el cogió una invitación de bodas que yo tenía y detrás empezó a escribir. Cuando llegamos al centro me la entregó, yo la leí y me impresioné mucho pero no dije nada. Todavía la conservo y aquí la transcribo:

Hoy descubrí algo terrible
que me horrorizó:
soy sólo un muerto que algún ocioso
jugando a Dios, resucitó.
Ya no sé a dónde pertenezco;
me acosa mi espectro de un muerto malgrado
me llama, me reclama, me cuenta del pasado,
pero es mi cuerpo, el que es más despiadado,
me dice eres pequeño, limitado y el peso

de mi cuerpo me clava donde el sol el
piso ha calcinado.

Mi cuerpo se comprime, me oprime, se resiste
a alojarme y cuando desespera se arroja
sobre espejos, sobre peñas, sobre el suelo
para tratar de echarme, yo sé, si me
descuido, que tratará de ahorcarme, si pudiera
ser luz, un grito, o nada.

Este verso da una idea de lo consciente que él estaba de sus limitaciones. Tenía mucha facilidad para escribir, en hojas sueltas, en pedazos de papel; escribía lo que se le venía a la mente. En un portafolio tenía muchos de sus escritos y un día se los llevó a Efraín González Morfín, que había sido su profesor. Es una persona muy inteligente y muy culta; fue candidato a presidente de la república por el PAN, es hermano del padre Luis González Morfín.

Un día estaba yo muy quitada de la pena cuando me dijeron que me hablaba González Morfín, y él me dijo: “Acabo de leer los escritos de Lorenzo, y quiero decirle que tiene un talento extraordinario, escribe mejor que pinta, debería de dedicarse a escribir. Tiene unos escritos muy profundos y muy interesantes”. Pues no, él prefirió la pintura, entró a San Carlos en contra de la voluntad de Lucas y la mía, pues sabíamos que el ambiente ahí era tremendo. Estuvo sólo unos meses y en eso se vino la huelga del 68 y salió de ahí pues se cerró la escuela. Lorenzo era un enamorado de la naturaleza y del campo; recorrió toda la república, casi siempre a pie. Una vez se fue con un grupo de jipis, gringos y gringas. Estuvimos sin saber de él durante varios meses; yo estaba sumamente angustiada. Un día, ya habían pasado como siete meses, le habló a Lucas, que era jefe de la Oficina Federal de Hacienda de Torreón, el jefe de la Oficina Federal de Hacienda de San Cristóbal de las Casas, Chiapas y le dijo: “Compañero: aquí está un joven que dice que es su hijo. Viene en unas condiciones tremendas, pues los asaltaron, le robaron las pinturas, la ropa y lo golpearon; viene con una disentería tremenda por el agua sucia que tomaron en el campo. Dígame que hago con él”. Lucas le dijo: “Llévelo con un doctor,

cómprele ropa y un boleto de avion y mándemelo”. Llegó Lorenzo en unas condiciones fatales, casi moribundo.

Pero tenía tan buena naturaleza que al rato se repuso y estaba como nuevo. Él y yo llevábamos una relación de mucha camaradería; una vez que él estaba en México le escribí una carta regañándolo y haciéndole cargos. Él me contestó una carta parodiando la mía; a mí me dió mucha risa y coraje, y le contesté a vuelta de correo una carta que titulé “Oda al Cretino”. Eran versos en chiste elogiándolo, pero al mismo tiempo ridiculizándolo; le decía que era un superhombre y que merecía que se le tratara con toda clase de alabanzas. Yo pensaba cuando le mandé esa carta que se iba a enfurecer y me iba a poner verde. Pues no, me habló por teléfono y me dijo: “Mamá, qué bárbara, te aventaste un 10, qué carta tan ingeniosa me escribiste; se la enseñé a mis amigos y lloraron de la risa, todos quieren cono-certe”. Él y yo teníamos muchos puntos en contacto, pues nos gustaba la pintura, y él disfrutaba mucho con mis fiestas y me daba muy buenas ideas.

Después de haber pasado temporadas tremendas de desaciertos y búsquedas, que me costaron mucho dolor –fueron tantas las lágrimas que lloré sobre mi cruz, que un día mi cruz se me lleno de flores–, por fin Lorenzo había encontrado su camino y había sentado cabeza. Estaba en México pintando una colección de bodegones, pues unos amigos, el pintor Manuel Muñoz y su esposa, le habían ofrecido montarle una exposición en Los Ángeles, California. Estaba pasando una temporada en casa de una señora María Zubieta, que tenía una hija. Era una señora que lo quería mucho, pues había convivido con él en Tepoztlán, donde Lorenzo pasó una gran temporada enseñándole pintura a los indios, que lo querían mucho.

Estaba ya listo para venir a festejar nuestras bodas de oro, que iban a ser el 26 de septiembre de 1986; la última noche antes de salir para acá estuvo pintando, terminando un retrato de María y otro de su hija. Ya tenía su veliz empacado y todo listo para venir al día siguiente. Estaba pintando en un cuarto muy pequeño, cerrado; él usaba mucho los *sprays* que son muy fuertes. En casa yo siempre le exigía que se pusiera mascarilla y que pintara en el patio, pues el olor de la pintura me mareaba, pero esa vez pintó sin mascarilla porque se le había olvidado y

en aquel cuarto cerrado. La señora lo oyó pintando todavía a las cinco de la mañana y al otro día le dijo a su hija que no lo despertara porque estaba desvelado. Se venía a Torreón esa tarde, ya tenía el boleto del tren; como a las once de la mañana tocaron y no respondió; abrieron y lo encontraron en el tapete boca arriba con un pincel en la mano. Ya estaba muerto. Les habló la señora a los Muñoz, que inmediatamente llevaron un doctor; diagnosticó paro respiratorio. Le hicieron la autopsia y no encontraron drogas, ni alcohol, ni sustancias tóxicas; fue un paro respiratorio provocado por los *sprays*.

La señora María le habló a Alejandra mi hija, pues nosotros habíamos salido a comer y le dio la noticia. Cuando llegamos en la tarde a la casa vino Alejandra a avisarnos. Lucas y yo quisimos volvernos locos, pero Dios nos dio fuerza para vivir. Juan Murra, con quien Lorenzo había pasado una larga temporada antes de ir con la señora Zubieta, me platicaba que poco antes de morir Lorenzo le dijo: “Juan, fíjate que fui a una montaña y subí y estuve arriba mucho tiempo y ya no quería bajar. ¿Sabes por qué? Porque allá encontré a Dios”. Dice Juan –él sabe cuál es la montaña– que esa última temporada se volvió muy místico y escribió unas cosas bien bonitas, muy profundas y espirituales que me mandó la señora Zubieta y que me edificaron y confortaron mucho, pues Lorenzo murió en el mejor momento de su vida, lleno de fe y de amor a Dios. También me ha dado mucho consuelo comprobar una vez más todo el cariño que sembró Lorenzo y que en muchísima gente dejó recuerdos imborrables. Recibimos cartas de todas partes de la república, expresándose con verdadero cariño y admiración; hasta los indios de Tepoztlán, a quienes enseñó a pintar; una muchacha de aquí que se casó con un francés y que se había ido a vivir a Versalles nos decía que Lorenzo había sido su guía, su maestro, su director espiritual. Que le había quitado lo naca y le había abierto el mundo maravilloso de la pintura y el color; que había sido la persona más importante en su vida. Miguel Hiram escribió una cosa muy bonita que aquí incluyo:

Lorenzo, mi amigo ése

No tanto del absoluto, cuanto de la amistad absoluta, hablar de Lorenzo es detenerse en impensada galaxia. Artista del

lenguaje esencialmente fonético –el matiz de una frase, la campana en la tela del pantalón o el viento sobre el pelo en desorden–, Lorenzo metafísico-tangible halla o trata de hallar en el mínimo condominio parcelado llamado ciudad la catártica interrelación de los demás, con la esperanza y la vehemencia turgente de que poco a poco se entienda, se perciba la necesidad de prescindir de lugares comunes o avenidas holladas por el mismo tránsito de carreta alegórica con escape ensordecedor de ningún ruido.

Lorenzo es de los que poseen –porque no es posesivo– esa facilidad de comunicación que él deja suceder y prolongar en ondas, al sorpresivo trask de su pulgar e índice en la mano derecha, como si tirara una piedrecilla en tranquilo lago, para que las ondas, agrandándose, alcancen las orillas de humedecida y caída hierba.

Lorenzo no ofrece ni pide nada. Para él los espacios y la turgente atmósfera son algo competitivo a todos. Sus ojos se dejan ver con brillo de amistad y su sonrisa anticipa un posible y todavía no escuchado joven poeta.

Dibujante y táctico manejador del pincel en cierta ocasión realizó un esbozo, en retrato, muy personal, de Mariana Pineda, de Federico. De entonces parte la minutisa, que a la fecha no se ha consumido, antes por el contrario aumenta y crece con el tiempo. Y es en los encuentros “casuales” de un *partenaire* siempre dispuesto, cuando Lorenzo puede –aunque no lo hace– imprimir con legítimo derecho su sensibilidad e intelecto, para confundirse entre infusorios micro-seres, para quedar él también a la óptica de Dios.

A Lorenzo Haces Gil Pámanes, no le preocupan las génesis cosmogónicas, porque se intuye a sí mismo, y se comprueba verídico, y por ello mismo se resiste a diluirse masivo. Lorenzo puede ser para muchos, así nada más *Lorenzo*, pero muy pocos llegan a saber que Lorenzo, como el patrón de su santoral, también se somete –o provoca– no al martirio de carbones ardientes en flagelo, sino de inventadas rosas púrpuras y pedacería de vidrio acumulado de los tenues destellos siderales nocturnos. Lo diría él mismo, si captadores de lo cibernéticamente expresado, obtuviéramos la sensorial semántica, tan

delicada, que solo duendes, gnomos o gigantes de otros bosques le traducen.

Para muchos, extraña la animosidad constante de Lorenzo, suele parecerles cotidianidad. Lo cierto es que cada palabra, apenas emitida por Lorenzo, encierra y libera un rítmico vaticinio todavía distante del ahora y aquí, pero que él goza y desglosa a voluntad de infrarrojos o azules desconocidos.

Lorenzo nos ama de tal manera que ríe camarada de nuestros estandarizados disfraces o supuestas galas, y todo lo que quisiera comunicarnos, opta por dejarlo flotar para que lo tome quien quiera -y pueda- mientras creemos caminar, cuando en realidad la Tierra es quien se desliza bajo nuestros pies, hecha de billones de formas de vida que jamás llegamos a imaginar. Tal vez porque vivimos replegados en un ombligo a garzas de repetido carnaval, ya no sabemos distinguir la existencial naturalidad. Esto tan poco y muchísimo más es Lorenzo, mi amigo ése.

(*Mi amigo ése* era porque Lorenzo, siempre que se encontraba a un amigo decía: “Ése mi amigo”.)

Juan Murra, que ha sido para nosotros un hijo, a través del cariño que le tenía a Lorenzo, dice que cada vez que puede va al panteón y platica con Lorenzo y que él lo orienta y lo aconseja.

Su entierro fue una verdadera manifestación de duelo, había personas de todas clases sociales y de todas las edades. Todos sus amigos llevaron flores, pero flores de jardín: margaritas, rosas, florecitas campestres y cuando bajaron la caja todos aventaron las flores. Un amigo quiso que le abrieran la caja y metió una *casette*; dijo que era una música que le gustaba mucho a Lorenzo. Pocos días después vinieron a verme para pedirme que les permitiera hacer una lápida en su tumba; yo les di las gracias pero al final el que arregló el panteón y la tumba fue Juan Murra. Puso banquetas para sentarse ahí cuando iba a platicar con Lorenzo. Yo espero que me entierren al lado de Lorenzo. Descanse en paz. Nació para hacer el bien y dar cariño. Cuando lo sepultaron, Rodolfo mi hijo dijo: “Lorenzo no era de este mundo, lo desvió el viento”. Fue una persona muy generosa, muy desprendida de las cosas materiales, e hizo mucho bien a las personas que lo rodearon.

Juan Murra, que fue como un hermano para Lorenzo, ha sido como un hijo para nosotros: generoso, cariñoso y comprensivo, nos ha servido de gran consuelo. Nosotros lo queremos mucho; a su esposa Irma y a sus hijitos: un niño precioso de tres años y otro chiquito de un año que está más bonito. Yo les digo *los Toritos*, pues están fuertes como toros; de buena suerte, ya viven aquí en Torreón.

AHORA me viene a la mente otro suceso. Fue hace quince años, ya casada y con nietos. Vino a verme la señora Carmen Sánchez de Solís Fabila, que era directora de una guardería infantil que estaba allá a espaldas de la Plaza de Toros. Me vino a decir que iba a ser Día del Niño: que les iban a servir un desayuno y les iban a hacer una fiesta con regalos, pero no habían completado para llevarles el payaso, que yo qué les aconsejaba. Y yo rápidamente, sin pensarlo mucho, les dije: “No se preocupen, yo voy a ir de payaso”. La señora se quedó mirándome muy seria y no sabía si le estaba tomando el pelo y yo le dije que era cierto, que tenía un traje de payaso que me había hecho para una fiesta de chiste que le hicimos al padre Manuelito, con una peluca hecha de garras café, un gabán largo, unos zapatos grandotototes, un corbatón naranja y unos pantalones guandajosos grises, y me maquillaba la cara toda de blanco con la nariz roja y unas lagrimotas colgando de los ojos y la boca de payaso. Iba a ir Cecilia mi sobrina conmigo para hacerme el dúo, pero a última hora no pudo y me prestó a su hija que iba de *la Chilindrina*. Yo ensayé mi *show* con música que grabé, donde presentaba mis bailes y los actos de circo, y la niña me hacía el juego. Estuvo bastante simpático. El desayuno era a las nueve de la mañana. Cuando Lucas me llevaba en el coche me dijo: “Acuéstate en el asiento, pues la gente va a decir que qué ando yo haciendo con un payaso a estas horas”. Llegamos a la guardería, yo con mi grabadora en la mano, muy confiada pensando que eran los puros niños de tres y cuatro años, y voy viendo con horror que estaba lleno de doctores y señoras. Me quise devolver de la puerta, pero Carmen Solís no me dejó. Me dijo: “Ya estás aquí, tienes que actuar”. Y entonces en el césped armé mi teatro y vencí mi pena y nos pusimos a actuar. Fue una experiencia fabulosa, pues yo estaba fascinada viendo las caritas de los niños

enloquecidos, soltando carcajadas. Se acercaban y me agarraban la mano y me decían: “Payasito, payasito”, y yo les veía sus caritas y casi quería llorar, pero en eso se acercó una enfermera y me dijo: “Señora, ¿quiere un refresco?”, y los niños muy desanimados me dijeron: “Payasito, eres señora”, y les dije: “No, soy payasito”, hablando con voz de payaso. Realmente pienso que los payasos han de ser muy felices de provocar tanta alegría en los niños, pues yo me sentía muy emocionada. Cuando terminé de actuar, se acercaron unas señoras para decirme que iban a tener una piñata, que si quería actuar, y yo les dije muy enojada que no, que esto había sido debut y despedida, porque era una cosa muy especial. Cuando llegué a mi casa estaban Alejandra mi hija y mis nietas y me vieron llegar con aquella traza y yo les dije: “Miren, niñas, fíjense bien porque estoy segura de que en Torreón ninguna niña puede decir que tiene una abuela payaso”, y les hizo mucha ilusión.

Al padre Manuelito, en sus bodas de plata, le hicimos la fiesta que se llamaba *Naderías* o *Bojedades*. Fue en el auditorio de la Escuela de Medicina, muy chistosa. Incluyo el programa:

Naderías:

¿Quiere reír sin recato?
Pues no se nos haga pato
Y asista a las naderías
A pasar ahí un buen rato

Naderías: Presentación del maneto festival por la señora Haces Gil en honor del padre Manuelito en sus bodas de plata sacerdotales.

1. Desfile de las artistas en un continuo y alucinante chiflido. (Mi marido en un rato de buen humor un día agarró el micrófono de la grabadora y me dijo: “Te voy a chillar la música para una de tus revistas”, y empezó a chillar una música muy alegre, que se suponía era como de circo; el chiflido duró como diez minutos, con distintos temas, todos muy alegres, sin dejar de chillar un solo momento. Nosotros, en la fiesta, cada artista que salía agarraba el micrófono y simulaba que chiflaba con la música chiflada de Lucas, y luego le pasaba el micrófono a otro artista y parecía que todos iban chiflando.)



Doña Carmen Pámanes actuando del payasito Agapando Maroma en una fiesta cómica a beneficio del padre Manuelito, en 1970.

2. Actuación de las *vedettes* Las Tres Jacarandas.
3. El espiroquético y repudiado profesor Agapanto Maroma en su conceptuoso dije (esa era yo).
4. Teleprogramas, telecríticas y telesketches.
5. La Diva Gada y Pipicocha Badaja en su *bel canto* "Porqué me besó Perico".
6. La indiscutible reina del tango tarango Libertad sin Marca.
7. Programa del arcano Ángeles y Diablos.
8. Diurno a Lucero Apagado por la barda lagunera Amada Nerviolina.
9. Las fantafabulosas mencieles en su trigargante canción de protesta.
10. Presentación de la eterna mueca dolorosa del Dr. Y Qué.
11. Directamente llegada de detrás de la Cortina de Tul, la egregia danzarina moscovita Mikrolentilla Yusupof.
12. Vista de pájaro del flamenquísimo tablado La Calambrina o El Manuelazo.
13. Como gran finale, Alegre Galopa por toda la compañía.

Fue un exitazo la variedad, pues todos tenían mucha vis cómica. Las Tres Jacarandas eran Lupe Alegre, Cecilia Cueto y Chole Anaya, La Diva Gada y Pipicocha eran Mary Jaik de Nugget, que tiene una vis cómica excepcional. La reina del tango era Aurora del Bosque, que imitaba a Libertad Lamarque. El Dr. Y Qué, era Pancho Ledesma, imitando al Dr. IQ. Las demás eran las mismas que salían y al final decía nuestro lema "Ría más para vivir mejor".

En el tablado La Calambrina actuaron Sergio Cueto, Paco Fernández, Jorge Herrera y las mismas tres jacarandas y Mary Jaik de Nugget.

EN 1932 iba a ser la primera Feria del Algodón. Torreón cumplía 25 años como ciudad. Fui candidata a reina junto con Ofelia Larriva, que era muy amiga mía; era preciosa. La votación fue de lo más reñida, pues la gente tomó el reinado con entusiasmo. Yo era la candidata populachera; me postulaban,



Carmen Pámanes, reina de los charros...



...reina de los ferrocarrileros...



...reina de los deportistas, a su llegada al estadio.

entre otros, el PNR, lo que hoy es el PRI, los estudiantes, los deportistas, los ferrocarrileros, la colonia española, y mi comité lo formaba un grupo de muchachas encabezado por Carmela Herrera, hoy señora de Sotomayor. El comité masculino lo formaban Luis García Aguirre, José Luis Vierna, el general García Gutiérrez y otros muchachos. Fue muy divertido. Los ferrocarrileros me invitaron a bautizar una máquina a la casa redonda de Gómez Palacio. Cuando llegué estaba todo el personal con todas las máquinas pitando. Tengo unos retratos muy bonitos donde estoy extravagante, como siempre, vestida de ferrocarrilero, manejando la máquina que se llamó *La reina Carmen*. Total, que el día del cómputo final yo quedé en segundo lugar; fue un golpe para todos mis partidarios. Yo tenía abrumadora mayoría y estaban seguros que íbamos a ganar. A Ofelia la apoyaban los rotarios, que eran los organizadores de la feria, y todo se prestó a mucha suspicacia. Mis partidarios no quedaron conformes y hasta hicieron un canto de protesta que cantaban con la conocida música de *La Filomena* y decía así:

“Torreón, Torreón, Torreón, / fuiste engañado, fuiste burlado / por los rotarios de esta ciudad...” La letra era muy divertida; después supe que la hizo el doctor Silva, que era uno de mis partidarios. Claro que Ofelia merecía ser la reina pues era la muchacha más bonita que ha habido en Torreón, y hasta la fecha sigue muy bonita. Pero esto no era concurso de belleza sino de popularidad; yo estuve muy agasajada y muy festejada. Hizo Tarazona un carro precioso (Tarazona era un pintor español que hizo la decoración del Teatro Martínez): se llamaba *La Perla de la Laguna*, que se suponía que era yo. Entonces me nombraron la primera reina de los charros y el Buen Tono me dedicó los cigarros Carmencita. Hicieron una charreada en la Plaza de Toros y yo entré con dos amigas, Carmela Herrera y Paca Ugarte, en una calandria adornada con flores, y yo vestida de china poblana. Entonces soltaron miles de palomas con cigarros Carmencita amarrados a las patas, fue muy bonito. (Carmela Herrera fue una de las mejores amigas que he tenido; siempre le guardaré un precioso recuerdo y mucha gratitud, pues conmigo fue muy linda, y como presidenta del comité fue muy efectiva.)

En la inauguración del estadio entré bastante después que la reina y me fui por abajo, no por la tribuna, y conforme yo iba caminando todos se iban poniendo de pie y me gritaban: “¡Arriba Carmelita Pámanes!” Me fui al extremo opuesto, a las últimas graderías del estadio, y me senté lo más lejos posible del palco de honor y todo el estadio de pie no cesaba de gritar y aplaudir “¡Viva Carmen Pámanes!” Finalmente la variedad la trajeron para donde yo estaba.

Mi más íntima amiga y más querida fue Coty Lozano; fue como una hermana. Ella y Rosina fueron las compañeras de mi divertida y alocada juventud. En la mañana, abriendo el ojo, cogía mi teléfono, me comunicaba con ellas y planeábamos nuestras actividades del día; actividades muy divertidas, pues teníamos mucha imaginación, fantasía y deseos de pasarla bien. También era yo muy amiga de las encantadoras hermanas Saldívar, Graciela y Judith, muy alegres, graciosas y divertidas. Graciela se casó en mi casa con el Güero Luján, muy amigo de Lucas. Rosina y Coty ocupaban el lugar de las hermanas que no tuve, pues Julia mi hermana me llevaba doce años. Coty y yo nos casamos el mismo año y el mismo mes. Ella se casó con Sebastián Domene que era muy amigo de Lucas y mío. Nos seguimos viendo mucho de recién casados; desgraciadamente ellos se fueron de aquí a los cuantos años, a Matamoros, Tamaulipas, y después a Monterrey. Coty murió muy joven; fue a Estados Unidos y se contagió de polio y en unos cuantos días murió. Como decía su mamá: “Estaba muy vieja para la polio y muy joven para morirse”. Yo guardo de ella un precioso recuerdo: era muy bonita, muy llena de alegría y muy buena. Dejó cuatro hijos y, como era natural, su marido al poco tiempo volvió a casarse. Otra de las amigas, que además de pariente fue compañera de muchas andanzas, fue Paca Ugarte, después de González; formó parte muy activa en el comité que me postulaba como reina. También fue muy amiga y compañera Rosa Amalia Madrid y, aunque mucho más chica que yo, también Betina Guerra.

EN 1957, se celebraba el jubileo de oro de Torreón y la gente estaba enloquecida, dispuesta a celebrar. Me vinieron a ver los rotarios para invitar a mi hija Alejandra a que fuera candidata

a reina. Daba la casualidad de que las dos candidatas que habíamos contendido 25 años antes teníamos hijas más o menos de la misma edad. Alejandra era dos años menor que Cecilia, la hija de Ofelia Larriva de Torres; era todavía una niña; tenía 16 años, pero estaba muy aniñada. Lucas no quería que contendiera pues decía que todavía no estaba en edad ni nosotros en condiciones para tantos gastos que había que hacer. Pero fueron tantas comisiones y rogaron tanto que al fin aceptó.

Los rotarios repartieron los sectores, y estaba muy fuerte la cargada a favor de Cecilia, pues tenía a los banqueros, los industriales y los comerciantes; a Alejandra le habían dejado los agricultores y los estudiantes. Los agricultores andaban bastante amoladones, pero nos lanzamos a la campaña. Rápidamente se vinieron a poner al servicio de Alejandra unos verdaderos elementazos, sumamente efectivos, dinámicos y trabajadores. El presidente era Enrique González Valles, el tesorero Alejandro Safa; también estaban Paco Gutiérrez Soto, Paco Carson y Jesús Núñez. Los encargados de chaperonear y llevar a los eventos a Alejandra eran Manuel García Peña y su señora. Luego había un grupo muy grande de señoras y de muchachas amigas de Alejandra, entre ellas María Elena Martínez, Tita Sáenz, María Luisa Finck y sus primas las González Treviño y muchas otras muchachas.

La campaña fue de lo más reñida; el comité de Alejandra abrió un local que era un cabaret que se llamaba La Crisis y estaba en un terreno baldío, donde está la mueblería Colasa, en la Morelos, a una cuadra de la Plaza. Lo bardearon y lo acondicionaron. Ahí todas las noches había música y bailes; con las puras ventas de La Crisis pudo haber ganado, pero sus amigas hicieron en la Plaza una cosa que se llamaba La Fuente de la Alegría, donde la misma gente hacía variedades: cantaba, recitaba, y aventaba monedas a la fuente. También pusieron a un lado el Teatro del Pueblo, donde hacían variedades para la gente pobre. Carson y Peña iban para presentar a Alejandra en los barrios pobres, así que agarró mucha popularidad. El día del cómputo final, que fue en el Casino, que estaba a reventar, Alejandra arrolló. Lucas y yo estábamos muy nerviosos y andábamos dando la vuelta oyendo por radio la transmisión y cuando hicieron el recuento del dinero y dijeron la ganadora

es... a Lucas y a mí se nos salía el corazón por la boca. Luego empezaron a tocar el vals *Alejandra*; fuimos a felicitarla y abrazarla, toda la gente estaba enloquecida, nos fuimos rápidamente a México para comprarle el traje y le hicieron uno precioso que la favorecía mucho. Fue como una metamorfosis, pues de una chiquilla sin chiste que era pasó a ser una mujer verdaderamente muy guapa; por primera vez usó tacones, pero sacó un garbo que yo no esperaba para pasar el teatro por la pasarela.

Elenita Domene y yo habíamos preparado una revista para la coronación que se llamó *Torreón, Torreón, Torreón*; fue en el teatro Variedades. Había una pasarela muy bonita por donde bajaban las reinas y las princesas; fue una noche inolvidable, pues aparte de la satisfacción de ver a mi hija entrar tan bonita, la revista fue todo un éxito; ahí estaban los gobernadores de Durango y de Coahuila. La revista narraba la historia de Torreón desde que fue declarada ciudad, pues antes era una villa. Para eso presentamos un baile en el Casino con trajes de la época, y después distintos cuadros de la vida de Torreón, entre ellos uno representando las romerías del Parque España, uno de los tiempos de la Revolución... terminaba con unos cuadros representando la avenida Morelos, que hizo Óscar Hernández. Estaban todos los bailes: el cha-cha-cha, el mambo, el rock, con magníficas bailarinas. Un cuadro era un tranvía de mulas con muchachas que iban contando la época de 1910 y además iban cantando *De Torreón a Lerdo*; hicimos dos trajes de mulas color café y los muchachos con las máscaras de mulas iban jalando el tranvía. A Alejandra la coronaron el gobernador y Ofelia Larri-va de Torres, que había sido la reina hacía 25 años. Total, que todo salió precioso y sin ningún problema.

Veinticinco años después fue el jubileo de brillantes, 75 años de Torreón como ciudad. Entonces no hubo contienda: invitaron a Alejandra mi nieta para que fuera la reina y la coronara Alejandra mi hija. Alejandra mi hija entró con el mismo traje con que había sido reina hacía 25 años. Haciendo a un lado mi amor de madre, se veía muy bonita, se llevó la ovación de la noche; Alejandrita mi nieta iba con un traje todo bordado de canutillo blanco y su corona de brillantes muy sencilla la favorecía mucho. Las gentes decían que era una princesa nórdica pues es muy rubia y muy blanca; se veía



En el vistoso desfile de carros alegóricos, a bordo del *Tres generaciones*, Bárbara Schott Haces Gil y su abuela, doña Carmen Pámanes de Haces Gil, en 1982, cuando Torreón cumplió 75 años como ciudad.

sensacional. La fiesta la organicé yo. Era un ballet que se llamaba *Alegoría de un sueño de una noche de verano*. Estuvo muy espectacular y suntuoso; participaron muchas señoras y muchachas. Fue para mí una satisfacción y un orgullo muy grande ver a mi hija y a mi nieta tan bonitas y que la fiesta saliera tan bien. Hace poco presentó el Tecnológico un desfile de carros alegóricos con motivo de la entrada de la primavera, y me invitaron a desfilas en un carro que llamaron *Tres generaciones*. Allí íbamos mi nieta Alejandra y mi hija Alejandra vestidas de reinas, y yo con un vestido que me había hecho Pepe Méndez estilo Lola Beltrán, muy mangón y con un rebozo turquesa. Cosechamos muchos aplausos y ovaciones y la gente se acordó de mí a pesar de estar tan betabel; decían que no estoy tan pior; será que iba mero arriba y en la distancia no se me veían las arrugas. Para mí fue una gran alegría pues realmente es un caso desusado que haya tres generaciones reinas con diferencia de 25 años entre reinado y reinado. Yo fui como la primera reina de los charros. Mi marido me decía muy extrañado: “Y ¿todavía tienes ánimos de subirme al carro? No te vayas rompiendo una pierna al subir

y bajar ese camión tan alto”. Yo le dije: “Mira, el ánimo lo voy a tener hasta que Dios me cierre el telón, pues a pesar de mi edad mi espíritu farandulero no me abandona”.

Hoy, revisando una caja con retratos antiguos, me encontré uno que me causó mucha risa. Fue una despedida de soltera que le hicieron las Moya a Benedicta Farías. En la despedida se suponía que era un jardín de niñas: todas iban vestidas de niñas, muy bonitas y muy elegantes, pero yo, como siempre me ha gustado ir contra la corriente, discurrí ir de niña pobre; fui de verdadera visión. Sería una premonición de que iba a acabar siendo una anciana pobre, pues entonces era la muchacha más rica de todas; pero así son las vueltas que da la vida; somos cubos de noria: unos suben, otros bajan.

EN 1933, el 5 de mayo para ser más exactos, bajaba yo para salir y entré al despacho para pedirle un permiso a mi papá. No recuerdo de qué. Ahí me encontré a un general vestido con un flamante uniforme, muy bien plantado. A querer y sin ganas me tuvo que presentar con él mi papá. El general era Eulogio Ortiz, general de división. Me saludó muy amable, intercambiamos breves palabras, me despedí y me fui. Mi papá me echaba unas miradas negras; comprendí que le había molestado que entrara al despacho.

Andaba dando una vuelta con mis amigas alrededor de la Plaza y cada vez nos tropezábamos con el general, que también daba la vuelta. Después fuimos a tomar nieve a la nevería Larín y el general llegó y nos saludó muy amable. Nos levantamos y la cuenta ya estaba pagada. Al día siguiente salí a dar la vuelta y otra vez me anduvo siguiendo el general Ortiz en su coche detrás y luego nos paró para invitarnos a tomar nieve. Nosotras no aceptamos. Yo me disculpé. Entonces él se acercó a decirme que ya se iba a Sonora, resuelto a pedir su traslado a esta ciudad. El 10 de mayo recibí mi mamá un gran ramo de flores, con un respetuoso saludo del general Ortiz; en la casa fue una gran extrañeza y un choteo, pues no sabíamos a que se debía eso. Transcurrió un mes y no volvió a dar señal de vida, pero a fines de junio llegó aquí. Inmediatamente se comunicó conmigo para decirme que estaba aquí a mis órdenes, que ya le habían dado su traslado. Yo ya quería cortarlo pues andaba saliendo con un



Carmen Pámanes y su inseparable guitarra, en 1934.

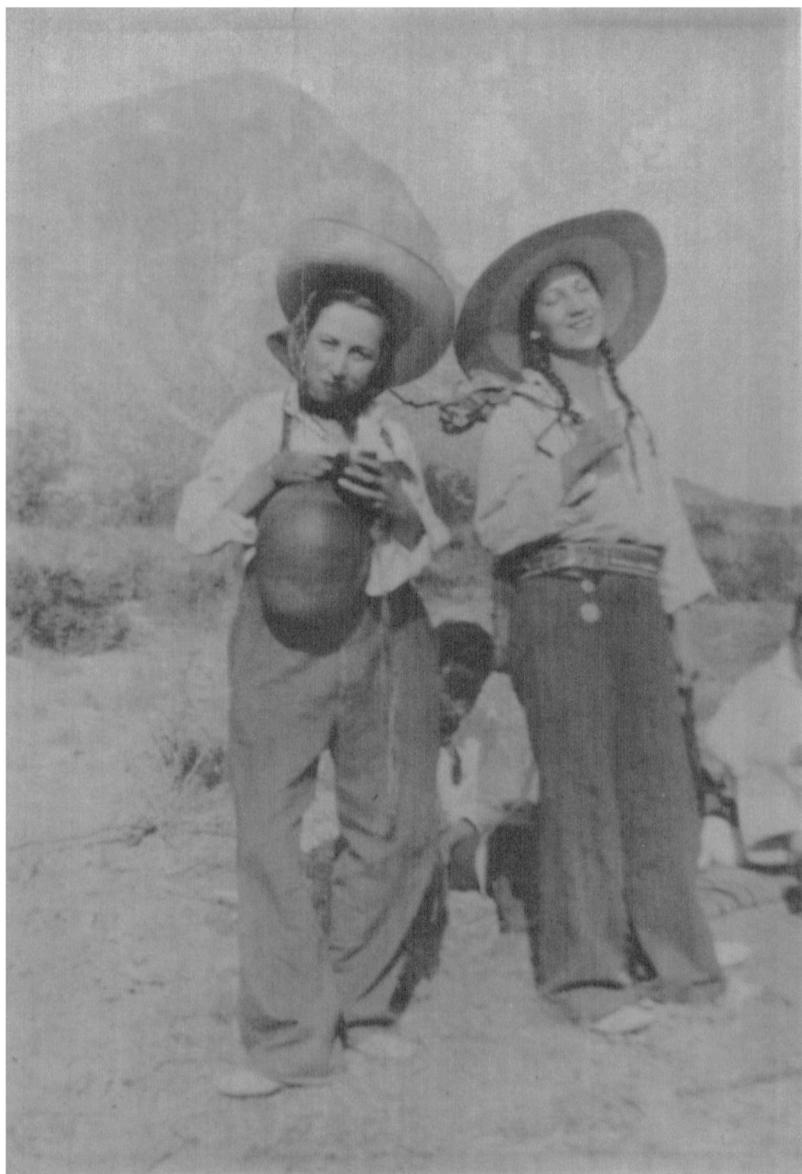
español que se llamaba Íñigo Ugarte y me interesaba bastante. Desde entonces empezó un verdadero asedio de parte del general: en la noche grandes gallos.

Un día iba yo para Lerdo con mis amigas en mi convertible; el general estaba jugando polo en el campo de polo, que estaba poco antes de llegar al vivero de Lerdo donde ahora está una escuela. El general andaba a caballo y cuando vio venir mi coche, pues entonces pasaban muy pocos, se emparejó y se adelantó al coche y aventó su kepí y su chamarra para que yo me parara, pero yo muy fresca pasé sobre el kepí y la chamarra; se quedó botando de coraje. Más tarde, como a las seis, estaba yo parada frente al Modelo en la avenida Hidalgo y se acercó al coche y me dijo: "Señorita, ¿quiere ser mi amiga o mi enemiga? ¿Por qué me hace tantas majaderías? Si es por culpa del español con quien anda, yo puedo hacer que le apliquen el 33". Entre bromas y chanzas me lo soltó: "Yo como amigo soy muy buena persona, pero como enemigo soy temible. Vamos haciendo un trato: deme ocho días de plazo, en que me trate como un amigo, y si al cabo de los ocho días yo no le caigo bien, le prometo que me retiro y no la vuelvo a molestar". Claro que a mí, un poco forzada, se me hizo mejor aceptar sus condiciones pensando que a los ocho días me iba a dejar en paz.

Estaba yo muy equivocada: todos esos días gran gallo en la noche. Llegó el día de mi santo, el 16 de julio: ese día a las doce de la noche mandó echar 12 cañonazos y un gallazo tremendo. Bloquearon la calle Morelos, pues había como 100 músicos con pura música de cuerda. Tocaron primero la marcha de la ópera *Carmen* y luego puros vales antiguos preciosos. Llevó a todos los charros, fue cuando me eligieron reina de los charros. Los charros a caballo aventaban serpentinas para la casa. El gallo empezó a las 12 de la noche y acabó a las 6 de la mañana. Al día siguiente cada hora llegaba a la casa un ramo de flores o un regalo; entonces se usaban unas muñecas italianas preciosas, que se llamaban Leicher, de fieltro, muy decorativas. Cada hora llegaban muñecas, dulces o flores. En la tarde me había preparado mi papá una fiesta en el rancho, pero desde luego el general no había sido invitado, pues mi papá no quería ni oír hablar de él. Yo, claro, me sentía muy halagada con tantos detalles y menos me atrevía a cortarlo. Dejé de andar con Íñigo,



Carmen Pámanes (en el árbol), Rosina Cotter (izquierda) y Cona Palacios en los ojos de agua de Viesca, en 1934.



Carmen Pámanes (izquierda) y Rosina Cotter en el rancho La Luz, propiedad de don Jesús Pámanes.

pues no quería perjudicarlo, y así siguieron las cosas; me colmaba de atenciones, me invitó a que formáramos un equipo para montar a caballo, pues yo sabía montar nada más como montaba en el rancho, sin ninguna escuela. Invité a varias amigas: Rosina, Judith Saldívar, Coty Lozano, Jeni Lotez, Marica Enríquez, Carmela Herrera y otras. Todos los días íbamos a montar a las seis de la mañana: el general quería las cosas bien hechas. Nos puso un profesor para que nos enseñara a montar: nada menos que al teniente Gracida, padre de los famosos polistas Gracida. Él nos estuvo enseñando a montar y cuando ya más o menos lo hacíamos bien quiso que formáramos un *team* de polo que fue el primero femenil que hubo en México.

Un día como a las tres de la tarde estábamos Rosina, mis primas y yo en la radiodifusora a donde íbamos, que estaba a media cuadra de mi casa, donde está ahora el Banco Ejidal, cuando llegó el general muy risueño y jacarandoso y me dijo que me traía un regalo: era una pistolita chiquita, de oro, de Toledo, muy bonita y muy fina.

Me dijo: “Toma, para que te defiendas”. Y le contesté: “Sí, pero no sé manejarla”. “Es muy sencillo –repuso–, te voy a enseñar”. Estaba como a tres metros de distancia de mí, cogió la pistola y, a manera de un chiste, volteó y les dijo a Rosina y a mis primas: “Miren, la voy a matar por traidora”. Apuntó, jaló al gatillo, y iba saliendo una bala que me pasó rozando la cabeza! Se puso blanco, yo quedé helada y todos se quedaron sin habla. Se hincó en el suelo llorando y me dijo: “Pensé que estaba descargada, te juro que pensé que estaba descargada”. Al ruido del balazo vinieron a asomarse todos los empleados de la difusora, y encontraron aquella patética escena. Creo que estuve en un gran peligro, pero en mi inconsciencia no le di importancia y se me pasó el susto. Ahora pienso en el escándalo que habría habido si me hubiera pegado el balazo. En la noche, para desagaviarme me llevó gran gallo.

Era muy divertido, pues nos prestaban los mejores caballos. El general me regaló un caballo muy fino que se llamaba Campesino. Claro, yo lo seguía tratando en plan de amigo. En eso me dio un cólico de apendicitis y mis papás quisieron llevarme a México para que me operaran. Al irme, el general me hizo prometerle que le avisaría saliendo del hospital, y a

Rosina que se iba conmigo, le hizo prometer lo mismo. Me operaron en el Hospital Francés, un doctor alemán, Solinger, que era un gran cirujano.

La operación salió muy bien, pero yo, que era una inconsciente de miedo, junto con Rosina, como la comida del hospital era muy insípida –a mí me daban puras verduras cocidas– mandé a Rosina a la taquería de enfrente a que comprara unos tacos y tepache y me los zampurré; a la noche me estaba muriendo de dolores. Tres días después me dieron de alta. A la salida, como había quedado, mandé ponerle un telegrama al general Ortiz, pero como no quería comprometerme sólo puse el nombre y la dirección, el telegrama decía: “Se me hace poco el mar para hacer un buche de agua. Carmen”. Pero él se ponía a la altura y rápidamente me contestó: “Y a mí poco el azul para tan grande cielo. Eulogio”.

El general era un hombre extraordinariamente inteligente, uno de los más inteligentes que he conocido. Tenía una viveza natural, era muy divertido, tenía mucho sentido del humor y una gran experiencia de la vida, pero, el pero más grande que tenía era la edad pues yo en ese entonces tenía 22 años y él en cambio tenía 50.

Aparte, a mí me molestaba bastante pensar que decían que había sido perseguidor de los cristeros, y que había perseguido a los padres en Durango, y que incluso había matado al padre Correa. Un día se lo pregunté, y lo negó rotundamente. Decía: “¿Cómo crees que yo fuera capaz de matar a alguien si sé muy bien que lo que no puede restituirse no puede quitarse?” Decía que todo eran puras leyendas y falsedades que le levantaban. Un día hizo un garabato en un papel y me lo enseñó y me dijo: “¿Qué es esto?” Yo le dije que un garabato y él me contestó: “No, fíjate bien, es un león, porque el león no es como lo pintan; así me pasa a mí, no soy como me pintan”. Me hacía la corte en forma muy divertida, pues además de los múltiples regalos y los gallos me organizaba fiestas para que yo estuviera contenta. Me acuerdo una vez que organizó una comida en su rancho La Rinconada: invitó a todas mis amigas y nos tenía preparados armones de vía para que nos fuéramos, eran muy divertidos. Fue un trayecto de lo más agradable; invitó a Julia mi hermana y a Jaime mi cuñado para que fueran de chaperones, pero ellos

se fueron en coche. Desde luego, Rosina iba conmigo, y mis primas las Gutiérrez eran mis compañeras inseparables; a una de las Gutiérrez, Consuelo, que estaba muy flaquita, le decíamos *Huesitos*.

Eran como mis hermanas, de mi misma edad. Cuando llegamos a La Rinconada ya estaban mariachis y cancioneros y toda clase de ricos platillos mexicanos: mole, barbacoa y mil antojitos más. La pasamos muy divertidas, pero yo ya quería cortarlo, pues veía que cada vez me iba comprometiendo más. Finalmente le dije: “Ya no voy a salir contigo porque mi papá no quiere”. Mi papá estaba viviendo en el rancho La Florida. Entonces el general fue a hablar con don Plácido Vargas, que era un agricultor muy serio, que apreciaba mucho a mi papá y al general Ortiz, y le pidió que hablara con mi papá, que le pidiera autorización para que me dejara andar con él. Por aquel entonces, los generales de división tenían un gran poder, todo mundo les guardaba sus frijoles, pues eran amos y señores de la región. Al general Ortiz lo caravaneaban los banqueros y los agricultores. Él inició, en compañía del ingeniero Ortiz, gerente del Banco de la Laguna, y del señor Antonio Juambelz, gerente de *El Siglo de Torreón*, y de otros, la formación del Centro Campestre de Gómez Palacio que tuvo un gran éxito y un gran auge, pues allí se hacían preciosos torneos de golf.

Don Plácido fue a hablar con mi papá al rancho y mi papá lo cortó en seco y le dijo: “Mire, si va a hablarme de ese señor, ahórrese el trabajo, pues no quiero saber nada de él y mucho menos que quiera andar con mi hija Carmen”. Volvió don Plácido muy cariacontecido con el general y le dijo que no había tenido ningún éxito, y el general rápidamente se comunicó conmigo para darme la triste noticia. Yo le dije: “¿Ya ves?, es inútil. Vamos a dejar de vernos. Lo siento mucho, pero ya no es posible”. Me dijo: “¡Ah, no! Yo no me doy por vencido, ya verás, te voy a dar una sorpresa”. Y al día siguiente fue él personalmente a hablar con mi papá. A mi papá le dio tanto coraje verlo, pero el coraje era conmigo, pues se dijo: “La fresca de mi hija Carmen quiere echarme a mí el paquete, quiere que yo la saque de sus problemas, pues la voy a dejar sola, a ver como se las arregla”. Y le dijo: “Mire, general, por mí no hay inconveniente, puede usted tratar a mi hija Carmen”. Se vino el general

radiante y en la noche un gran gallazo, y me dijo: “Ahora sí ya no hay problema, ya podemos pensar en un noviazgo formal y casarnos pronto”. Yo me quedé fría, pues no quería de ninguna forma casarme; me divertía la corte y el plan en que andábamos, pero no pensaba en formalizar.

Dejé pasar unos días en que todo era alegría y le dije: “Fíjate que te voy a decir que yo no puedo casarme contigo, porque tú estás fuera de la Iglesia, porque fuiste perseguidor de la Iglesia, y ningún padre te querría casar”. Y él me dijo: “No, tiene que haber una forma”. Estaba entonces aquí un jesuita muy inteligente, el padre Julio Vértiz y el general lo convenció de que él estaba dispuesto a aceptar las condiciones que el padre le pusiera; que si quería que en público se retractara de lo que había hecho, estaba dispuesto a hacerlo. A mí me conmovía mucho, pobre general, ciertamente creo que estaba muy enamorado, pero yo no. En realidad, él se portó muy bien conmigo, y yo muy mal, y digo muy bien, pues en las condiciones en que estaba pudo fácilmente hacer una cosa muy arbitraria, como haber ordenado que me subieran a un coche y me llevaran a Chihuahua o a Durango, y yo me habría tenido que casar con él, pero realmente me respetó al máximo, me tenía en un nicho muy alto y quería hacer las cosas derechas. Yo me sentía en un callejón sin salida, ya no hallaba qué hacer. Un día le dije que el problema era que no quería casarme con un militar y él me contestó: “Si te casas conmigo yo renuncio a mi carrera, que es lo que más quiero”. Total que yo ya no veía la salida.

Un buen día me mandó un recado Íñigo con mis primas, que le urgía hablar conmigo, que le dijera dónde. Claro que yo no podía verlo en un lugar público por miedo a que el general se enterara y le hiciera daño. Entonces a mí, que era muy novelera y fantasiosa, se me ocurrió citarlo en el panteón antiguo de Torreón, que está cerca del río, a las nueve de la noche. Invité a mis primas *la Huesos*, a Coty Lozano y Carmela Herrera, y nos fuimos en un coche viejo del rancho, todo aterrado y feo, y a Rosina la mandé en mi convertible con un sombrero de ala ancha que le tapaba la cara a dar la vuelta por la Morelos para que creyeran que era yo. Llegamos a la puerta del panteón todo oscuro y entre aullidos de perros, *Huesitos* casi se indispuso del susto.

Yo me bajé a hablar con Íñigo a unos cuantos pasos; él me quería ver para suplicarme que me fuera yo de aquí una temporada para cortar con el general, porque por ningún motivo me convenía seguir andando con él, y que además yo aquí corría mucho peligro; que él me esperaría el tiempo que fuera necesario. Yo quedé muy convencida y a los cuantos días me fui de viaje a México.

Voy a intercalar dos sucesos que pasaron mientras andaba con el general. Uno de ellos fue que un día me vinieron a ver las madres del Villamatel, muy preocupadas, pues según me dijeron que les querían cerrar el convento por órdenes del general Ortiz. Yo les prometí que iba a arreglar eso rápidamente y así lo hice. Hablé muy enojada con el general, reclamándole que por qué había hecho una cosa tan mala como querer cerrarles el convento a las madres, pero él dijo que no sabía nada y que inmediatamente daría órdenes para que suspendieran toda acción contra las monjas, e incluso iba a ayudarlas.

El otro fue que un día apareció aquí Pepe Guízar. Acababa de dejar la universidad, pues estaba estudiando leyes, para dedicarse a la música; su papá lo había corrido de su casa y había venido a Durango, pues ahí tenía un tío obispo y ahí escribió la letra y música de una revista musical que se llamaba: *Deja que te bese*. Vino a vernos a Rosina y a mí para que montáramos la revista; nosotras estábamos fascinadas, fuimos a buscar a varias amigas que supieran bailar y cantar, entre ellas a María Rosa Ortiz, para que pusiera los bailes. Éramos tan frescas y tan osadas que sin tener ni conocimiento ni un profesor de baile, nos lanzamos Rosina y yo y nos ayudo mucho María Rosa Ortiz con los bailables a poner toda la revista, y yo pienso que salió muy bonita, no sé si será cegazón mía. Se presentó en el Teatro Princesa, los boletos costaban la fabulosa cantidad de dos pesos. Por supuesto se llenó; ahí descubrimos el talento musical de un muchacho que tocaba admirablemente el piano; se llamaba Armando Ramos. Iniciamos una bonita amistad: todavía sigue siendo amigo de Lucas y mío, y tiene unos hijos que tocan estupendamente el piano. La solista del canto era Margarita Tumoine, que cantaba precioso; cantaba en compañía de Ramón Castañeda, que también tenía una hermosa voz; bailaban unas lindas jaranas María Rosa Ortiz y Benjamín Díaz Flores.

Por supuesto, yo también me incluía en varios números, pues ya digo que no conocía la pena, pues me aventaba a hacer lo que ni sabía. En uno de los números, que era de un cuadro español, tenía que salir manejando un capote de torero. Por aquel entonces el rancho de mi papá La Luz se lo había rentado a Julián Llaguno, el ganadero. Él traía a todos los toreros a vacacionar al rancho y ahí estaba Alberto Balderas que me enseñó a manejar el capote y a dar pases de torero. También salía yo bailando un baile mexicano vestida de china poblana, que no me salía tan mal, y cantando el *Pregón de los besos*: una canasta con besos de chocolate. La revista fue un éxito, pero el general Ortiz no quiso asistir, y se fue de aquí. Únicamente me mandó un gran ramo de flores. Como la revista había tenido mucho éxito, querían que se repitiera, pero Pepe Guízar dijo que ya se tenía que ir. Después supe que el general lo había amenazado para que se fuera cuanto antes, para que no se repitiera la fiesta, pero de eso me enteré hasta después. Como fue un llenazo el teatro, sacamos bastante dinerito, de ahí le pedimos la mitad a Pepe Guízar y la otra mitad fue para el asilo de niños.

AHORA vuelvo a mi historia. Como digo, estaba muy desconcertada, cuando un buen día me encontré en Sanborns a Tita y a Matilde Torres. Tita había sido compañera mía de colegio en Maryville, aunque era un poco más grande que yo y Matilde era una señorita grande, como si fuera la mamá de Tita, pues Tita era huérfana; ellas vivían en Durango. Cuando las encontré, me dijeron que en ocho días salían para una excursión a Europa, y me animaron mucho para que yo fuera, y convencí a mi papá para que me dejara ir. Mi papá pensó que era la solución para que terminara con el general Ortiz. El problema era que se iban en ocho días, y yo no tenía nada listo. Le platicamos todo a Ángel Urraza, que era muy amigo nuestro, y a mí me quería muchísimo. Era un señor con muchas influencias en todas partes; me llevó a la Embajada de España y a Relaciones Exteriores, y rápidamente me sacó el pasaporte, y estuve lista para partir.

Yo estaba alborotada, y al mismo tiempo muy asustada, pues no quería que el general se enterara de mis movimientos; ya

para irme le escribí una carta: le decía que no había tenido yo valor para decírselo personalmente, pero que había llegado a la conclusión de que no lo quería lo suficiente para casarme con él; que si me casaba lo haría muy desgraciado, y que él merecía mejor suerte; le daba mucha coba, le agradecía que hubiera sido tan generoso conmigo, y le aseguraba que siempre seguiría sintiendo por él una gran amistad, cosa que desde luego no le hizo gracia. Dice Enrique Marroquín que estaba con el general en el Hotel Iberia cuando recibió la carta; que se puso como loco, rompió todo lo que había en el cuarto y le decía: “Mira lo que me ha hecho tu prima, cómo me pagó toda mi dedicación. Eso saca uno cuando se porta bien”.

Mientras tanto, nos fuimos a Veracruz a tomar el barco; me fue a llevar mi papá. Yo estaba muy asustada pues a cada rato se me figuraba que aparecía el general para matarme, porque un día entre veras y chanzas me dijo que si se diera cuenta de que yo me había burlado de él era capaz de matarme. Me lo dijo en broma pero yo tenía serios recelos. La excursión que iba a Europa era de gente popis de México, con un obispo al frente. El viaje por barco fue muy divertido; nos fuimos en un barco francés que se llamaba *Le Mexique* y le decían “la bailarina de los mares” porque se movía muchísimo; esto era en marzo. Nos tocó una tempestad muy fuerte en alta mar; toda la tripulación y los pasajeros se caían y estaban golpeados, muchos pasajeros estaban mareados. Yo de buena suerte no me mareé ni me pasó nada y en mi inconsciencia ni siquiera me asusté. La excursión iba a Francia, Italia, Austria, Lourdes y finalmente España. En Sevilla nos tocó la romería de la Virgen del Rocío; muy impresionante. Fuimos a una fiesta que nos invitaron los Álvarez Quintero que eran unos literatos muy famosos y gente bien de Sevilla. Yo estaba fascinada, y cuando la excursión se venía para México me quedé con la familia Suárez en Santander. Tenían una casa preciosa en El Sardinero, el barrio más popis de Santander. La quinta se llamaba Villa Suárez; era una casona de tres pisos. Me dieron el mejor cuarto, con baño y con la vista más bonita de la casa, pues daba al mar; era todo de cristales y se veía el mar por todos lados.

Yo estuve una larga temporada en Santander, desde abril hasta octubre, y la pasé divinamente bien. La familia Suárez es

adorable, yo los quiero mucho. Me trataron como de la familia; me consentían y me festejaban todas mis locuras. Un día me preguntaron: “Carmen, ¿qué es lo que más te gusta preparar en la cocina?” Y yo tuve el descaro de decirles con toda la seguridad del mundo, que eran los postres. No sé cómo me atreví, pues en mi vida había hecho uno solo; entonces me pidieron que les hiciera un postre para el día siguiente, y la insensata de mí les dije que les iba a hacer cajeta de Celaya; que necesitaba diez litros de leche, diez kilos de azúcar y una docena de huevos. Al día siguiente voy viendo una tina como para bañar a un niño llena de leche y la mesa llena de bolsas de azúcar. Yo nada más cogí dos litros de leche y un kilo de azúcar y los puse a hervir, y le fui echando todo lo que se me ocurrió: huevos, canela. Fuí al centro y compré glucosa para que quedara chiclosa la leche; no me acuerdo cuántas cosas más le estuve echando; total, que al rato vi un batuque que se cortó. Entonces yo muy asustada lo saqué de la lumbre y con el batuque cortado empecé a hacer bodoquitos y bolitas y las puse en un platón y a la hora de la comida llegué muy garbosa y les dije: “¿Saben?, siempre no les hice cajeta de Celaya; mejor les hice chongos zamoranos”. Soltaron la carcajada y me hicieron un choteo tremendo; se dieron cuenta que yo no tenía la más pequeña noción de cocina y jamás me volvieron a pedir que hiciera nada; fue una vergüenza tremenda. Moraleja: No hay que presumir de lo que uno no sabe.

Otra vez, ya casada, me pasó una cosa similar. Vinieron unos amigos de México y los invitamos a comer y yo les dije: “Voy a hacerles un pastel de limón que me sale muy bueno”. Entonces teníamos una cocinera que se llamaba Pascualita, que hacía los pays muy ricos y yo le dije: “Pascualita, me haces para mañana un pay de limón”. Pero ella no entendió bien o se le olvidó, el caso es que a la hora de la comida trajeron el pay cubierto de crema y todavía eché la última presumida y les dije: “A ver qué tal quedó mi pay de limón”. Y al partirlo voy viendo con horror que era de chocolate. Soltaron la carcajada y mucho tiempo después se acordaban y me decían: “¿Cuándo nos vuelves a hacer un pay de limón que te salga de chocolate?” Desde entonces ya no he vuelto a presumir de mis dotes culinarias, que no existen.

La familia Suárez se componía de don Jose María y Cesarina, su esposa, que era un verdadero ángel, muy bonita y muy buena, muy dulce. Tenían dos hijos: la hija se llamaba Elvira y le decían Virina, y el hijo se llamaba Jose María y le decían Pepín; tendría como 16 años; yo jugaba ping-pong y ajedrez con él y me divertía mucho. Cesarina tenía una hermana que se llamaba Teresa; soltera pero con novio. La abuela de Elvira era la cabeza, era la que manejaba a todos. En Santander rápidamente hallé una amiga muy simpática de Asterloa y la nana Obregón; íbamos a nadar todos los días al mar. Entonces en España eran muy austeros, no me dejaban salir con mi traje de baño, que era uno común y corriente; me mandaron hacer una faldita hasta la rodilla; entonces no se usaban los trajes de baño, no era como hoy que dicen traer trajes de baño y casi no traen nada. Era una España puritana y conservadora.

Mis amigos de España me hacían mucha burla, decían que el lenguaje de los mexicanos era muy particular, de todo hacían verbo. ¿Qué estás haciendo? Pues estoy *tristeando* o *bobeando* o *mariposeando*. Y las palabras ni se diga; estoy muy *agüitada*. “¿Qué es *agüitada*?” Pues *apinsionada* o *apilcomalhuayatada* o *atiriciada* o *merláchiga*. A mí me encantaba desconcertarlos con mis disparates; iba a una tienda y decía: “¿Me enseña los aretes que están en el aparador?”; y el dueño me corregía: “Querrá usted decir los pendientes que están en el escaparate”. “Quiero unos listones”. “Pues vaya a la carpintería”. Yo les decía que en España no sabían hablar: a los que sirven la mesa nosotros les decimos meseros, allá los llaman camareros; nosotros a las personas que arreglan las recamaras le decimos recamareras, y en España les dicen doncellas... en fin, que era un choteo.

A propósito de doncellitas... me estoy acordando que una vez en el rancho vino a vernos una mujer que pedía trabajo y le pregunté si era casada o soltera. Ella me contestó: “No soy casada ni soltera, soy donseñora y tengo tres hijos.

En Santander me salió un pretendiente, según decían muy buen partido. Era un licenciado, ya grande: tenía 35 años, estaba muy entusiasmado y me dijo que si yo lo aceptaba él venía a México a hablar con mi papá. Yo no acepté. En primer lugar no me gustaba lo bastante y en segundo nomás de pensar en irme a vivir a España y dejar a mi Torreón adorado, me daba

dolor de corazón. Total, que en octubre, don José María, por encargo de mi papá me consiguió una dama de compañía para que me viniera a dejar a Veracruz. Los 15 días que pasé en el barco, en el *Cristóbal Colón*, creo que han sido los más felices de mi vida. Venía en el barco la Banda del Empastre, que era una banda chusca de toreros bufos, muy divertidos. Yo hice rápidamente amistad con ellos y andábamos por todo el barco armando alboroto. Hubo un concurso después, para escoger a la chica más simpática del barco y, modestia a un lado, me eligieron a mí; me dieron un diploma y cambiaron mi asiento a un lado del capitán para comer y cenar, y me divertí muchísimo. Para variar, armé una pequeña variedad para la noche de despedida y en compañía de la Banda del Empastre hicimos una preciosa fiesta; la tripulación era encantadora, y venían unos muchachos españoles amigos míos, Emilio Labrador y Federico Ruiz, que conocí en Santander, pues eran amigos de la familia Suárez.

Un día, uno de los oficiales, el telegrafista, que era amigo mío, se llamaba Manolo López y era un andaluz simpatiquísimo, me dijo: “¿Quieres mandar un telegrama a tu casa?” Yo acepté encantada y fui a mandar el telegrama a mi mamá; con el desbocado sentido del humor que tengo, no pensé en las consecuencias que podía tener. Después me comentaba mi mamá que estaba ella dormida y como a las doce de la noche oyó fuertes toquidos. Estaban ella y María de León, la enfermera; Julia y mi papá no estaban, pues habían ido por mí a Veracruz. Bajaron asustadas a abrir la puerta, pues les gritaron que había un telegrama. A mi mamá se le salía el corazón por la boca, pensando que era una desgracia, o que había pasado algo, pues un telegrama a esa hora nunca indica nada bueno; no podía ni abrirlo de los nervios; al fin lo abrió y vio que decía: “Ya merito llego, Carmen”. La acometió una ola de coraje y pensó: ahora que venga esa niña va a ver cómo la pongo”.

CUANDO llegamos a Veracruz, yo no tenía ganas de bajarme del barco, pero ya me estaban esperando mi papá y Julia mi hermana. Yo quería quedarme en Veracruz porque me habían invitado a una cena de despedida, pero mi papá no quiso, pues ya tenía los boletos de tren para México. En México me tocó la inauguración del Palacio de Bellas Artes, que presentaba al

Ballet de Montecarlo y me llevaron también a conocer el Casino de la Selva, en Cuernavaca, que era un casino muy elegante donde se jugaba muy fuerte. Ahí me estaban esperando mis primas las Gorozave y unas primas de Guadalajara a las que yo no conocía y que eran preciosas. Yo rápidamente las invité a que me vinieran a visitar a Torreón y ellas quedaron formalmente de venir. Cuando llegué a Torreón voy viendo con horror que estaba el general Ortiz y que no había quitado el dedo del renglón. La noche que llegué, fui con mis amigas al Teatro Princesa pues estaban Agustín Lara y Toña la Negra. El Teatro Princesa tenía a los lados unos palcos desde donde se dominaba toda la concurrencia; en uno estábamos mis amigas, Rosina y yo. Vi en la luneta un muchacho para mí desconocido, bastante guapo, y le pregunté a Rosina quién era, Me dijo: “Es Lucas Haces Gil, un licenciado recién llegado aquí a Torreón; es muy amigo mío, ya te lo presentaré”. Quién lo había de decir, era mi destino. Esa noche el general Ortiz me llevó gallo con Agustín Lara y Toña la Negra: a él no le podían decir que no. En una troca subieron el piano y llegaron al pie de mi ventana en la avenida Morelos esquina con Acuña. Me acuerdo que tocaron una canción de Agustín Lara que decía:

Sin decirte que te fueras de mi vida
poco a poco te has ido alejando
y poco a poco me has ido enseñando
el camino de la ingratitud

A mí me daba mucha lástima con el general Ortiz, pero ya estaba resuelta a no darle ninguna esperanza, pues no quería tener problemas. Al día siguiente me hicieron una fiesta de bienvenida un grupo de amigas encabezadas por Graciela y Judith Saldívar; ahí estaba Chilo Ortiz que aunque hermano del general seguía siendo amigo mío a pesar de todo y me quería mucho; además fue compañero de estudios y muy amigo de Lucas.

Ahí en la fiesta me lo presentó y yo los invité al día siguiente a tomar el té en mi casa, y ahí empezó mi amistad con Lucas. A los pocos días le dijo Rosina a Lucas: “Prométeme que cuando te cases con Carmen, vas a seguir siendo mi amigo”. Lucas le dijo “Estás loca, apenas la acabo de conocer”, y Rosina le dijo:



Lucas Haces Gil, en 1935.

“Sí, pero yo vi cómo te vio Carmen y sé que ya te echó el ojo”. Empezamos a salir juntos; Rosina le decía a Lucas: “Tú no vas a hacer huesos viejos”. Lucas, en su inconsciencia, dice que no le tenía miedo al general, que no había calibrado todavía el peligro. Afortunadamente por ese tiempo cambiaron al general a Sonora de nueva cuenta, así que yo me quedé tranquila.

El romance con Lucas iba viento en popa, aunque todavía no éramos novios, pero entonces ocurrió algo que fue muy trascendental en mi vida.

Un buen día me habló doña Laurita Gurza que estaban unas personas de México que querían hablar conmigo, por lo que me citó en su casa. Yo llegué por la tarde y me encontré con dos jóvenes muy amables y simpáticos: uno era Manuel Villagrán y el otro Gabriel Sánchez Cordero. Me contaron que venían aquí pues una sociedad católica de México, no recuerdo el nombre, los había mandado pues decían que en Durango había un principio de levantamiento contra el gobierno de un grupo cristero. Esto fue en 1935; no fue en el primer movimiento cristero; fue en tiempo de Cárdenas pues parece que Cárdenas estaba dando unas leyes para la educación en que prohibía la enseñanza religiosa e implantaba una educación que a los padres de familia no les convenía; y los católicos temían que se fuera a venir otra situación como la del 28. Estos muchachos me decían que ellos contaban con el apoyo de los Caballeros de Colón de Estados Unidos que eran miles y que cada caballero iba a dar cinco dólares para la revuelta. (Puras ilusiones, pompas ricas de colores.) Total, que el objeto de estos levantamientos era hacerlos en grande para revocar a Cárdenas; ahora comprendo que era una locura, pero entonces lo encontraba muy lógico y rápidamente me convencieron y me lancé a trabajar con todo mi entusiasmo por la causa. Enrolé a mis primas *las Huesitos* y a mis amigas; Rosina no quiso entrar, dijo que estábamos locas; por lo pronto de mi casa y las de mis amigas desaparecieron pistolas, rifles y unos gemelos que tenía mi papá. Buscamos la forma de juntar dinero para comprar parque y armas; para empezar, organicé un gran baile y una serie de rifas. A Manuel Villagrán lo convencimos de que le teníamos que cambiar el físico para despistar al gobierno y que no lo conocieran.

Yo seguía siendo fantasiosa y novelera. Manuel Villagrán tenía 28 años; era bien parecido, moreno claro, con el pelo oscuro y ojos cafés. Discurrimos llevarlo al salón de belleza de mis amigas las Belloc, a media cuadra de mi casa en la Morelos. Con mucho misterio le platicamos a Josefina, la dueña, todo el plan y la enrolamos en el movimiento. Acordamos rizarle el pelo con permanente y pintarle de güero el pelo, las cejas y el bigote. Luego lo llevamos con el doctor Ritz para que le aplicara rayos violeta para quemarle la cara y que se le viera roja. Lo dejamos tan impresionantemente feo, que si antes pasaba desapercibido ahora la gente lo veía y se daba codazos y se reía, pues parecía un señor de costumbres raras, uno de esos volteados. Manuel estaba muy enojado; dijo que lo habíamos puesto en completo ridículo con aquella cabeza china y güera y las cejas güeras y la piel roja. Dijo que parecía un loquillo y que se iba a la sierra y que no volvería hasta que le creciera el pelo y se le cayera la pintura; y así lo hizo. Nosotros mientras tanto teníamos reuniones secretas, para planear actividades para juntar dinero.

Una vez había yo planeado hacer un día de campo, invitar a mis amigas las más ricas que tenía, como Telina de la Garza, María Rosa Ortiz, María Luisa Martínez, Maruca de la Peña, Lupe Siller y otras, y ahí en el día de campo, iba a llegar un grupo de muchachos cristeros a efectuar un secuestro y llevarnos a todas a un convento de Parras y mandar a *Huesos*, que era la más pobre, con unas cartas pidiendo rescate de muchos miles de pesos. Estábamos en mi recámara planeando todo, cuando mi mamá, que estaba en el otro cuarto alcanzó a oír los planes tan descabellados que teníamos. Entró muy enojada y me dijo: “Carmen, les prohíbo terminantemente que sigan con esas locuras, vas a matar a tu padre de un disgusto, y al ingeniero Ortiz y a don Lázaro de la Garza; vas a ser responsable de muchas desgracias. Sosiégate o le cuento todo a tu papá para que te mande fuera”. Entonces desistimos del plan del día de campo, pero seguimos trabajando en distintas cosas.

Una vez vino a entrevistarse con nosotros un muchacho que se veía gente bien, venía de parte de un grupo de vasconcelistas. Quería que nos uniéramos los dos movimientos. Ellos querían poner en la presidencia a Vasconcelos, pero nosotros no aceptamos, pues nuestros ideales eran muy distintos.

Un día teníamos que mandar parque a Durango y no hallábamos cómo; entonces acordamos mandar a doña Laurita Gurza con *Huesitos* mi prima en el tren. Llevaban sendas canastas grandotas llenas de parque en el fondo, y encima tortas de pan, servilletas y termos, Yo me fuí a llevarlas en mi convertible a la estación. Entonces no había estación; salían los trenes de un lugar que estaba cerca de donde está la Alianza. Estaba ya arrancando el tren cuando yo llegué y me atravesé en la vía para pararlo. Yo era por entonces reina de los ferrocarrileros y me conocían y querían mucho. Le hice señas al maquinista para que se parara y le dije: “Vine a traer a una señora que está enferma y va para Durango”. Entonces todo el pasaje se asomó a ver qué sucedía; veían que dos cargadores no podían con una canasta que de milagro no se desfondó. La gente empezó a darse cuenta de que algo raro estaba sucediendo.

Otra vez tenía yo que llevar unos cartuchos de dinamita a Lerdo y los llevaba en mi convertible, en el asiento de atrás. Me habían dicho que me fuera despacio y que no hiciera ruido pues podían explotar; yo iba rumbo a Lerdo con una de mis amigas. Íbamos muy despacito y nos cruzamos con Lucas que venía de Lerdo. Me saludó con fuerte pitadera, y yo le hacía señas de silencio con un dedo en la boca para que no hablara ni hiciera ruido; Lucas se quedó muy extrañado. Yo ya no quería salir más con él, pues era jefe del Ministerio Público y tenía orden de perseguirme; es decir, de perseguir a la jefa de los cristeros. Yo seguía juntando dinero para mandarles provisiones y parque; organizaba rifas, colectas para un dizque botiquín que no existía, tardeadas, en fin ya no hallaba qué hacer, pues tenía que juntar la fabulosa cantidad de mil pesos cada mes; mil pesos era un capital, pues hablo de 1935. Tengo aquí una carta del obispo de Huejutla, donde me felicita por mi labor. Me decía que yo iba a ser una moderna Juana de Arco (no se midió).

Un día mi tía Lola, mamá de *Huesitos*, le dijo a mi mamá: “Oye, Lupe, quién sabe qué tiene Consuelo que está muy rara, muy nerviosa. Nomás tocan el timbre y corre y grita y se encierra en el baño y cuando suena el teléfono se pone a temblar y dice ‘No contesten, no contesten’. Parece que anda siempre asustada, quién sabe que tendrá”. Yo procuraba calmarla y le decía: “*Huesos*, no te asustes; total, si te agarran y te matan serás Santa

Huesos y estarás en los altares. Pero a ella eso no la consolaba nada, nada y no le hacía ninguna ilusión ser Santa Huesos. Otro día fuimos al Campestre para probar unos cohetes para señales que habíamos mandado hacer para que los tiraran los campesinos en la sierra; llevamos el cajón al cerrito del Campestre para probarlos y cuando los estábamos probando no sé cómo cayó un cerillo en el cajón y fue una explosión de cohetes terrible. Nos asustamos mucho pues tronaban por todos lados; las gentes del Campestre venían a ver qué estaba sucediendo.

Un día vino el general García Gutiérrez a hablar con mi mamá y le dijo: “Doña Lupe, tengo órdenes de aprehender a la jefa de un movimiento de cristeros y todos coinciden en que es Carmelita. Voy a hablar con don Jesús para exponerle el problema”. Mi mamá muy asustada le decía: “Yo le prometo que voy a hablar con Carmen, pero no creo que sea la jefa del movimiento. Por favor, no le diga nada a Jesús mi marido, pues le ocasionaría un tremendo disgusto”. Pero el movimiento, que ya llevaba cinco meses, tocó a su fin, pues mataron en Durango a Manuel. Iba en una carretera en su coche cargado de parque y ametralladoras y le hicieron los soldados señas de que se parara; él le dio más recio y entonces se fue el capitán a alcanzarlo y con una ametralladora lo acribilló. Para nosotros fue un golpe tremendo; Sánchez Cordero rápidamente se fue a México y el movimiento murió. Estoy segura de que Manuel es un santo que está en el cielo, pues ofreció su vida por una causa que creyó justa. Descanse en paz y espero que allá abogue por mí para que Dios me perdone tantas locuras que hice.

Cuando terminó mi odisea cristera reanudé mi amistad con Lucas. Salíamos muy tranquilos, pues ya no estaba aquí el general Ortiz, y un día Lucas me dijo: “Voy a dejar de andar contigo porque si a tus papas yo no les caigo te mandan a Europa y si tú te aburres me mandas por un tubo”. Y yo le dije: “Qué ocurrencias. Estás como el sembrador de la Biblia, que por miedo a las palomas no sembraba”. Lucas dijo: “Bueno, pues seguiremos adelante”. En eso lo cambiaron a México, a una chamba muy buena, y lo nombraron Jefe de Procuradores. Su tío era Emilio Portes Gil, que había sido presidente de México. Era una persona verdaderamente encantadora, de inmensa personalidad; yo lo quise mucho y guardo los mejores

recuerdos de él; tenía muchísimo sentido del humor. Él quiso muchísimo también a mi hija Alejandra. Alejandra y yo pasábamos temporadas en su casa.

Cuando llegábamos Alejandra y yo a su casa en Cuernavaca, pues tenía una casa muy bonita de descanso, el tío Emilio le gritaba a Carmela su esposa: "Carmela, arréglate, que ha llegado gente blanca a la familia". Él y sus hijos eran muy morenos. Una de las veces que estuvimos en su casa una temporada, llevé a Alejandra con el general Mariles, para que le diera clases de equitación. El tío le regaló un equipo inglés con unas botas muy bonitas para montar a caballo, y después aquí siguió con el general Procopio Ortiz. Era una gran amazona, montaba precioso. En una convención bancaria que organizamos la señora Elena Domene de González, María Rosa Ortiz y yo, pusimos una variedad española simulando la Feria de Sevilla. Ahí entró al frente de una cabalgata Alejandra montando como mujer con un precioso traje de amazona negro con sombrero cordobés, el caballo blanco adornado con plumas y gualdrapas negras y Alejandra hacía con el caballo doble pista y muchos pasos de fantasía. Todo fue un éxito. Detrás venían doce muchachos a caballo con las muchachas a la grupa y luego muchas calandrias y carretas con las chicas vestidas de cada provincia de España. La fiesta fue preciosa, pues había muy buenos elementos: la Chiquis Lamberta, que cantaba hermoso, y los bailes de las muchachas también muy bonitos.

EN 1936 nos fuimos a pasar el verano a Saltillo. Mi papá rentó una casa preciosa de unas señoritas Purcell; una casa estilo inglés que estaba enfrente de la Alameda; ocupaba una manzana. Yo estaba muy contenta en Saltillo y cada rato hacía viajes a Monterrey, pues tenía muchas amigas allá. Por ese entonces acordamos Lucas y yo que ya nos íbamos a casar y fijamos la fecha para el 26 de septiembre y nos volvimos otra vez para Torreón. Por aquel entonces ya había llegado el general Ortiz de nueva cuenta a Torreón y cuando supo que ya me iba a casar se puso muy enojado. Todos los días hablaban por teléfono a casa de Lucas diciéndole a la mamá y a las hermanas que le dijeran a Lucas que se fuera de Torreón; si no, lo iba a matar por la espalda. A mí también me hablaba y me decía: "Dile a tu

novio que no va a llegar vivo al altar". Pero por aquel entonces el general ya no tenía ningún poder, pues fue cuando hubo un rompimiento entre Calles y Cárdenas, y el general Ortiz era del grupo de Calles. El general le puso un telegrama de solidaridad a Calles, mismo que fue interceptado y rápidamente fue dado de baja del ejército. Entonces yo resolví devolverle todos sus regalos, aunque él me había dicho que nunca le regresara nada. Eran tantos que los tuve que mandar en una troca: muñecas, rebozos, traje de china poblana, una guitarra valenciana de concierto que deploro habérsela devuelto. Yo nunca quise aceptarle alhajas por más que siempre quiso regalármelas. Fue una amiga mía a entregarle todo y él estaba enfurecido, no quería recibir nada.

Cuando nos casamos, Enrique Marroquín y Cándido González fueron por él y se lo llevaron a un rancho para que no estuviera aquí. Iba de padrino de la boda el general Alejo González. El tío Emilio mandó a varios agentes de gobernación para que asistieran a la boda vestidos de civiles pero portando pistolas, pues habían sido muchas las amenazas del general.

QUIERO ahora hacer recordatorio de un lugar que fue muy importante y ocupó un lugar muy trascendente en Torreón. Me refiero al Parque España. Estaba por la Calzada Colón; la entrada más o menos enfrente de donde está la estatua de Colón. Era muy grande, eran como siete u ocho manzanas. A la entrada había unos campos de tenis; luego en el centro un lugar muy grande para jugar fútbol y al fondo una explanada enorme donde se hacían las romerías y al centro un fronton inmenso. Atrás, a un lado, había una enorme terraza techada, con una escalerita para subir. Cada ocho días se hacían preciosas tardeadas: iba pura gente bien, muy conocida; había mucho orden, mesas y mesas de muchachas que iban solas pues entonces no se usaba ir de parejas, y montones de muchachos para sacarla a bailar a una. Yo disfrutaba mucho; yo iba con Julia mi hermana o alguno de mis hermanos, temprano. Empezaban a las siete y terminaban a las doce o una. En las Covadongas había unas hermosísimas romerías, venían todos los españoles que trabajaban en los ranchos y que eran como quien dice los patriarcas de los españoles: Antonio Cofiño, José Rendueles,



Carmen Pámanes y Lucas Haces Gil el día de su boda, el 26 de septiembre de 1936. Abajo, los invitados, en el Casino de La Laguna.





Carmen Pámanes vestida de novia. Abajo, la ceremonia religiosa, que se celebró en el templo del Perpetuo Socorro.



José Cueto, Fernando Rodríguez, Ángel Urraza, José Larrea, Pedro Aranzábal, Valeriano Lamberta, que tenía una voz maravillosa. Bailaban jotas al compás de unas gaitas y unos pitos muy alegres; corrían mares de confeti, de sidra, de serpentinas y desde luego había puestos con comida. En fin, eran verdaderamente sensacionales las romerías. Yo, a ese parque España le debo muchos grandísimos momentos de alegría y de diversión; después no sé por qué problema les quitaron el terreno para fraccionarlo pues ya valía una fortuna y ese lugar tan maravilloso llegó a su fin y no ha vuelto a sustituirse, pues aunque ahora hay otro Parque España, está mucho muy alejado y no tiene el sabor del otro.

UNO DE LOS SUCESOS más impresionantes de que tengo memoria es la inundación del 68. Fue una temporada de lluvias sin precedente; las presas estaban a su máxima capacidad. Las Tórtolas ya estaba llena y decían que no sabían si las cortinas resistirían, pues nunca las habían probado. Se anunció que venía una tromba; hubo voces de alarma por radio, decían que si la tromba caía en la cuenca del Nazas la presa no resistiría y Torreón iba a desaparecer. Lucas y yo fuimos a hablar con Benjamin Ortega Cantero que era entonces jefe de Recursos Hidráulicos. Vivía en Las Rosas, en Gómez; fuimos a verlo y la esposa nos tranquilizó grandemente: "No hay ningún peligro, todo está bien controlado". Nos vinimos muy tranquilos, pero en eso nos habló Antonio Juambelz, de *El Siglo*, para decirnos que la situación estaba muy fea. Volvimos a casa de Ortega Cantero y nos van diciendo las sirvientas que toda la familia acababa de salir en auto fuera de la ciudad: ¡había mucho peligro! Se fueron también el ingeniero Pérez Valdéz y su familia, que eran vecinos de ellos.

Entonces nos entro gran susto: veíamos por las calles coches cargados con colchones, almohadas y toda la familia. Medio Torreón se fue. Fuimos por Alejandra mi hija: Lerdo era el que más peligro tenía por estar más cerca de la presa de San Fernando. Nos la trajimos a ella y a Otto con todas sus niñas a la casa. Me informaron que la casa donde vivíamos, en la Matamoros casi esquina con González Ortega, era una de las partes más altas de la ciudad, así que resolvimos instalarnos allí

y esperar los acontecimientos. Era una casa de dos pisos y tenía una azotea muy solida donde dado el caso podíamos subirnos.

Fuimos a ver la casa de unos familiares de Panchita Banda, nuestra antigua cocinera. La familia tenía una casa muy grande y cómoda en el cerro, cerca de las caleras del panteón. Allí nos dijeron los señores que ya estaban preparados con agua y víveres; que si se nos ofrecía nos fuéramos para allá. Nos venimos muy tranquilos. Muchos se fueron al Hotel Río Nazas por estar muy alto y la gente se preparaba con provisiones; había compras de pánico, pues toda la gente compraba agua Electro-pura. Toda la noche velamos esperando la llegada de la corriente, pues se anunciaba el golpe de agua, aunque ya los ríos tenían mucha agua y empezaban a inundarse las colonias de la orilla. Total que la tromba se desvió y no cayó en el Palmito y las cortinas de la presa de Las Tórtolas resistieron. De todos modos subió tanto el agua que todos los arrabales de Torreón se inundaron, En la Colonia las Rosas, de Gómez Palacio, el agua subió metro y medio. Tuvieron que abandonar todas las casas. Estaba verdaderamente impresionante Gómez Palacio, pues como es bajo estaba inundado.

Había muchos refugiados en el edificio federal de Hacienda, que está frente a la Plazuela; había mucha gente de los ranchos que se habían inundado, y las escuelas y las iglesias estaban llenas de damnificados. La gente en Torreón se porto divina, pues como una gran familia todos trataban de ayudar. Díaz Ordaz se portó de maravilla: mandaba aviones y aviones cagados con víveres y comida de lo mejor: había latería francesa finísima y cajas y cajas de botecitos de Gerber y dulces finísimos. Toda la gente mandaba víveres y comida a los lugares en donde estaban los refugiados. A mi me tocaba asistir donde estaba la oficina Federal de Hacienda, pues mi marido era el jefe. Diariamente a la hora de la comida llegaban personas con ollas con frijoles, puchero, arroz, lo que iban pudiendo y grupos de señoras andábamos sirviendo. Creo que los campesinos la pasaron de fábula, pues nunca habían estado tan bien atendidos y obsequiados; inclusive les dábamos cobijas para que durmieran. Me acuerdo un día que subí al tercer piso con un lote de diez cobijas para repartírselas y se me echaron encima unas 200 gentes y yo me asusté tanto que las aventé y salí corriendo.



Carmen y Lucas en el rancho El Retoño, en 1938. La fotografía a la derecha le fue tomada a Lucas Haces Gil tres años antes.

Era impresionante cómo se echaban encima unos de otros por las cobijas. A pesar del susto que teníamos disfrutábamos el espectáculo de los cerros: parecían un nacimiento. Estaban llenos de gente que hacía lumbradas, pues allí se habían instalado. Fue maravilloso cómo respondió la gente de Torreón. Vimos ayudar a gentes que verdaderamente estaban como para que los ayudaran a ellos. Yo vi comiendo a todas mis limosneras, que aprovecharon y se colaron entre los damnificados. No dije nada para que las pobres siquiera comieran bien una vez en su vida.. Esa situación duró alrededor de diez días, hasta que el agua bajó y la gente pudo ir a sus hogares; fue una experiencia muy edificante, pues dejó un gran mensaje de solidaridad.

VOY A TOCAR un tema para mí muy importante, pues me ha dado muchas satisfacciones. Mis fiestas son mis hijas muy amadas, pues las di a luz con mucho esfuerzo, mucha entrega y entusiasmo. Afortunadamente siempre terminé mis empresas con éxito; debe ser porque tengo unos angeles y santos faranduleros que me han ayudado siempre, pues realmente a veces me metía en unas empresas verdaderamente gigantescas.

Empezaré por decir que en los primeros ocho años de casados mi marido me tenía verdaderamente en un zapato, no me dejaba ni manejar ni salir sola. Pero luego empezó a aflojar.

Lo primero fue que me vinieron a invitar las Díaz Rivera, unas chamacas mucho más chicas que yo, para que les ayudara a organizar las bodas de oro de sus papás. Planeamos una fiesta toda de chiste, presentamos la comedia titulada *25 años en el lomo de un gachí*, llena de números graciosos y divertidos. Fue todo un éxito y fuimos muy felicitadas y allí arrancó mi carrera de farándula. Vinieron una vez los rotarios a verme para que organizáramos una fiesta para la Feria del Algodón. Elena Domene de González y yo organizamos una revista musical en el Princesa que se llamó *De aquí de allá*. Vinieron estrellas refulgentes: Carmina y Sabina Pérez, María Estela González Domene, el grupo de Los Pucheros emulando a Los Bocheros (eran los propios González Domene), Enrique Luengo, Rafael Fernández y Pedro Torre. Salió muy bonita.

Después vino la inauguración del Cine Nazas y Ernesto Espinoza Iglesias que era muy amigo de Lucas y mío, nos cedió la inauguración. Me dijo: “Carmen, ¿quieres que traiga artistas de fama para que refuerces tu espectáculo y puedas llenar el teatro?” Y yo muy ensoberbecida le dije: “No, yo me comprometo a llenarlo con puros elementos de aquí de Torreón”, y así fue. Presentamos una revista musical que se llamó *Ayer y antier*, y de veras deveritas que salió bien bonita. Hubo números muy apantalladores. Una refulgente estrella fue Elvia Luisa Cavazos, hoy de Lane. Era nuestra Edith Piaff; salía cantando *Es mi hombre*, vestida de apachesa, a la luz de un pequeño farol y fue sensacional. Luego tuvimos la maravillosa voz de Pedro Fernández, que cantaba al estilo de Juan Lejido. Los hermanos Díaz Flores hacían unos números cómicos formidables; en fin, hubo de todo: números serios y números chuscos.

Fueron tantas las fiestas que he organizado en mi vida que algunas personas de broma me decían Carmen Pámanes de Haces Fiestas. Para hacer tantas fiestas tuve en mi casa dos importantísimos colaboradores: uno de ellos mi marido; yo le decía *mi tijera de oro* pues sus críticas siempre eran muy atinadas, y la otra persona era Lorenzo mi hijo que también me ayudaba mucho, inclusive a seleccionar la música.

Así las cosas, un día el padre David Hernández solicitó los servicios de *poor little old me*, y yo acepté encantada pues se me presentaba la ocasión de demostrar que yo solita también podía.



Las bodas de Titania. La escenografía fue de Óscar Hernández.

Tuve la cooperación de unas personas encantadoras que me ofrecieron su ayuda: Pilar Acuña de Madero y Chela Acuña de Ibarguengoitia y Carmen Arzave de Viesca. Se llamó *Las bodas de Titania* –Titania es la reina de las hadas–. No porque yo quiera echarle crema a mis tacos, pero resultó sensacional; fue en el Jardín de los Cipreses; la decoración era un castillo tipo Walt Disney, preciosísimo. Lo hizo mi amigo Óscar Hernández, que es un gran escenógrafo. La música era de ensueño, toda música clásica, pero muy accesible. El vestuario estuvo a cargo de las hermanitas Acuña; fue la primera fiesta que se hizo aquí con música grabada, pues antes todo se hacía con orquesta. La instalación del sonido estuvo a cargo del ingeniero González Navarro, que se lució, pues puso un sonido por todo el jardín que parecía que estaba la orquesta sinfónica entre los árboles.

En una convención de Sembradores de Amistad yo había visto bailar a una muchacha de Chihuahua que se llamaba *la Nena Lara* y se me había hecho el *sumum* de la gracia. Entonces resolví ir a Chihuahua a invitarla; me dejé ir en la noche en autobús. Estuve allí todo el día, la convencí, planeamos todo,

escogimos la música y me vine. Ella estaba muy versada en juegos de luces y me aconsejó que fuera a Estados Unidos a comprar gelatinas para los reflectores, para que se viera una luz ámbar muy bonita. La fiesta se presentó para el día de San Ignacio, el 31 de julio, y se repitió varias veces con gran éxito. Había un número que era un gigantesco ramo de flores que le llevaban a regalar a Titania. El ramo estaba tirado en la pista y eran muchachas con trajes de distintas flores: lirios, crisantemas, margaritas, dalias, rosas; la reina de las rosas les daba vida a las flores que estaban dormidas y las ponía a bailar.

Me ayudaron muchísimo otra gran bailarina, Queta Máñez, y también Esperancita Rojas: eran 100 muchachas las que trabajaban en esta obra. Rocío Castellón salía de venadito en un baile que se llamaba *La luna y el venado*: a ése le pusimos una decoración de invierno que se ponía a última hora: diez muchachas muy altas y con muy bonito cuerpo vestidas de árbol de color café y ramas en la cabeza y en las manos. Ya para salir a escena mi hijo Lorenzo las estuvo bañando de *spray* de nieve. *La Nena* Lara salió primero en el otoño vestida del lado de la hojas bailando con gasas color de otoño; parecía que flotaba. Después salió en el cuadro de invierno de la Luna. Esta fiesta inició un cambio en el estilo de las fiestas, pues era un ballet con argumento y música clásica. Tengo muchos recortes de felicitaciones que publicaron los periódicos, escritos por distintos personajes de Torreón. Una de las notas más bonitas fue escrita por Guillermo Zamudio: me comparaba con un acorazado de bolsillo y decía que había superado en imaginación a Julio Verne. Sé que no es cierto, pero me halaga mucho.

La siguiente fiesta que hice en Los Cipreses fue al año siguiente y se llamó *El pájaro Cu color de primavera*. El argumento era un cuento: la historia de una niña pobrecita que se llamaba Hilitos de Oro. Para este papel requería una niña rubia y muy bonita. De pura casualidad en una fiesta en casa de las Acuña divisé una muchachita con las características que buscaba: tenía el pelo hasta la cintura, rubio, precioso; tenía ojos azules, 15 años de edad. Era una chica Kathy Heldrich Madero, y vivía en Parras; fui con su mamá a pedirle permiso y a invitarla, y aceptó. Se quedó aquí para ensayar; la llevé con Rosa Velia para probarla en el baile y resultó que sabía baile clásico.

El pájaro Cu era un príncipe encantado y era el rey de los pájaros. Ese papel lo hizo Io Camil. En esa revista tomaron parte 120 muchachas; los bailes los ponía la profesora Rosa Velia Vargas. Los trajes estuvieron muy originales y lucidos; había un número de barajas con unos trajes preciosos; las coronas de las barajas las hizo la señora Gómez Robleda, y las barajas las pintó Mavisa Garza.

Después de esta fiesta vino *La vida en rosa*. El prólogo lo hizo mi marido en verso. En esta fiesta eran distintas escenas a través del tiempo y del espacio, todo visto en color de rosa. Claro, se iniciaba con *La vida en rosa*, cantada y bailada por un grupo de muchachas. Esperancita Rojas bailaba de puntas como solista. Otro número era una cacería de la zorra, de 1600; la zorra con un espectacular vestido y una cola rosa era Io Camil, y salían un grupo de arqueros a matarla. Fue un baile muy original, bailando magistralmente por Primero.

En fin, eran muchos números. Terminaba con un cuadro francés y un desfile de modas del año 2000, con trajes bien extravagantes. Ahora ya andamos cerca, pero entonces lo veíamos todavía muy lejos.

Después de esa fiesta siguió un ballet que se llamó *Las bodas de Berenguela*, y para mí fue la más bonita de mis fiestas. Era de la época medieval; trabajaban 160 artistas con unos trajes muy suntuosos y espectaculares. Yo me fuí a México a documentarme sobre música medieval y a traerme las telas para los vestidos y una costurera que era la que siempre me había hecho los trajes y que se había ido a México. La convencí para que viniera. Tuvimos que alquilar una casa donde teníamos seis máquinas y costureras. Fue una odisea. La fiesta la patrocinaba la Cámara de Comercio pues iban a ser sus bodas de oro e iba a venir Díaz Ordaz. Así que querían quedar muy bien. El argumento lo elaboramos Lorenzo mi hijo, Lucas y yo, y Lucas lo hizo en verso.

Para el papel de Berenguela necesitábamos una muchacha alta, muy guapa y que bailara muy bien; escogimos por votación a Yeyé Romo. Para el número del juguete mecánico que entretiene al rey de Siam salía Lupita Aquino: era una excelente bailarina que interpretaba a la muñeca que cobraba vida; el traje era siamés, en oro y gualda. Necesitábamos música de Siam y

yo no la conseguía; le encargué a mi hijo Lorenzo que buscara en México música de Siam y la consiguió en una disquería Margolín, que es la mejor surtida de México. La pieza, sin embargo, no se acoplaba al baile; pero Lorenzo descubrió que poniéndola en otras velocidades daba muy bien el efecto. Esa muchacha iba en un palanquín cargado por cuatro muchachos; yo misma los escogí muy guapos y bien formados vestidos con unos pantalones bombachos morados y desnudos de la cintura para arriba, pues tenían buenos cuerpos. Llegaban cargando el palanquín con la muñeca, la ponían en medio de la pista, le daban cuerda por la esplada y empezaba a bailar su baile siamés. Fue muy espectacular.

Díaz Ordaz estaba que no lo podía creer. Después le platicó al señor Juambelz que no esperaba encontrar en un pueblo como Torreón un espectáculo medieval con ese lujo, pues generalmente a donde iba le ponían números de bailecitos folclóricos. Decía que cuando se acordaba de la fiesta no sabía si lo había soñado o no, pero se ponía de muy buen humor. Yo todavía tengo una carta personal donde me felicita. Cuando terminó la fiesta, habíamos preparado unos letreros con fuegos artificiales que decían “Se acabaron las fiestas reales”. Mandamos preparar unos cohetes bien bonitos, alrededor del jardín pero los guardías presidenciales no estaban enterados y a la hora que empezaron a tronar los cohetes se llevaron fuerte susto. Esa fiesta la pagaban la Cámara de Comercio y el gobernador de Coahuila, pero tardaron mucho en entregarme el dinero para los gastos y como nosotros acabábamos de vender el rancho, de ahí tomé el dinero para refaccionarme y empecé los gastos por mi cuenta. Eran muy altos: esto fue en 1967 y costó montarla 90,000 pesos, que era un dineral.

Quince días antes de la fiesta me mandó hablar el gobernador, que era Braulio Fernández Aguirre y me dijo: “Carmen, figúrate que el presidente no se puede quedar para la fiesta; viene en la mañana y se va al mediodía, así que yo ya no voy a patrocinar la fiesta. ¡En la torre! Me fui muy triste. Pero entonces discurrimos mi marido y yo una última tentativa. Le escribimos una carta muy atezadita a la señora Díaz Ordaz: le decíamos que cada año la sociedad de Torreón preparaba distintas fiestas con fines benéficos, y que este año habíamos

preparado una con gran ilusión porque queríamos ofrecerla a ella y al presidente; que esta fiesta no la hacia el gobierno sino la sociedad de Torreón y que estaba ya preparada y que había quedado bien bonita y que le suplicábamos que no nos fuera a dejar plantados. La carta estaba muy convincente, pero para hacerla llegar a manos de la señora Díaz Ordaz estaba muy difícil, pues generalmente las cartas se quedan en manos de los secretarios. A Lucas se le ocurrió mandar la carta a la señora de Martínez Manatou y a la señora de Juan José Domene, que eran altos funcionarios de Díaz Ordaz, y las señoras eran muy amigas de la presidenta. Mandamos la carta con Lorenzo mi hijo de mensajero y hablamos con ellas para pedirles que se la entregaran en mano a la señora Díaz Ordaz y así fue. Todo salio a pedir de boca; la carta llegó a su destino y en la noche me hablo la señora Roy, que era la secretaria de la presidenta para decirme que la señora estaba muy agradecida por la fiesta y que con todo gusto estarían los dos. Entonces seguí con mis preparativos ya muy tranquila y a los pocos días me mando decir don Braulio que siempre sí iba a asistir el presidente, que le mandara 500 boletos y me mandaba 50,000 pesos; los otros 50,000 los pagaba la Cámara de Comercio así es que yo salí ya bien con los gastos.

Repetimos tres veces la fiesta para sacar para nuestras obras sociales, y no la seguimos presentando pues se vino tremendo temporal que estaba acabando con la decoración. Era una castillo medieval con unos vitrales a colores; la sala del trono estaba donde generalmente está la concha para los músicos, y donde estaba un kiosko pusimos la mesa del banquete, así es que eran tres escenarios muy suntuosos. La decoración la hizo nuestro amigo Óscar Hernández, que es el mejor escenógrafo de México. Los estandartes de los guardias reales estaban espectaculares; fueron pintados por Mavisa Garza. Yo invité a todas las muchachas que habían sido reinas de algo y que tenían vestidos de reina; se los acondicionamos con mangas y tocados medievales y quedaron sensacionales: ésas eran las princesas que asistieron a la boda.

El presidente estaba tan emocionado que salio bailando al compás de la música y el ministro de Hacienda, Ortiz Mena, también estaba emocionadísimo. No cabe duda que mis santos faranduleros me volvieron a ayudar una vez más; y unas alpar-

gatas negras bordadas de lentejuela que me daban buena suerte y traía siempre conmigo. Tuve una colaboradora que era María Eva Braña: una señora con mucho sentido artístico y una gran diseñadora de trajes.

Después, al año siguiente, iba a haber aquí una convención de Sembradores de la Amistad y venían muchos norteamericanos y me pidieron que presentara un espectáculo en los Cipreses. Preparé un balet que se llamo *Fantasias y leyendas laguneras*, que resultó muy bonito. Los versos que están en el prólogo del libro eran el principio de la fiesta; los hizo mi marido. Los diseños de los trajes de las deidades que se suponía que venían a traer a La Laguna todos sus productos los sacamos de unas tarjetas de Navidad de Alejandra Rangel. Eran diseños mexicanos estilizados, muy bonitos. Las solistas que interpretaban a la Luna, al Sol y al Río eran Bora Lavín, Chelito Martínez y Rocío Castrillón. Esa fiesta salió tan bonita que unos norteamericanos que vinieron estaban empeñados en que la lleváramos a San Antonio, Texas, pues iban a tener una celebración muy grande; pagaban lo que fuera y costeaban todo el traslado.

Pero francamente la idea de movilizar a 130 muchachas con mamás y papás era una responsabilidad muy grande y le tuve miedo y no acepté. La decoración eran los cerros áridos laguneros y un paisaje de desierto. La música era de Silvestre Revueltas y de Moncayo y salió muy bonita. Había otra escena muy espectacular de una rogativa para pedir la lluvia; eran 40 muchachas con unas capas negras y una figura pintada en colores fosfóricos: salían con luz negra y traían una vela en la mano. Al terminar la procesión venían fuertes rayos y truenos y se desgajaba un pedazo de cerro y aparecía un nacimiento mexicano: San José y la Virgen con unos trajes que semejaban ser de hoja de lata, y unos ángeles como los que pinta Alejandro Rangel y empezaba a caer la lluvia y una música muy alegre bailaban con unas sonajas, muy bonito.

Estos versos son de Lupita Alegre que como ya dije es nuestra Sor Juana lagunera, y aunque el prólogo es muy serio y tiene mucha filosofía, los versos son superchuscos, pues ahí se veían a varios personajes de la historia cómo buscaban la felicidad y cómo fracasaban. Entre ellos salían Pepe Sierra vestido de Bethoven tocando en un piano muy ingenioso que

él hizo; cuando se desbocaba en las partes más fuertes de la *Quinta sinfonía* empezaban a saltar pedazos de piano por todo el foro y finalmente él acababa enloquecido y sordo. También salió Van Gogh (Federico Sáenz Negrete), pintando desaforadamente hasta que enloquecido se arrancaba una oreja. Y Nijinski (Óscar del Bosque) bailando hasta enloquecer. Salía Hitler (Fernando Suárez Jaik), completamente leandro. Y salía también la Pavlova (Cecilia Cueto) bailando *La muerte del cisne*, y quedaba tirada en el suelo en una danza supercómica. Y la Callas (Mary Jaik) cantando ópera. Estuvo bien chistosa esa función; la presentamos en el Club de Leones acompañada de una rica cena.

Después de esta fiesta vino otra que salió también muy chusca; se llamó *Cinelocuras*. De ésa siguió una fiesta para cuando andaba Luis Echeverría en campaña. Iba a a venir aquí y Juan Abusaíd me pidió que organizara una fiesta para recibirlo, en los Cipreses. Volvimos a poner la misma decoración del desierto y de los cerros y la fiesta se llamó *Fantasías del rebozo*. Se iniciaba con unos “Versos al rebozo” donde salían muchas muchachas y señoras luciendo los rebozos en distintas formas y después salía Loló Méndez Pérez, con un traje de noche precioso, caminaba por la pasarela moviendo el rebozo en distintas formas: se veía guapísima. Aquí incluyo los versos de los piropos al rebozo, muy bonitos.

Fantasia y homenaje al rebozo

Bien mereces, rebozo,
que te festejen con sus estadillos
fugaces, los cohetes de mi gozo.
Bien mereces, rebozo, la caricia
de las manos que son nuestra delicia;
que te besen las bocas
que a nosotros nos besan, en las locas
horas de la ilusión, y que te miren
los ojos que a nosotros nos miran, y que
presos prisioneros de tu amor entre tu lazo,
queden nuestros cariños para arderte
con el ansioso fuego de los besos
y la elástica chispa del abrazo.

Bien mereces rebozo,
que hilen tu urdimbre nuestras Patrias rucas,
que te adornen nativas amapolas,
que te arrullen, brava o dulcemente,
las notas de la *Marcha de Zacatecas*.
o del mestizo vals *Sobre las olas*.

Mereces que te extienda sobre el manto
imperial de mi canto,
y en la prosaica era que
nos tocó vivir, de sino adverso,
te alce izado en el asta de mi verso
como triunfal bandera.

Rebozo sin rival de Tenancingo.

Rebozo negriazul de Tulancingo.

Rebozo huichol.

Rebozo queretano

de la reata de lazar hermano.

Verde rebozo de Santa María

que copias el color de los nopales

y autóctonos maizales

Rebozo oaxaqueño,

oloroso a mezcal tlacoluleño.

Rebozo moteado, palomo granizado

de Puebla, recuerdas el camote

y el mole, peculiar del guajolote.

Rebozo -hilo o seda-

rojo como la flor del organillo

que pasas por el hueco de un anillo.

Rebozo mexicano cuyas borlas,

a las caderas femeniles, bordan

caricias de percal y terciopelo.

Querido rebozo de mi Patria

que guardas la tibieza confortante

de la tortilla y de la barbacoa,

mereces que te anote en un corrido

o te escriba una loa.

Porque eres un discreto confidente

en idílicos trances de mi gente,
y en las horas románticas, bellas,
de las declaraciones amorosas
ocultas el rubor de las doncellas
pueblerinas, y sabes muchas cosas
del “te quiero” y el “te adoro”,
tantas, que, en los dibujos complicados
de tus flecos, se quedan enredados
suspiros y miradas,
besos que no son dados
y palabras de amor no pronunciadas.
Envuelta en su rebozo blanco mate
-figura delicada como un cirio-
llega la novia llena de ilusiones,
frágil, morena, con olor a lirio.
Porque en ti se han mecido los sueños
infantiles de mi raza
como cuando en un nido,
trémula de ternura y de gozo,
la mujer de mi pueblo
a su vástago envuelve en el rebozo,
ata sus puntas junto a su falda
y se entrega feliz a sus faenas
con su carga de amor sobre la espalda.
Rebozo chiapaneco que cobijas
en selva tropical de Juchitán
a dos enamorados que se quieren,
a dos enamorados que se van.
Porque pasa por ferias y mercados
-rebozo mandadero-
queriendo atesorar el mundo entero.
Porque enjugas los lloros desolados
de las anónimas tribulaciones
y eres paño de lágrimas de humildes
y sencillos corazones,
porque, hecho mortaja,
cubres el cuerpo inerte de tu dueña
que en instantes postreros

suele hallarse en la gloria,
¿qué es un cielo prometido
sino negro rebozo con motes de luceros?
Rebozo que visitas los salones
entre pieles, abrigos y mantones.
Rebozo que en los bailes conociste
engalanar a damas primorosas,
entre flores, perfumes y abalorios
semejaste aletear de mariposas.
El día cinco de mayo, ¡qué bien luces!
rebozo entretejido en mil colores.
¡Ése es tu marco! sin lugar a dudas,
entre cohetes, banderas y tambores.
Rebozo que sin muchas pretensiones
reconvierte tu estampa tan castiza,
y en las plazas de toros rivaliza
con madroños, encajes y mantones.
En los teatros en todas ocasiones,
envolviendo a mujeres muy hermosas,
el rebozo salpica de colores,
la luneta, el palco y los balcones.

De Londres, París y Roma
este modelo ha llegado.
Trae un vestido elegante
y el rebozo bien terciado.
Tapando la cabeza
y ciñendo la cintura
resalta la silueta
de esta hermosa criatura.
¡Qué lindo es un rebozo!
que ha surcado los mares
para llegar triunfante
a todos los lugares.
Enmarcas el escote en los saraos
y escondes las sonrisas traicioneras.
A veces acaricias suavemente
las manos de las niñas postineras.
Insurrecto rebozo de bolita

que arropaste el amor de la *Norteña*,
la heroica *Valentina* y *La Adelita*.
Rebozo popular que en las ventanas
te olvidas de las penas
y eres entre la loca algarabía,
banderín de los gozos,
estandarte triunfal de la alegría:
bien vales un mariachi michoacano,
unas madrugadoras *Mañanitas*,
una dulce balona del Bajío,
un huapango febril veracruzano
y un jocundo *Jarabe tapatío*.

Comarca lagunera. Tierra nueva

Este rebozo nuevo primoroso
es prenda de vestir como ninguna.
Después de recorrer el mundo entero
ha llegado por fin a La Laguna.

Cuando se transforma en gala
nuestra fiesta mexicana

el charro viste de negro
y con sombrero de ala ancha.

Nuestra charra mexicana
fue rebozo de Adelita
y, del charro, la chavinda
para terminar en faja
de esta mexicana linda.

Para bailar la jarana,
como se debe bailar
las yucatecas boshitas
un rebozo de bolita
es lo que deben llevar.

Dama antigua mexicana,
muy altiva y señorial,
¡qué bien portas el rebozo
con tu gracia sin igual!

Juan de la Revolución
mira a tu fiel compañera
que no tuvo más cobija
que un rebozo de rayón.
¡Ésa es nuestra soldadera
que fue puro corazón!
Bien mereces, rebozo, que en la plaza
de toros, encendida como hornaza,
donde luces cruzado sobre el pecho
de una china poblana
tu majestad impere
y te brinde entre la gala chilpanera
la jubilosa Diana.

Veremos al rebozo que es más nuestro
enmarcado una figura soberana,
es de todos los rebozos el más bello
el que lleva la madre mexicana.

Porque si no tuviera
un águila en su escudo mi bandera
bien merecías, rebozo, ser tomado
como símbolo de la tierra mía
y entre el verde y el rojo te vería
abrazando un sombrero galoneado.

Rebozo que eres cuna para el niño,
cabezal para el sueño, celosía
para el amor, dogal para el cariño,
venda para el herido, banderola,
mortaja y vida, llanto y alegría,
rebozo nacional, tu sombra sola
cubre la Patria mía,
y para bien cantarte y bien loarte
mi musa se ha prendido en los listones
tricolores, en la trenza sombría
ha vestido el castor multicolor
con los oros del día,

y se ha cruzado el corazón indígena,
con el rebozo al de la poesía.

Después venía el número que se llamaba *La campesina enamorada* interpretado por Queta Máynez, que era una magnífica bailarina de balet. Éste era un baile mexicano, pero lo bailaba en estilo de balet.

La campesina enamorada

Al compañero buscando
la campesina llegó.
No camina, va bailando...
vuela, vuela, va soñando,
en viento se transformó.

Luego venían las *Campesinas endomingadas*:

Campesinas endomingadas

Campesinas que en domingo
al pueblo vienen llegando,
huelen a limpio, huelen a flores
y la polka van bailando.

Después venían el número que se llamaba *Arcoiris del rebozo*: 49 muchachas, siete de cada color del arcoiris. Una bonita inversión porque hubo que encargar a México esa cantidad de rebozos que fueron ciento y tantos, pues aparte las mesas también las decoramos con rebozos. La estrella del *Arcoiris del rebozo* fue Io Camil de García Triana: salía de blanco, su vestido era de gasa blanca y zapatos de ballet blancos y un rebozo blanco. Era la gota de agua que pintaba los colores del arcoiris y con una música preciosa de los Violines de Villa Fontana, una música romántica y ensoñadora, bailaba verdaderamente impresionante. Como corría en la pista y había un poco de viento, parecía que flotaba. Unos periodistas que vinieron dijeron que no parecía una aficionada, sino una profesional. La señora Echeverría estaba fascinada. También salía Queta Máynez bailando una polka. Los versos del rebozo, los leía Tino Bustillos. En otra ocasión en que la pusimos en una convención del Sertoma los leyó Alberto González Domene. Primero yo expli-

caba que aquí en Torreón somos tan jóvenes que todavía no libramos a tener folclor; que el folclor lo estábamos creando ahora. Estos versos son de Lucas mi marido; solamente el principio:

Arcoiris del rebozo

¿Quién eres tú? pregunté al arcoiris,
¿el que engalana todo el firmamento?

Así me contestó:

"Soy un rayo de sol
que en prisma de agua pura
me transformo en color de fantasía
para pintar rebozos mexicanos
y llenar la Patria de alegría".

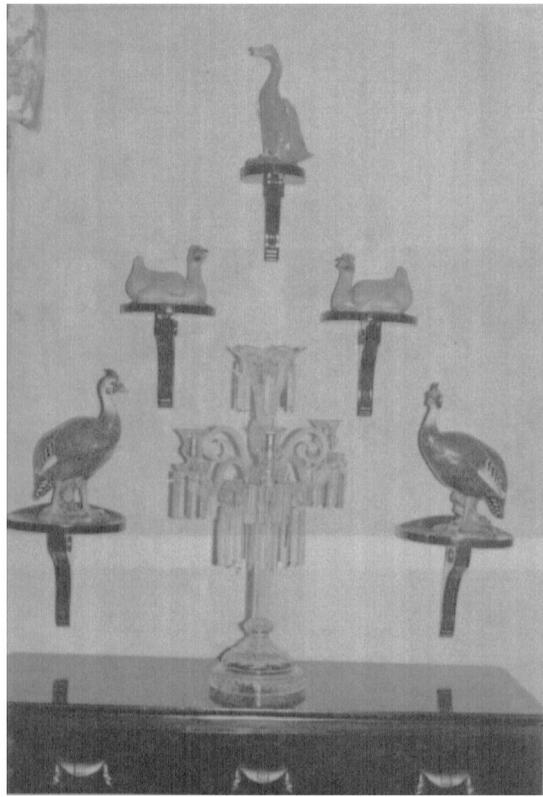
Las *Cinelocuras* empezaban con una película muda y seguían con varias películas de las más conocidas, todas interpretadas en forma cómica. Presentamos *El mago de Oz*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, películas de gansters de Al Capone... Ésa la presentamos en el Mayrán. Yo también trabajé ahí como maestra de ceremonias con mi precioso traje de payaso y luego dirigiendo una orquesta de cosacos. Esa fiesta la presentamos muchas veces, fue corta temporada con teatro lleno.

Entre las otras fiestas que hice hubo una muy bonita que se llamó *Alegoría navideña*, con versos de Lupita Alegre. También hicimos una para la convención de exalumnas del Sagrado Corazón que se llamó *De la prehistoria al presente*, también chusca. Ésas son las más importantes, pues he hecho muchas otras que presentamos en la casa de Roberto Arias en compañía de Malena su esposa, que también tiene mucha vis cómica. Ésas eran para pequeños grupos de banqueros y señores de negocios de aquí.

LA CASA de Matamoros 170 oriente fue nuestra y se la vendimos a don Braulio Fernández Aguirre cuando iba a ser presidente municipal. Inmediatamente procedimos nosotros a construir la nuestra en Torreón Jardín, en una manzana que teníamos en esa colonia. Era una casa que siempre estuvo fuera de nuestras posibilidades. No es por nada, pero el proyecto estaba increíble;



Matamoros 170, oriente.



Matamoros 170, oriente.



fue coproducción del ingeniero Alberto Alegre y Lucas mi marido, que se lucieron haciendo un pequeño feudo.

Desde que Alberto llegó fue alguien muy especial para nosotros; hubo esa chispa que cuando se enciende ya no se apaga. Siempre ha sido muy personalidad y atractivo. Tiene un encanto muy especial.

Cuando terminamos la casa de Torreón Jardín comprendimos con horror que era demasiado, porque se nos vinieron las vacas flacas; malos años, malas cosechas, y un negocio que tenía pensado hacer Lucas se le cayó. Entonces pensamos que lo más razonable era venderla, y otra vez recurrimos a don Braulio, aunque ya habían pasado muchos años de la primera venta. Esta vez iba a ser gobernador. La casa le resultó perfecta porque tenía todas las comodidades para el caso, y además nos gustaba la idea de que quedara con personas encantadoras, como son Braulio y Lucía.

Así que, al comprar don Braulio la casa de Torreón Jardín nos pagó con la de Matamoros 170, y con contantes y sonantes pesos de los de antes.

La decoramos con todo amor y buen gusto, ya que durante años habíamos atesorado muebles antiguos, cuadros, tapices, candelabros, candiles y un sinnúmero de antigüedades, muebles victorianos, ingleses y un hermoso piano de cola.

Teníamos un comedor con una mesa redonda para catorce personas con candiles de Bacarat, espejos venecianos y en las cómodas de pergamino, candelabros. En el mismo comedor, al fondo, había otra mesa para diez personas, como complemento de la primera. Nos gustaban mucho dos negros venecianos estofados que estaban a cada lado de la chimenea y unos cuadros del pintor Horacio que eran una hermosura. En fin, la casa quedó hecha una monada, por lo que nos dedicamos a vivirla y disfrutarla.

Lucas mi marido era el mejor de los anfitriones. No sólo de todo Coahuila, sino de todas las galaxias. Él es una persona que vale mucho, que tiene *el don* y sabe hacer que la gente se sienta importante y se encuentre a gusto, como en su propia casa. Los más de los días teníamos comilonas y nuestras sobremesas tenían fama, pues según decía la Chiquis Lamberta, era *el pequeño París*. Por nuestra mesa desfilaba gente de todas las

clases sociales; artistas y políticos. Lucas es un gran conversador, con mucho sentido del humor –que con las penas se le ha menguado–; aparte de ameno y muy culto era muy guapo; lo que se dice *un gran señor*.

Nuestra estupenda y muy querida cocinera, Elenita Soto, me decía: “Señora, ustedes se van a acabar el dinero dándole de comer al extraño”. Porque, eso sí, Helen nos hacía cosas suculentas, y Antonio de Juambelz, un señorón en toda la extensión de la palabra, amigo queridísimo de toda la vida, nos decía que era la mejor fonda.

Olga de Juambelz, hija de don Antonio, ocupa un lugar muy especial en nuestros corazones. Yo le tengo un grandísimo cariño, muy profundo y entrañable. Olga es alguien verdaderamente excepcional. No sabría decir si ha sido para nosotros hija por la edad, o madre por la calidad, pero lo que sí sé es que hay pocas personas en el mundo como ella. Es como esas estrellas que iluminan lo que está a su alrededor; tiene todo: personalidad, belleza, clase, inteligencia, don de gentes y, sobre todo, mucha calidad humana y un gran corazón.

En la sobremesa teníamos casi siempre artistas y más artistas, toreros, políticos e intelectuales. La inigualable Sonia Salum nos alegraba muy a menudo con su gracia y personalidad incomparable, cantando cuplés y haciendo ambiente. No es por nada, pero es mucho mejor que Raquel Merjjer y que Mallendía. Yo la quiero y admiro muchísimo. Io Camil, que bailaba mejor que la Pavlova, nos dejaba admirados con su arte. No sólo a nosotros, sino a personajes como a Díaz Ordaz, Echeverría, gobernadores, etcétera. En las felices temporadas que pasó con nosotros nos hacía reír mucho, pues tiene una simpatía natural única y un encanto indiscutible; es uno de mis grandes amores, al igual que su valiosísimo esposo, el ingeniero José García Triana.

Bety Azarcoya, que canta hermosísimo, como los mismos ángeles, era nuestra comensal casi a diario, y para nosotras alguien muy pero muy especial. Desde el principio le tuvimos un gran cariño, que con los años se ha acrecentado. Loló Méndez Pérez nos deleitaba con su belleza y sus poesías románticas, alternadas con los comentarios siempre oportunos de su extraordinario esposo, Heriberto Méndez Pérez.

Los hermanos Lamberta: Chiquis y Toño, con su voz maravillosa hacían estremecer el candil del comedor, y a nosotros también. Seguido escuchábamos la guitarra de Carlos González Domene, que nos emocionaba con sus composiciones, acompañado de la preciosa voz de Manina, su encantadora esposa.

Elvia Luisa Cavazos cantaba *Es mi hombre* y *La vida en rosa* conmoviendo los corazones. Pilar Rioja nos hacía vibrar con sus bailes llenos de magia y nos cautivaba con su sencillez, a pesar de su gran fama. Sergio del Cueto daba ambiente cantando como Cuco Sánchez, pero con más sentimiento.

UN ELEMENTO valiosísimo es Óscar Hernández Reyes. Fue la pieza clave de los éxitos de mis fiestas. Es el mejor artista y creador de escenografías de toda la república y sus alrededores. Sabe imprimirles magia a sus decorados y hacerlos monumentales y fantásticos. Aparte de eso yo lo quiero mucho, pues es un gran amigo con el que siempre me he identificado muy bien.

A Homero del Bosque le guardo eterna gratitud porque en lucida ceremonia me dio la Paca de Oro. Yo siempre lo he querido y admirado, por sus grandes cualidades y su inteligencia superior. Hemos llevado una bonita amistad desde nuestros padres, y siempre que pienso en él lo hago con mucho cariño.

NO FALTABAN con nosotros el matrimonio de Lupita y Alberto Alegre, que hacen honor a su apellido, ni Ana Paula, su hija, a quien admiramos y queremos una barbaridad. Pady nació con muy buena estrella: fue la primera nieta, hija, sobrina... Dios le dio muchos atributos personales y más tarde un estupendo marido, también muy bien dotado, el ingeniero Germán Madero, que nos es muy querido. Guadalupe, su madre, es orgullo de propios y extraños. Es nuestra Sor Juana lagunera. Además de ser una gran poetisa es encantadora, llena de alegría y de entusiasmo. Siempre ha sido inspiración para mi espíritu farandulero; en realidad lo hemos compartido, heredado de algún antepasado común que nos ha hecho la vida muy divertida.

Glo es la intelectual de la familia. Es muy inteligente. Lo mismo platica de arte que da una buena receta de cocina, habla varias lenguas vivas y una que otra muerta; ha viajado por todo el mundo y leído mucho y puede una estar horas enteras

platicando con ella sin aburrirse. Glo sabe lo que yo la quiero y admiro.

Los hijos de Julia mi hermana han sido siempre algo especial para mí. Lupita, Glo, Jaime, Juan Fernando y Sergio hemos convivido toda la vida al igual que con Techa Pámanes, otra sobrina queridísima no sólo por nosotros, sino por todo Torreón. Tiene amigos en toda la república y la puerta siempre abierta; nunca la he oído hablar mal de nadie.

Licha Garagarza de Madero, siempre dispuesta a cooperar en todo momento con sus simpáticas canciones y la caracterización de *la Martina*.

Mi querida amiguita María Eva Braña fue mis segundas manos; me sirvió de todo en las fiestas. Era una extraordinaria dibujante, llena de ideas y de entusiasmo; fue una ayuda valiosísima e insustituible. También Pilar Acuña de Madero y Chela Acuña de Ibargüengoitia fueron otros grandes pilares en las fiestas y amigas inolvidables. En esos días maravillosos de risa y buen humor se cubrieron de gloria Lupita C. de Alegre, Cecilia G. de Cueto –sobrina queridísima que posee una enorme vis cómica y sabe verle el lado amable a todo– y Chole Ll. de Anaya, siempre dispuestas, entusiastas, optimistas, que se autonombraban Las Tres Jacarandas. A ellas se sumaba, para hacernos pasar ratos inolvidables, Mary Jaik de Nugget, con su comicidad, simpatía y voz, que dejan chiquita a Carol Burnet. Sus parodias de bailes clásicos y sus creaciones de *La Zarzamora*, *Qué lejos estoy del suelo...*, *¿Por qué me besó Perico?* y otras, la hacen única. Hay muchísimas otras personas que han colaborado conmigo a lo largo de la vida. A todas ellas, así como al queridísimo público, muchas, muchas gracias.

Por nuestro comedor han desfilado personalidades de fama internacional. Entre otras: Cantinflas, Tin Tan, Alfonso Arau, los Hermanos Águila, Lorenzo de Rodas, el Indio Fernández, Chucho y Eduardo Solórzano, Valente Arellano –amigo querido, de gran carisma–, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, el tío Emilio Portes Gil, Gustavo Díaz Ordaz, Raúl López Sánchez, mi querido compadre Román Cepeda, Alejandro Páez Urquidi, Alfonso Quiroz Cuarón, el general Zuno, Enrique Canseco, Alonso Garrido Canabal –persona tan culta y refinada que era parte indispensable de nuestras sobremesas–, Amalia González

Caballero de Castillo Ledón, Ricardo Montalbán, Dupré Ceniceros, Rodolfo Usigli, Carmen Amaya, Nazario Ortiz Garza, Pablo Martínez del Río, Cacho Martínez del Río...

El tiempo vivido allí fue muy feliz. Allí nacieron algunas de las revistas musicales que hicimos, como *Las fiestas de Titania*, *Las bodas de Berenguela*, *El pájaro Cu color de primavera*, *La vida en rosa*, el café existencialista en que se desarrollaba *La mosca bizca*, etcétera. Siempre conté con mi *Tijera de Oro*, Lucas, mi esposo y coproductor de todas mis andanzas; y de mi Lorenzo. Los dos me daban siempre muchísimas ideas y me hacían preciosos bosquejos y folletos para las obras y la escenografía.

De la Matamoros 170 oriente salió mi hija Alejandra para casarse con Ottto Schott, un espléndido muchacho, muy inteligente, que ganó todos los premios en el Tec de Monterrey y que además es muy bien parecido, un excelente arquitecto, esposo y padre del que estamos muy orgullosos. Tiene muy buen genio y eso es magnífico, pues como decía mi papá: "Tu genio, tu dote. Tu genio, tu azote". Nos dio cinco hermosas nietas: Alejandra, Bárbara, Romy, Ingrid y Leny Karin, que junto con Rodolfo junior, Mónica y Verónica, guapísimos también, son nuestra alegría.

Allí en la Matamoros me pasó algo muy gracioso. Lucas era renuente para agarrar el sueño, y cuando esto ocurría solía tomar unas pastillas de Nembutal, muy en boga entonces para dormir. Una noche que Lucas estaba en el más profundo sueño fui y lo sacudí hasta que lo desperté. Batallé bastante y Lucas, asustado, decía: "¿Qué pasa, Carmen, qué pasa?" Entonces yo le dije: "Lucas, se te olvidó tomarte tu pastilla para dormir". Excuso decirles la furia que le acometió: ya ni las pastillas lo hicieron dormir.

En esa casa Lorenzo y yo pintábamos en el balcón, a la luz de la Luna que nos llenaba de mágica inspiración. Un día nos platicó el doctor Elías Maqueda que a las tres de la madrugada, al salir de una operación con un amigo, éste le dijo: "Te voy a enseñar algo muy curioso": Y lo paró debajo de nuestro balcón a que viera a esos locos allá arriba, como si estuvieran aullándole a la Luna. Cuál no sería el asombro del muchacho cuando Lorenzo y yo, que estábamos pintando, saludamos muy efusivamente al doctor Maqueda.

ASISTENTES asiduos en nuestras reuniones eran los queridos padres jesuitas de La Pereyra y de Casa Íñigo, entonces en construcción. Entre ellos estaban Heriberto Navarrete, David Hernández, Luis González Morfín, Luis Ochoa, Salvador Álvarez Domenzain, etcétera. Una anécdota jesuítica: Lucas y yo habíamos tenido una discusión, y en eso llegó Lorenzo y Lucas le preguntó: “Si volvieras a nacer, ¿qué preferirías: ser hombre y casarte con tu mamá, o mujer y casarte conmigo?” Lorenzo dijo que preferiría casarse con su mamá, porque era muy buena y Lucas lo amenazó: “Está bien: no te vuelvo a prestar el coche ni a dar dinero”.

Al día siguiente teníamos invitados a comer. Entre ellos al padre jesuita Salvador Álvarez Domenzain, que iba por primera vez a la casa y a quien el padre Navarrete había ya prevenido diciéndole: “Son muy buenas personas, pero no se extrañe de lo que allí vea y oiga, porque son muy *sui generis*”.

Estábamos comiendo, cuando llegó Lorenzo, que necesitaba el coche y dinero, y le dijo a Lucas intempestivamente: “Papá, ya lo pensé bien y quiero ser tu esposa”. Lucas le contestó: “Cuanto te lo agradezco. Toma las llaves del carro y lo que necesites para gastar”. En eso llegó Rodolfo, mientras yo estaba muy ocupada sirviendo la comida, y me dijo: “Mamá, quiero que me digas en qué juzgado estoy registrado, porque necesito una copia del acta”. Yo, que soy muy divagada, le contesté: “Rodolfo, qué me voy a acordar, si no me acuerdo ni quién fue tu padre”.

Después supimos que el padre Álvarez le comentó al padre Navarrete que se había quedado corto. Y el padre Navarrete le platicó cuando lo despertamos a las tres de la mañana porque en una cena que teníamos surgió una discusión en la que yo decía que entendía perfectamente el misterio de la Santísima Trinidad, y que Lucas comprendía a la perfección la eternidad de Dios. El padre Navarrete nos dijo: “Si de veras lo entienden hay que mandarlos a Roma porque ni los grandes teólogos han podido comprender esto, pero Dios a veces se vale de espíritus muy sencillos [léase *tontos*] para descifrar sus misterios”. A la hora que le dije que la Santísima Trinidad era para mí como el



Los organizadores del festejo con motivo de las bodas de plata de doña Carmen y don Lucas. De pie: Lucas Haces Gil, Carmen Pámanes de Haces Gil, Rodolfo González Treviño, Dulcinea G. De Briones y Esther L. de Gancz. Sentadas: Carmen G. de Camil, María Rosa O. de Bredee, Enriqueta Haces Gil de González Treviño y Aurora del Bosque.

aceite Tres En Uno, el padre me pidió que por favor lo dejáramos dormir; que ya después platicábamos.

OTRA GRAN satisfacción de ese tiempo fue la boda de Rodolfo con Mónica Palacios Macedo. Mónica, mi nuerita, es una gran mujer, muy inteligente y un amor de amores. Los dos se dedicaron en cuerpo y alma a hacer un trabajo maravilloso y muy creativo con los campesinos. Primero en Celaya y después aquí, en la comarca lagunera. Sus hijas, Moniquita y Verónica, son un encanto.

UNAS PERSONAS que han convivido mucho con nosotros y a los que hemos querido muchísimo son Rodolfo González Treviño, un santo varón, y su esposa María Enriqueta, hermana de Lucas. Llegaron a Torreón muy jóvenes y fueron siempre laguneros de corazón. Cuando María Enriqueta llegó, llamaba la atención por hermosa y distinguida. Más que un cuñado, Rodolfo fue para Lucas un hermano.

Cuando Rodolfo mi cuñado fue presidente municipal, mandó quitar del paseo de la Morelos unas estatuas muy corrientes que había allí, y puso en su lugar unos arbustos llamados tullas. Por esos días fuimos a visitar a Rodolfo mi hijo, que estudiaba en Estados Unidos, y le platicué lo que había hecho su tío. “Y ¿qué pusieron en su lugar?”, me preguntó, y yo le dije: “Unas tullas”: La cara de asombro de Rodolfo era un poema, pues entendió que eran unas estatuas suyas, y me decía: “Ya, mamá, no te estés burlando”, pero yo insistía que era cierto y entonces, muy complacido, me dijo: “Bueno, dime, ¿en qué pose estoy?” Cuando soltamos la carcajada y le aclaramos que se trataba de unos arbustos su desilusión fue tremenda.

TODA MI familia política me es muy querida. Tanto la de Ricardo como la de María Enriqueta valen mucho. Sus hijos han sido siempre como hermanos para mis hijos. Todos compartieron los amorosos cuidados de la tía Matilde; la persona más servicial que he conocido. Chaperoneó a todas las muchachas casaderas de Torreón –lástima que se haya perdido esta costumbre–, y estaba siempre dispuesta a ayudar. Tolita, la mamá de Lucas, fue la mejor de las suegras: muy prudente y nada metiche. Debí haber escrito *El decálogo de la buena suegra*.

CASI TODOS los días, después de comer, asistían las hermanitas Díaz Rivera y las Ugarte, todas amigas muy queridas. A las Díaz Rivera siempre las he admirado mucho porque tienen un optimismo contagioso, una gran calidad humana, mucha clase y categoría, una simpatía natural y un gran don de gentes. No lo hurtan, lo heredan, porque don Manolo y doña Meche fueron unos grandes señores, con mucho caché. Pilar es una mujer que nunca tuvo miedo a luchar en la vida y que a pesar de las dificultades salió adelante maravillosamente. Fundó el Instituto Femenil María Cristina, de donde han salido muchas generaciones muy bien preparadas.

HE TENIDO la suerte de tener un hijo adoptivo llamado Salvador Jalife. Ha sido para nosotros el mejor de los hijos; un apoyo y un consuelo en todo momento. Nació para triunfar y ha triunfado ampliamente.



En los cincuenta años de casados de Lidia Sada y Rodolfo González Garza: Lucas Haces Gil, Lidia Sada de González, Carmen Pámanes de Haces Gil y Martha Montemayor.

LUCAS Y YO asistimos, en Monterrey, a la boda de Lidia Sada y Rodolfo González Garza. Fue rumbosísima y muy bonita. Lidia parecía una muñeca: estaba preciosa y su vestido era una hermosura. El banquete fue en la casa de don Roberto Sada -un prohombre de Monterrey, creador de numerosas industrias- y doña Meche, padres de Lidia. El banquete fue inenarrable, con platillos celestiales, y la concurrencia de lo mejor. Son gentes que a pesar de estar en las alturas y nosotros en las bajuras, nos siguen tratando con el mismo cariño de siempre. Hace unos cuantos años fuimos a las bodas de oro de Rodolfo y Lidia: una recepción palaciega que ni ojo humano vio, ni oído oyó lo que allí hubo. Pero lo mejor de todo es el calor humano que siempre nos han brindado.

NO PUEDO dejar de mencionar a las Madres del Verbo Encarnado del Colegio Villa de Matel: una página edificante en la historia de La Laguna. Han formado muchísimas generaciones; convivir con ellas en este mundo tan materialista es como sumergirse en un río limpio y fresco; es respirar paz, es sentir la alegría de su

santidad en la humildad de sus vidas. Me lidiaron a mí, a mis hermanas, a mi hija y a mis nietas, y espero que lidien también a mis bisnietas. Que Dios las bendiga.

AÚN TENGO un mundo de cosas, de anécdotas que contar. Pero como lo poco agrada y lo mucho enfada, mejor aquí me despido. Antes de hacerlo quiero decir que al revivir mis memorias he descubierto que, casi como Neruda, puedo decir: *Confieso que he leído*.

Dos de los muchos reconocimientos recibidos por doña Carmen: abajo, en el Jardín de los Cipreses, cuando el Club Sertoma la nombró Mujer del Año; arriba, el 8 de marzo de 1992, cuando el Club de Mujeres Profesionistas y de Negocios de Torreón, A.C., la distinguió con motivo del Día Internacional de la Mujer.



Apéndice

QUIERO incluir unos menús cómicos que hicimos cuando tuvimos el restaurant La Casona.

Cada ocho días yo hacía el menú, y para hacer una cosa distinta los hacía en broma.

Restaurant La Casona / Minuta

Hoy nuestra comida está succulenta (más succu que lenta):

Sopa de habas, no por humilde menos soberbia, o

Consomé (sin su me) con sorpresa para usted.

Arroz con menudencias y grandencias

Chirrisquiantes croquetitas de jamón, o

Pollo Curro con verduras primavera y papita zalamera
y aguacate de primera.

Nevadita de nuez o natilla de limón le darán un alegrón.

Cuarenta raquíuticos pesos

Lunch lagunero

1.5 Pollo Palapa con su sopita de papa

Veinticinco esmirrados pesos

Domingo Juvenil

Esperamos a la chaviza a

bailar con Los Chacales

No hay cover

Apéndice

QUIERO incluir unos menús cómicos que hicimos cuando tuvimos el restaurant La Casona.

Cada ocho días yo hacía el menú, y para hacer una cosa distinta los hacía en broma.

Restaurant La Casona / Minuta

Hoy nuestra comida está succulenta (más succu que lenta):

Sopa de habas, no por humilde menos soberbia, o

Consomé (sin su me) con sorpresa para usted.

Arroz con menudencias y grandencias

Chirrisquiantes croquetitas de jamón, o

Pollo Curro con verduras primavera y papita zalamera
y aguacate de primera.

Nevadita de nuez o natilla de limón le darán un alegrón.

Cuarenta raquíuticos pesos

Lunch lagunero

1.5 Pollo Palapa con su sopita de papa

Veinticinco esmirrados pesos

Domingo Juvenil

Esperamos a la chaviza a

bailar con Los Chacales

No hay cover

La Casona / Minuta

Camarón que se durmió, nos lo dejó la corriente.

Hoy te lo vas a tomar, con verduras picaditas que te
chuparás un diente.

Arroz verde y no de envidia, con cilantro a la Toribia.

Pollito bien eloteado en su pastel bien dorado,

para que esté más sabroso con rico queso bañado.

Un caldillito pampero, como le gusta a Perón.

Lo puedes comer con tango o también con pericón.

o

Albóndigas en chipotle muy chipocludas estilo Loco

Valdez, servidas con frijoles “curros” y papas

Como sigue la calor, la nieve sienta mejor.

Cuarenta acalorados pesitos

Niños si son muy chiquitos y

muy discretos, media paga.

La Casona / Minuta

Sopa de las tres culturas.

Se llama así porque la receta nos la dio el Cronista de la
Ciudad de México que era una persona muy culta (es a base de
exquisita flor de calabaza) Mm, Mm.

Timbal de espagueti con queso y espinacas.

(Es un platillo muy propio para zonas desérticas, pues tiene
muchas áreas verdes y como usted sabe el verde evita la conta-
minación)

Pie de pollo con elote en salsa gruyère

(Este platillo se come en Ca’Kissinger hasta dos veces por
semana).

Verduras con las que nutren la selección holandesa

Sus aderezos serán una sorpresa para usted.

Crème de la crème estilo Miss México.

Nieve para la calor que ahorita le cae mejor.

Cuarenta bien contaditos, 40 discretos pesos

La Casona / Minuta

Arroz a la Kung-Fu, adornado con blancos dientecitos de elote cedidos gentilmente por los alumnos de la Escuela de Odontología.

Carcaje de cabrito en fritada (no nos alcanzó para la carne) no se crean, no se crean fue un “lapsus tontus”, en realidad son unos cabritos tan gorditos como Dos Sebas el campante de la Canadá, comiéndolo quedaremos todos tan campantes, o

Pastel de carne a la María Sabina, con salsita de alucinantes hongos, papucha de papuchas y verduras con gracia y salero.

Frijolitos al pial (charros de tradición)

Leche quemada con nuez, que nos queda Mm!, Mm!, o

Heladitos helados

\$40.00 mantequillados pesos, en honor de *Mantequilla* Nápoles.

La Casona / Minuta

Hoy nuestra comida es rica como Rockefeller, sencillota como Ford, sorpresiva como Kissinger.

Entre las sorpresas, nuestras piernas de carnero, que son más famosas que las de Pelé.

o

Pernil de lechoncita a la Liza Minelli, rellanita y apetitosa, en salsita de ciruelas a la momiza (pasitas).

Pollos peras, muy pizpiretos; son de a devis, no sintéticos.

Postres:

Islas flotantes, que le flotarán alegremente en el estómago.

Panqué hechizado en casita.

Frituras de banano cubano, de la Bahía de los Limpios.

\$40.00 asustados pesos.

Comida especial para niños:

Sopa, verduras, hamburguesa y postre,
todo por sólo \$20.00.

Restaurant Bar La Casona / Minuta

Sopa Aerolineas de Holanda (le vuelan bolitas de queso).

Tallarines a la *jet-set* (muy sofisticados ellos).

Pastel de carne a la María Sabina, con salsita de alucinantes hongos, o

Pollitos a la reina Isabela, con su corte de verduras y blancuras.

Pan hecho en casita, tan gordito y campante como don Sebas.

Postre (color hormiga).

Nieve con suspiros de gato triste.

\$40.00 asustados pesos. Como siempre, sabroso Lunch Lagunero, sabroso él.

La Casona / Minuta

Ateзадita crema de popis espárragos.

Arroz a la Malinche (fue con el que conquistó a Hernán Cortés cuando dijo “este arroz ya se coció”).

Carne deshebrada a la Nixon (del árbol caído todos hacen leña).

Lengua a la líder (muy elocuente),

Menudo chipriota, o

Pastel de carne a la Zulma Fayad (sin silicones), o

A veinticinco morlacos los pollitos achotados o medio pollote (no peyote).

Verduras y blancuras según se consigan y frijolillo acompleteador.

Postre duérmase mi coco, duérmase ya porque viene el cliente y se lo comerá (dulce de coco).

\$40.00 Morelitos, grandes o chicos.

La Casona / Minuta

Los Maderos de San Juan piden queso y no les dan.

Nosotros se lo daremos en sopita con su pan.

Arroz a la valenciana, receta de Luz, mi nana.
Pollitos acelerados, por nosotros inventados.
Al carbón las hamburguesas, con tocino hecho guedejas.
Camote en rico puré, hecho especial para usted.
Cocada, que ya no es real, es auténtica imperial.
\$40.00 pasmados pesitos.
Venga a la noche a bailar, cover no se va a cobrar.

Menú patrio

Sopa de digestas lentejas; el tocino las hace sabrosejas.
Arroz trigarante a la “mas si osare”, con morrones y chicharitos bailando un jarabe tapatío.
Costillas de carnero a la Miguel Hidalgo
o
Pescado a la Valentina, con rebozo de tocino.
Nopalitos del nopal donde se posó el águila.
Papitas a la Pípila (sin piedra).
Frijoles al sonoro rugir del cañón.
Postre: chongos a la María Josefa Ortiz de Domínguez.
\$40.00 patriotas pesos.

La Casona / Minuta

Hoy nuestros platillos no son de alta cocina. Más bien son de baja, pero muy sabrosos.

Primero le daremos una sopa madrileña, más castiza que la calle de Alcalá.

Arroz blanco con ruborosa enchilada o con pálido taquito.

Bien torneada piernitas de ternera o de puerco al horno, enfundadas en medias ciruelitas y muchos ornatos más de macedonia de verduras estilo Juan Pirulero, y lechuga bien lavada y estropajeada.

Frijoles escaramuza charra.

Postre.

QUIERO dar las gracias de manera muy especial a tres personas que hicieron posible este libro.

A la encantadora Teresita Atié, quien con una paciencia inenarrable pasó por escrito mis memorias, durante días y días, en una computadora del Tecnológico de Monterrey.

A mi muy querida Sonia Salum de Garrido, que es una supermujer. Resucitó el teatro Isauro Martínez: logró que lo restauraran y lo dejaran como a una muchacha endomingada. Se ha dedicado a promover el arte. Con su simpatía, calidad humana y espíritu farandulero encanta a todo el mundo y ha logrado traer espectáculos nacionales e internacionales de gran calidad. Ha promovido también magníficas exposiciones. Ha hecho una labor increíble, y ella me convenció de que escribiera este libro.

A Felipe Garrido, un escritor de valía y un hombre culto, pero sobre todo ocupado, que a pesar de eso ha dedicado parte de su tiempo a editar mis desequilibradas memorias con gran entusiasmo.

A los tres, muchas gracias, mi eterna gratitud.



Carmen y Lucas a su llegada al Casino de La Laguna, para celebrar sus primeros veinticinco años de casados, en 1961.

Índice

Prólogo del prólogo,	11
Prólogo del otro prólogo,	15
Último prólogo,	17
Yo y mi entorno,	19
Ahora sí, último prólogo,	23
Apéndice,	141

Confieso que he leído
se terminó de imprimir
en el mes de julio de 1993
en los talleres de Impresores
Cuadratín y Medio, S. A. de C. V.
Dr. Vértiz 931-A, Col. Narvarte,
03020 México, D. F.

Tiro: 1 000 ejemplares

Cuesta de la Fortuna

Salomón Atiyeh, *Realidad inadmisible* (2ª ed.)
Guillermo Estrada Berg, *Exposición de ruta*
Jaime Muñoz, *El augurio de la lumbre*
Fernando Ramírez López, *Pruebas de descargo*
Francisco Emilio de los Ríos, *Antología del soneto*
Saúl Rosales Carrillo, *Vuelo imprevisto*
Joaquín Sánchez Matamoros, *Espigas de oro de la historia*

Serie Ayuntamiento 1991-1993

Pablo Arredondo Rodríguez, *El incendio de la niebla*
Alfonso Barrera, *Puro cuento*
Eduardo Mascarell, *Los hombres amanecen como pueden*
Carmen Pámanes de Haces Gil, *Confieso que he reído*
Manuel Plana, *El reino del algodón en México*
Sergio Rojas, *Tan cerca del infierno*
Varios autores, *Nueva historia de Torreón*

Con la saludable libertad con que ha pasado sus días, doña Carmen Pámanes de Haces Gil mezcla en este libro recuerdos y poemas, gratitudes y alabanzas, dolores y alegrías, sin preocuparse más de la cuenta por los cambios de tema, de tiempo y de lugar. El resultado es un testimonio intenso, teñido de nostalgia y de buen humor, de una vida que ha corrido paralela a la de Torreón. Cuadro de costumbres, estampa de un estrato social determinado y viñeta de una época, *Confieso que he reído* enriquece lo que sabemos acerca de la historia de nuestra ciudad.



Cuesta de la Fortuna

Serie Ayuntamiento 91-93